SAN PABLO: CARTAS DE LA CAUTIVIDAD Y PASTORALES

GABRIEL PEREZ RODRIGUEZ

Cursos Bíblicos / A DISTANCIA

CURSOS BIBLICOS
A DISTANCIA

San Pablo: Cartas de la cautividad y pastorales

Gabriel Pérez Rodrígue

© PPC/EDICABI.
Editorial PPC, 1971.
Enrique Jardiel Poncela, 4.—Madrid-16.—Teléfono 259 23 00.
Nihil obstat: Dr. Lamberto de Echeverría. Censor.
Imprimatur: † Mauro, Obispo de Salamanca.
Salamanca, 2 de marzo de 1974.
Printed in Spain - Impreso en España.
Depósito legal: M. 9.485 - 1974.
ISBN: 84-288-0273-4.
Impreso en Marsiega, S. A.—E. Jardiel Poncela, 4.—Madrid-16.

CONTENIDO

Primera parte: CARTAS DE LA CAUTIVIDAD

INTRODUCCION GENERAL ... ...

I. **Denominación** ... ...

1. Cartas de la cautividad ... ...
2. Cartas cristológicas ... ...

II. **Fecha y lugar de composición** ... ...

III. **Orden de composición** ... ...

CARTA A LOS FILIPENSES

A. INTRODUCCION ... ...

I. **Filipos y su evangelización** ... ...

1. Filipos ... ...
2. Sobre su evangelización ... ...

II. **¿Una o varias cartas? Ocasión y finalidad de las**

1. Varias cartas unidas ... ...
2. Todo esto supuesto ... ...

III. **Lugar y fecha de composición** ... ...

IV. **División y contenido general** ... ...

B. LA DOCTRINA ... ...

I. **Breve exposición de temas fundamentales** ... .

1. Cristo, razón de ser de la vida de San Pab
2. El tiempo entre la muerte y la parusía .
3. La vida cristiana como predicación y sacr
4. La doble comprensión de la vida: antes y de la conversión en el camino de Damasc
5. Nuestra ciudadanía celeste ... ...

II. **La humillación y exaltación de Cristo** (2, 5 ss

1. Ambientación de la perícopa ... ...
2. La preexistencia ... ...
3. La humillación ... ...
4. La exaltación ... ...
5. Conclusiones ... ...

CARTA A FILEMON

I. **Filemón y Onésimo** ... ...

1. Filemón ... ...
2. Onésimo ... ...

Págs.

ıticidad y canonicidad 48
a autenticidad 48
a canonicidad 48

ı y lugar de composición 49
ón y finalidad 49
ırta a Filemón, ¿un escrito trascendental? 51

CARTA A LOS COLOSENSES

CCION 55

as y su evangelización 55
ı, autor de la carta 56
r y fecha de composición 56
ón y finalidad 57
ıración 57
Cuáles eran estos errores? 57
'endencias 58
a herejía 60

ón y contenido fundamental 60

ΊNA 62

emacía absoluta de Cristo (1, 15-20) 62

era estrofa: Cristo en el orden de la creación ral 63
magen de Dios invisible 63
'rimogénito de toda la creación 64
'orque en El fueron creadas todas las cosas 64
'odo fue creado por El y para El. El existe con nterioridad a todos y todo tiene en El su existencia 65

nda estrofa: Cristo en el orden de la redención ... 66
'abeza del Cuerpo de la Iglesia 66
l Principio, el Primogénito de entre los muertos. 67
a pacificación de todas las cosas 67

cipación de Pablo en la obra de Cristo 69
as tribulaciones 69
l misterio escondido 71

de vida cristiana (3, 1-4, 6) 72
'rincipio general dogmático (3, 1-4) 72
ıxigencias de orden negativo (3, 5-11) 72

3. Implicaciones de orden positivo (3, 12-17) ..
4. Deberes familiares (3, 18-4, 1) ... ...
5. Oración y apostolado ... ...

CARTA A LOS EFESIOS

A. INTRODUCCION ... ...

I. **Efeso y su comarca** ... ...
II. **¿Los efesios destinatarios de la carta?** ... .
III. **Autenticidad de la carta** ... ...
IV. **Fecha, lugar y ocasión de la carta** ... ...
V. **Plan y contenido general de la carta** ... ...

B. DOCTRINA DE LAS PERICOPAS PRINCIPALES ...

I. **El plan divino de salvación** ... ...
1. Introducción: Idea general de la doxología
2. Primera parte: El Padre nos dirige y predest
4-6) ... ...
3. Parte segunda: Jesucristo nos redime (vv. 7
4. Parte tercera: El Espíritu Santo, sello y a
nuestra herencia (vv 12-14) ... ...

II. **Cristo y la Iglesia** ... ...
1. Primado sobre la Iglesia ... ...
2. La Iglesia, Cuerpo de Cristo ... ...
3. La Iglesia, pléroma de Cristo ... ...

III. **Reconciliación de judíos y gentiles en Cristo** (2,
1. Situación anterior de los gentiles (vv. 11-12
2. Judíos y gentiles unidos en un solo cuerpo (
18) ... ...
3. Beneficios que la reconciliación con Dios apor
los gentiles ... ...

IV. **Deberes de los cónyuges** (5, 22-33) ... ...
1. Deberes de la mujer (vv. 22-24) ... ...
2. Deberes de los maridos (vv. 25-31) ... .
3. El gran misterio ... ...

Segunda parte:
LAS CARTAS PASTORALES

PRESENTACION GENERAL ... ...

A. INTRODUCCION ... ...
I. **Los destinatarios** ... ...

Págs.

Timoteo 106
Tito 107

arta primera a Timoteo 107
Ocasión 107
Contenido esquemático 108
La finalidad 109

arta a Tito 109
Ocasión 109
Contenido esquemático 110
La finalidad 110

arta segunda a Timoteo 111
Ocasión 111
Contenido esquemático 111
La finalidad 112

nticidad de las Pastorales 113
Pablo, autor 113
Un discípulo de Pablo 114
Conclusión 117

a y lugar de composición 117

RINA 118

ana doctrina 118
glesia 120
Aparece en las cartas pastorales como: Pueblo de Dios, Casa de Dios, Fundamento y Columna de la verdad 121
Misión docente de la Iglesia 121
Sociedad religiosa y cultual 122

ministros de la Iglesia 123
La imposición de las manos 123
Su misión de enseñar 124
Poder de jurisdicción 124
Los obispos-presbíteros y los diáconos 125
Cualidades que se les exigen 126

alvación por Cristo y la vida eterna 127
El título de Salvador 127
La perícopa (Tit 3, 4-7) 128
Exigencias de la salvación 129
ioso final 131

NOTA BIBLIOGRAFICA

CARTAS DE LA CAUTIVIDAD

J. M. GONZÁLEZ RUIZ: *Cartas de la Cautividad* (Roma-Ma
P. BENOIT: *Les Epîtres de Saint Paul aux Philippiens, à Colossiens, aux Ephésiens.* BibJér (París, 1959, ed. 3.ª
J. LEAL, A. SEGOVIA, P. GUTIÉRREZ y S. BARTINA: *Carta a lo: Filipenses, a los Colosenses, a Filemón,* en «La Sagra (BAC), N. T., v. II (Madrid, 1962).
L. TURRADO: *Cartas de la cautividad,* en «La Biblia Com (Madrid, 1965).
G. PÉREZ: *Las Cartas de la Cautividad,* en «Manual Bíblic drid, 1968).
J. A. FITZMYER, J. A. FITZMYER, J. A. GRASSI y J. A. GRASS *Filipenses, a Filemón, a los Colosenses, a los Efesios,* rio San Jerónimo», N. T., v. I (Ef), 1972; v. II (Film, drid, Ed. Cristiandad, 1972.

CARTAS PASTORALES

P. DORNIER: *Les Epîtres de Saint Paul à Timothée et à Ti* rís, 1958, ed. 2.ª).
J. COLLANTES: *Cartas Pastorales,* en «La Sagrada Esc N. T., v. II (Madrid, 1962).
L. TURRADO: *Cartas Pastorales,* en «La Biblia Comentad drid, 1965).
F. FERNÁNDEZ RAMOS: *Cartas Pastorales,* en «Manual E (Madrid, 1968).
G. A. DENZER: *Cartas Pastorales,* en el «Comentario S N. T., v. II (Madrid, 1972).

CARTAS DE LA CAUTIVIDAD

INTRODUCCION GENERAL

I. DENOMINACION

1. Cartas de la Cautividad.

— Reciben este título, dentro del epistolario paulino, un grupo de Cartas, en las que el Apóstol menciona su condición de prisionero en que se encuentra al tiempo de escribirlas: las dirigidas a los Filipenses, a Filemón, a los Colosenses y a los Efesios (cf. Fil 1, 7. 12 ss.; Film 1, 9. 10. 13. 23; Col 1, 24; 2, 1; 4, 3. 10. 18; Ef 3, 1; 4, 1).

— Sabemos que el Apóstol estuvo cautivo en varias ocasiones. Los Hechos mencionan tres: la primera, en Filipos de Macedonia (Act 16, 23; en la primavera del año 50); la segunda, en Jerusalén-Cesarea (Act 21, 33 - 26, 32; entre los años 58-60); la tercera, en Roma (Act 27, 1 - 28, 30; entre los años 61-63). A ellas habría que añadir, con cierta probabilidad, otra en Efeso durante su larga estancia en esta ciudad con ocasión del tercer viaje apostólico (entre los años 54-57).

2. Cartas cristológicas.

— La razón por la que a veces se las designa con esta denominación es el tema fundamental de las mismas, que es cristológico. Filipenses y, sobre todo, Colosenses y Efesios presentan la doctrina más profunda en torno a la dignidad y excelencia de Cristo y de su papel en la historia de la salvación. Esta síntesis se encuentra particularmente en las perícopas: Fil 2, 5-11; Col 1, 15-20 y Ef 1, 15-23. Sin duda alguna que los días de la cautividad proporcionaron al Apóstol tiempo y serenidad para elaborar tan maravillosa síntesis.

— Tal vez esta coincidencia en el tema cristológico ha sido la razón por la que otra Carta, que también se presenta escrita por San Pablo durante la cautividad —la segunda a Timoteo: 1, 8. 16 s.; 2, 9— no ha sido agregada al grupo titulado «Cartas de la Cautividad». Si bien puede haber influido tanto y más la semejanza de su tema con la primera a Timoteo y la de Tito, a las que viene mejor la designación de Pastorales.

II. FECHA Y LUGAR DE COMPOSICION

1. La *opinión tradicional* señaló unánimemente hasta el siglo XIX la primera cautividad romana como tiempo de composición para las cuatro Cartas de la Cautividad; éstas habrían sido escritas en Roma durante los años 61-63.

Las razones en favor de esta opinión son las siguientes: sabemos, por textos de estas Cartas (cf. Fil 1, 2-20; Col 4, 10-14; Ef 6, 19; Film 10, 14), que durante la cautividad en que fueron escritas San Pablo gozaba de una cierta libertad de movimientos que sabemos permitía la prisión romana (cf. Act 28, 30 s.). Asimismo, el Apóstol manifiesta en algunas de ellas la esperanza de su próxima liberación (cf. Fil 2, 24; Film 22), lo que dejaba entrever más fácilmente el proceso de Roma que la prisión en Cesarea, donde estaba custodiado en el «pretorio de Herodes» (Act 23, 35). Finalmente, en Film 24 y Col 4, 10. 14 se hace mención de Aristarco y Lucas, como compañeros de cautiverio, de quienes sabemos que estuvieron con el Apóstol durante su prisión en Roma (Act 27, 2), y no, en cambio, durante la evangelización en Efeso (Act 19, 1-41).

Por lo que a Filipenses se refiere, los textos 1, 13 («Mis cadenas se han hecho notorias en el pretorio y en todo lugar»), y 4, 22 («Os saludan todos los santos, especialmente los de la casa del César»), si bien podrían explicarse del palacio de los gobernadores de provincias, y de los esclavos y libertos de las mismas respectivamente, particularmente en Efeso (cf. después en Intr. a Fil), a primera vista hallan mejor explicación si se refieren a la guardia imperial de Roma y a los esclavos y libertos de la «domus augusta», que es el sentido natural y obvio de las expresiones de los textos citados.

2. *Recientemente algunos autores* han señalado otras fechas y lugares de composición para las Cartas de la Cautividad.

Las razones fundamentales, que abogarían por una fecha posterior a la indicada por la opinión tradicional, son la lengua y el estilo que difieren notablemente de las Cartas Mayores (Gal I y II Cor y Rom) y la mayor maduración de pensamiento que reflejan ante una problemática nueva. Todo ello parecería indicar que entre la composición de las Cartas Mayores y las Cartas de la Cautividad ha mediado un espacio de tiempo superior al que transcurre entre los años 55-58, en que fueron compuestas aquéllas, y las fechas de la cautividad romana, que tuvo lugar en los años 61-63. Estas razones desaconsejan, con mayor motivo, datar su composición durante la cautividad de Cesarea, que tuvo lugar en los años 58 al 60.

No obstante, la Carta a los Filipenses encontraría mejor explicación, en cuanto a las relaciones que durante la cautividad en que ha sido escrita mantiene San Pablo con sus destinatarios, si la suponemos escrita durante una supuesta prisión en Efeso, por los años 54-57, ciudad más cercana de Filipos que la lejana Roma. La Carta a los Efesios, que evidentemente ha sido escrita después de Colosenses, ha llevado a algunos a poner en duda, por su estilo y contenido doctrinal profundo, su misma autenticidad asignándole una fecha de composición posterior a la muerte del Apóstol.

Dado que cada una de las Cartas de la Cautividad refleja una problemática especial por lo que a su datación se refiere, volveremos sobre el particular en la introducción especial a cada una de ellas.

III. ORDEN DE COMPOSICION

— El orden en que aparecen en nuestras Biblias no responde al orden cronológico de composición. Este coloca primero las Cartas dirigidas a Iglesias y después las escritas a personas particulares. Y dentro de esta división coloca primero las de mayor extensión e importancia. Este orden coloca las Cartas de la Cautividad entre las Cartas Mayores y las dirigidas a los Tesalonicenses. Hebreos figura al final, pro-

bablemente por la sospecha de su no autenticidad paulina.

— Cronológicamente, las Cartas de la Cautividad siguen a las Cartas Mayores, a las que preceden solamente las de los Tesalonicenses. No resulta fácil determinar el orden cronológico seguido en la composición de las cuatro de la Cautividad. Como opinión más probable, seguimos el siguiente: Filipenses, Filemón, Colosenses y Efesios. La razón del mismo, que aparecerá razonado en la introducción a cada una de las Cartas, radica, fundamentalmente, en los datos que aportan relacionados con las diversas cautividades que conocemos del Apóstol y en el progreso o mayor profundización que se advierte en ellas respecto de la doctrina cristológica y eclesial de las mismas. El llevar este orden en su exposición nos permite seguir el pensamiento progresivo del Apóstol y, por lo mismo, captarlo mejor.

ACERQUÉMONOS AL ESTUDIO DE ESTAS CARTAS:

1. *Después de la presentación que nos han hecho las precedentes Cartas Mayores:*

— de la fe en Cristo, que exige la unión con El, y como consecuencia, la superación de los problemas judeo-cristianos y de los que presentaban los convertidos de la gentilidad;
— de la salvación gratuita que nos trae Cristo con su pasión y resurrección, que hace posible la nuestra;
— de Cristo-Sabiduría de Dios, en distinción y oposición a la sabiduría del mundo;
— de Cristo-Justicia en Dios, en oposición a la justicia de los hombres que los judíos pretendían conseguir con su propio esfuerzo.

Dispuestos a dejarnos llevar por el Apóstol:

— a una penetración mayor en le misterio de Cristo como Cabeza de la Iglesia a que hemos sido llamados;
— a esa unión misteriosa del cristiano con Cristo y de los cristianos entre sí;

— a la participación en los sufrimientos de Cristo humillado por nuestros pecados y en la gloria de Cristo exaltado a la derecha del Padre en los Cielos.

2. *Y recordando que la fe es la entrega de nuestra persona a la Persona de Cristo:*

— de nuestra inteligencia para creer en El y en la revelación que El nos trae del Padre;
— de nuestra voluntad para cumplir sus preceptos;
— de nuestro corazón para amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo, «como El nos amó».

El estudio de estas Cartas, centradas como las que más en la Persona y dignidad de Cristo:

— es el que tiene que suscitar en lo más profundo de nuestro ser nuestra entrega radical a Cristo;
— manifestar en su seguimiento incondicional allí donde esté nuestra misión mediante un servicio fiel por Cristo a los hermanos.

CARTA A LOS FILIPENSES

A. INTRODUCCION

I. FILIPOS Y SU EVANGELIZACION

1. Filipos.

Filipos está situada en los confines de Macedonia con Tracia, al norte del mar Egeo. Debe su nombre a Filipo, padre de Alejandro Magno, que la conquistó el año 360 a. C. (su nombre primitivo fue Crenides). El 167 fue sometida a los romanos, y sobre sus muros se dio el año 42 la batalla que dio la victoria a Octavio y Antonio contra Casio y Bruto. El año 31 Octavio Augusto le concedió el «Ius italicum» (derechos y privilegios de los romanos).

2. Sobre su evangelización (cf. Act 16).

— San Pablo evangelizó la ciudad durante su segundo viaje misionero hacia el año 50-51. Llegó a ella acompañado de Silas, Timoteo y Lucas, que se les había unido en Tróade, después que el Espíritu le impidió predicar en Asia Menor y Bitinia, y haberle indicado, por medio de la visión del joven macedonio, que pasase a Europa. Filipos fue la primera conquista para el Evangelio en tierras europeas.

— La respuesta de los Filipenses a la predicación del Apóstol fue la más generosa. Constituyeron la comunidad más amante y más amada de San Pablo. El afecto profundo que le profesaban se lo manifestaron, sobre todo, al tener noticia de su prisión. Por su parte, el Apóstol guardó siempre un gratísimo recuerdo de ellos (cf. 4, 1). Teniendo como norma no recibir presentes de sus fieles, con el fin de no ver coartada su libertad apostólica, no tuvo inconveniente en ha-

cer una excepción con los fieles de Filipos (4, 10-18); conocía muy bien la sinceridad y grandeza de su amor, por lo que no temía quedar obligado con ellos.

— Si bien San Pablo se dirigió en seguida a los judíos en su lugar de oración junto al río (no tenían sinagogas en esta ciudad), la mayoría de los filipenses, a juzgar por los nombres que aparecen en la Carta, eran de origen gentil.

II. ¿UNA O VARIAS CARTAS? OCASION Y FINALIDAD DE LAS MISMAS

1. Varias Cartas unidas.

El análisis de la Carta lleva a la conclusión al menos probable, de que nuestra actual Carta es resultado de la unión de varias Cartas escritas a los Filipenses.

Razones en favor de la suposición:

a) *La perícopa 4, 10-28*, de carácter un tanto independiente y colocada después de lo que podría constituir bien el fin de la misma (cf. 4, 8-9), presenta el agradecimiento de Pablo a los Filipenses que esperaríamos más bien al principio.

b) *Los fragmentos 1, 1 - 3, 1 con 4, 4-9. 21-23* presentan una cierta unidad: Pablo explica su situación personal, comunica noticias sobre Timoteo y Epafrodito y transmite instrucciones a sus amados fieles de Filipos. El ambiente subyacente es de «amenazas» que parecen provenir de los paganos, que querrían inducir al culto del emperador. De hecho, 3, 1, parece indicar el final de una Carta (cf. 4, 8; I Tes 4, 1; II Tes 2, 1; Gal 6, 17; etc.), con el que se uniría bien 4, 4-9, y a esta perícopa, como saludo final, 4, 21-23.

c) *El conjunto 3, 2 - 4, 3*, presenta un buen principio y fin de una Carta; y un contenido, por otra parte, que difiere bastante del resto de la Carta y forma un todo en sí mismo inteligible. Aquí el ambiente subyacente es más bien de «seducción» y proviene de los elementos judaizantes que querían imponer la Ley como condición para salvarse.

— Podría aducirse como confirmación el hecho de que San Policarpo, dirigiéndose a los filipenses, les dice que San Pablo «les escribió cartas». Y es posible que las Cartas de San Policarpo a los filipenses hayan sufrido semejante proceso de redacción (confróntese J. A. Fitmyer, *Com. Bil. «San Jerónimo»*, v. III, página 622).

2. TODO ESTO SUPUESTO.

a) *La Carta A*, que comprendería 4, 10-20, habría tenido como ocasión y finalidad el manifestar a los filipenses su agradecimiento por la ayuda que le proporcionaron por medio de Epafrodito.

b) *La Carta B*, que comprendería 1, 1 - 3, 1, y 4, 4 - 9. 21-23, expresa el afecto entrañable que Pablo profesaba a los fieles de Filipos, les expone su situación personal y la repercusión que su encarcelamiento ha tenido para el Evangelio y les hace un llamamiento ardiente a la unidad y perseverancia, que constituye el mensaje central de la Carta; en esta llamada a la unidad está encuadrado el maravilloso himno de la humillación y exaltación de Cristo (2, 5-11).

c) *La Carta C*, que comprendería 3, 2 - 4, 3, contiene una polémica ardiente frente a los judaizantes, advirtiendo a los filipenses los peligros tan graves que su doctrina supone para la auténtica fe cristiana.

— Cuándo y cómo se llevó a cabo la fusión de estas tres supuestas Cartas en una sola no podemos precisarlo. Tal vez en Corinto cuando se hizo la primera colección de los «escritos paulinos».

— DE LO QUE NO PUEDE DUDARSE ES DE LA AUTENTICIDAD PAULINA DE LA CARTA A LOS FILIPENSES, pues está claramente atestiguada por testimonios externos e incluso confirmada con criterios internos:

a) *Los primeros* se remontan al siglo II. San Policarpo, en su Carta a los Filipenses, alude varias veces a la Carta que les escribió San Pablo, y toma de ella ciertas expresiones. La atestiguan también San Ireneo, Clemente de Alejandría, Marción y los herejes del siglo II, el Fragmento Muratoriano y las versiones antiguas.

b) *Los segundos* hablan igualmente en su favor: el estilo y tono son genuinamente paulinos, la doctrina sobre Cristo y la justificación por la fe sin las obras de la Ley es la misma de Rom. y Gal. Como dice Huby, basta leer la Carta a los Filipenses para convencerse que es de San Pablo.

III. LUGAR Y FECHA DE COMPOSICION

1. *Tradicionalmente, hasta el siglo XIX y en nuestro tiempo muchos autores* (L. Cerfaux, C. H. Dodd, E. F. Harrison, J. Schmid, L. Turrado, A. Segovia) sostienen que la Carta a los Filipenses fue compuesta durante la primera cautividad romana (años 61-63).

— Las razones fueron indicadas en la introducción general a propósito de las cuatro Cartas. Añadamos en favor de la misma la reacción de la comunidad desde la cual escribe: mientras que unos aceptan su autoridad, otros la discuten aun permaneciendo fieles al Evangelio (cf. 1, 14 ss.); esta situación se explica mejor en la comunidad romana, que no fue fundada por él y en la que algunos podrían considerarle como intruso, que en la de Efeso, fundada por él, con la que permaneció mucho tiempo, por lo que parece lógico el que todos reconociesen su autoridad sin discusión por parte de nadie.

2. A partir de finales del siglo XVIII algunos autores, por el contrario (M. Goguel, A. Penna, J. M. González Ruiz, P. Benoit), opinan que la Carta fue compuesta durante una cautividad en Efeso, por los años 54-57.

— Esta opinión supone que Pablo estuvo prisionero en Efeso. Respecto de ella las fuentes son dudosas. Datos en favor de la misma serían: los Actos apócrifos de Pablo. el Prólogo marcionita a Col., el relato de Act 19, los que testimonian un apostolado de Pablo en la ciudad no exento de agitación y persecuciones, las afirmaciones de I Cor 15, 30-32, y II Cor 1, 8-10, en que el Apóstol afirma que hubo de afrontar la muerte en Asia y la de II Cor 11, 23, la cual da motivos para pensar que San Pablo estuvo prisionero más veces de las que constatan los Hechos.

— Esto supuesto, las razones en favor de la composición de la Carta en Efeso son las siguientes:

a) *Los planes de Pablo para el futuro.* El Apóstol pretende enviar a Timoteo lo antes posible a Filipos (2, 19) e ir él mismo (2, 26; 2, 24). Esto favorece la hipótesis de la composición en Efeso puesto que Pablo tenía el proyecto de ir desde esta ciudad a Corinto atravesando Macedonia (I Cor 16, 5-9; Act 19, 21) y que envió delante a Timoteo (Act 19, 22).

b) *Los viajes entre Filipos y el lugar de composición de la Carta.* Esta supone contactos frecuentes entre uno y otro lugar. Antes de escribir San Pablo la Carta han tenido lugar al menos cuatro viajes: los filipenses tienen noticia de su prisión, Epafrodito ha ido en su ayuda, la enfermedad de éste ha llegado a oídos de los filipenses, Epafrodito ha sabido la preocupación de los filipenses por su estado de salud; además el Apóstol piensa enviarles a Timoteo. Ahora bien, tantas idas y venidas se explican mejor si Pablo escribe desde Efeso que si lo hace desde la lejana Roma.

c) *La afinidad de Fil con las Cartas Mayores.* Si bien Fil, presenta una doctrina cristológica que la une con Col y Ef, puede decirse que, también estilísticamente (lo que se presta a apreciaciones subjetivas), pero sobre todo doctrinalmente tiene más afinidades con las Cartas Mayores, las cuales fueron escritas por los mismos años (del 54 al 58). Compara, por ejemplo, 2, 1-5 con Rom 12, 10; 15, 1-6; I Cor 10, 24; II Cor 13, 11).

— En este supuesto, el «pretorio» (1, 13) designaría la residencia del Gobernador, que existía en Efeso; y «los de la casa del César» el personal al servicio del Emperador en Efeso.

IV. DIVISION Y CONTENIDO GENERAL

1. Algunos comentaristas hacen en esta Carta una división similar a las de otras Cartas: después de la introducción (1, 1-11), una parte histórica (1, 12-2. 30), una parte parenética (3, 1-4, 20) y finalmente el epílogo (4, 21-23).

—Pero en Fil se trata de una Carta de estilo familiar en la que el Apóstol no ha querido seguir un orden lógico preconcebido, sino que yuxtapone, entremezclándolas, noticias históricas, enseñanzas dogmáticas y recomendaciones morales. Por ello, mejor que intentar una división lógica será hacer una enumeración

de los principales temas, siguiendo el orden con el que aparecen en la Carta:

INTRODUCCIÓN (1, 1-11).

1. Saludo (1, 1-2).
2. Acción de gracias (1, 3-8).
3. Petición por los filipenses (1, 9-11).

CONTENIDO CENTRAL (1, 12-4, 20).

1. Noticias de su prisión y contribución de ésta a la difusión del Evangelio (1, 12-26).
2. Exhortación a la humildad, abnegación y caridad ante el sublime ejemplo de Cristo (1, 26-2, 18).
3. Noticias sobre Timoteo y Epafrodito (2, 19-30).
4. Alerta ante el peligro de los judaizantes (3, 1-11).
5. El ejemplo de Pablo que tiende a la perfección (3, 12-21).
6. Recomendaciones en torno a la armonía, la alegría y la paz (4, 1-9).
7. Gratitud de Pablo a los filipenses por su preocupación y generosidad para con él (4, 10-20).

EPÍLOGO (4, 21-23).

1. Saludos (4, 21-22).
2. Bendición y adprecación (4, 23).

2. Esta Carta, como advertimos antes, más bien que un tratado dogmático-moral, como lo son otras Cartas, es una conversación íntima de padre e hijos en la que aquél se goza y congratula de la felicidad y perseverancia de sus fieles, manifiesta toda la ternura y afecto de su corazón, a la vez que los anima y exhorta a perfeccionarse cada vez más. Así podía San Pablo dirigirse a los fieles de Filipos que formaron la comunidad más estimada del Apóstol por la fidelidad a sus consignas.

— Es, por lo mismo, esta Carta donde mejor aparece el carácter personal de San Pablo, la ternura paternal de su corazón, la delicadeza de sus sentimientos, el afecto profundo que profesaba a sus cristianos, a la vez que su entrega total al servicio de Cristo. Todo ello compatible en él, y digno de admiración, con el «hombre de hierro» que aparece en los relatos de Hechos y algunas de sus Cartas.

— No obstante este carácter familiar de la Carta,

al llegar al capítulo segundo y pretender recomendar las virtudes cristianas de la vida ordinaria —la humildad, la abnegación, la caridad— se eleva al sublime ejemplo de Cristo y compone un maravilloso himno (2, 6-11) que constituye una de las perícopas más densas de su doctrina cristológica.

B. LA DOCTRINA

— Hacemos primero una breve explicación de los temas fundamentales de la Carta.

— Después, una más amplia exposición del himno cristológico (2, 6-11).

I. BREVE EXPOSICION DE TEMAS FUNDAMENTALES

1. Cristo, razón de ser de la vida de San Pablo (1, 20-22).

— Pablo tiene la firme esperanza de que no se verá confundido en su misión al servicio del Evangelio, porque no habrá ya obstáculo alguno capaz de separarle del amor de Cristo y de la predicación de su mensaje de redención.

— De cualquier modo que se resuelva su proceso, Jesucristo continuará siendo glorificado en su cuerpo, tanto si continúa viviendo como si le sobreviniera la muerte. Si continúa viviendo, todas sus energías serán para continuar predicando y glorificando a Cristo. Si por su causa fuese condenado a muerte, entonces rendirá su cuerpo, por el martirio, el testimonio supremo y más elocuente de su amor al Maestro (cf. antes el versículo 8: Pablo y los filipenses se encuentran en una situación cuyo denominador común es el «testimonio», hasta el punto de que E. Lohmeyer dice que esta Carta es un escrito al sentido del martirio —sentido de testimonio—).

— Ante la disyuntiva de la vida o la muerte, el Apóstol muestra una indiferencia y serenidad impresionante. La razón es que «*para él la vida es Cristo y el morir ganancia*» (1, 21). En la oración gramatical el «vivir» es el sujeto, y «Cristo» es el predicado. El sen-

tido, en consecuencia, no es precisamente el de Gal 2, 20 («vivo yo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí»: Cristo, principio y motor de la vida, de la actividad de Pablo), sino más bien: Cristo es el fin, el término al que se orienta y tiende la vida, la actividad del Apóstol; su vida tiene como objeto y razón de ser la edificación del Cuerpo de Cristo, reproducir la imagen de Cristo en las almas. Si unimos los dos textos —Gal 2, 20 y Fil 1, 21— tenemos la mejor síntesis de la vida espiritual y apostólica de San Pablo: Cristo, principio y motor, fin y término de la vida y actividad de Pablo (de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus acciones). «Así entendida esta proposición —escribe el P. Bover refiriéndose a Fil 1, 21— permite vislumbrar profundidades místicas escondidas al vulgar sentido humano. Dice el Apóstol: el vivir, esto es, el pensar, el sentir, el amar, el querer; toda mi vida intelectual y sensible, racional y afectiva, moral y social, en todos sus aspectos y manifestaciones, es siempre Cristo y sólo Cristo. Al analizar mis actos vitales siempre se resuelven en un elemento: Cristo. Ahora bien, como la vida es inmanente, es lo más íntimo en el hombre, el que la vida de Pablo sea Cristo supone que Cristo se ha hecho inmanente en Pablo, que se ha compenetrado e identificado místicamente con Pablo» (*Las Epíst. de S. Pablo*. Barcelona, 1950, pág. 331).

— Por ello no sabría qué elegir por su parte. Y es que por su mente se cruzan dos ideales y en su corazón pugnan dos afectos (aunque sean dos manifestaciones del mismo): el amor entrañable a la Persona de Cristo que le hace desear ardientemente la unión más íntima y perfecta con El en el más allá de la muerte, y el amor a sus fieles cristianos para quienes ve que son todavía necesarios sus trabajos apostólicos aquí en la tierra. Mirando su provecho particular, se inclinaría por lo primero; mirando al de los fieles, cae en la cuenta de que su palabra y su presencia les son todavía tal vez imprescindibles; ello le hace presentir que el Señor le librará de la prisión y permanecerá más tiempo con ellos (1, 24 s.).

2. El tiempo entre la muerte y la parusía (1, 23).

— El texto de 1, 23 («deseo partir y estar con Cristo») es de una importancia excepcional, ya que es el único lugar en que San Pablo expone su pensamiento

sobre el tiempo que media entre la muerte y la parusía, o segunda venida de Cristo. ¿Qué pasa durante ese tiempo? ¿Será preciso esperar hasta ese día para poder gozar de la presencia de Cristo?

— En I Tes 4, 13 ss. parece presuponerse la parusía para poder gozar de la presencia de Cristo y disfrutar de la bienaventuranza consiguiente a ella. En nuestro texto, en cambio, el Apóstol parece afirmar como algo evidente que a la muerte sigue inmediatamente la unión con Cristo y gozo consiguiente.

— *¿Cuál ha sido el motivo que ha impulsado a San Pablo a hablar con tal claridad en esta ocasión?* Tal vez fueron las dolorosas experiencias en Efeso (Fil 1, 20; II Cor 1, 8-11) las que le obligaron a hacerse una pregunta que le resultaría intrigante: ¿qué pasaría si él muriera antes de la parusía? Antes tal vez la esperanza de estar vivo en el momento de ésta le había ahorrado semejante pregunta. Por otra parte, no tendría más remedio que dar respuesta a la preocupación helenista por la suerte del alma después de su salida del cuerpo. Los estudios llevados a cabo sobre la expresión «con Cristo» parecen llevar a la siguiente conclusión: el texto de Fil 1, 23 y el de II Cor 5, 8 —el más claro y próximo en cuanto al contenido de nuestro texto— reflejan la influencia literaria de temas de origen platónico que debieron llegar al Apóstol a través de la filosofía popular en su época. San Pablo tuvo que hacer uso de la filosofía griega para expresar su pensamiento ante un problema que no podía ser resuelto adecuadamente desde la concepción monista del judaísmo sobre la naturaleza humana.

— Concluyendo, «una cosa es el triunfo total de la Iglesia como colectividad, que tendrá lugar en *la parusía,* y otra la entrada personal de cada uno en la gloria, que, de no mediar obstáculo a causa de nuestros pecados, tendrá lugar en seguida después de la muerte» (L. Turrado, *l. c.*, pág. 601).

3. La vida cristiana como predicación y sacrificio (2, 14-17).

— San Pablo ha exhortado a los filipenses a trabajar por su salvación con ese temor filial que nos hace andar más solícitos en el servicio de Dios, teniendo en cuenta que nuestra salvación y santificación dependen de Dios que es quien «obra en nosotros el querer y el

obrar, como bien le parece» (2, 13). Así obramos en las cosas que dependen del favor o benevolencia ajena procurando no perder esa benevolencia con nuestra negligencia, ingratitud o presunción. La salvación es obra de la gracia de Dios y de nuestra correspondencia a la misma manifestada en las obras.

a) Los filipenses han de cumplir con la voluntad de Dios que señala el camino de la salvación sin murmurar o quejarse de ella cuando entraña dificultades o lleva consigo la persecución, como hicieron los israelitas en el desierto, sino cumplirla con prontitud y alegría, de modo que sean *«irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo»* (2, 15). Como consecuencia de su condición de «testigos», los fieles con su fe vivida conforme a las exigencias del Evangelio, con su pureza y elevación de costumbres, tienen que ser luz en medio de las tinieblas del pecado en que viven los gentiles, de modo que éstos se sientan iluminados y atraídos por el resplandor de su vida y virtudes cristianas, realizando el pensamiento de Cristo: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16).

— Esta manera de presentar la vida cotidiana del creyente como una especie de predicación no hace más que explicitar algo que está latente en numerosos textos de las Cartas paulinas (cf. I Tes 4, 11; Rom 12, 17; I Cor 10, 23; Ef 5, 15; Col 4, 5). La fidelidad perfecta de los cristianos hace honor a la doctrina de Dios (Tit 2, 9-10).

b) La vida ofrecida como sacrificio. La precedente conducta de los filipenses sería la mejor prueba de que el Apóstol no ha trabajado en vano por ellos. Más aún, si Dios lo quiere, estaría dispuesto a derramar con sumo gozo su sangre *«como liberación sobre el sacrificio y ofrenda de su fe»* (2, 17). San Pablo compara su ministerio apostólico al del sacerdote que ofrece el sacrificio y la posible efusión de su sangre como una libación que coronaría el acto de culto o sacrificio que con su vida de fe ofrecen los filipenses (así lo indica el genitivo «de nuestra fe»). La fe, la comunidad, es el objeto del sacrificio. El Apóstol, que había tra-

bajado por sembrar en los filipenses la fe en Cristo y fundamentarla más y más, está dispuesto a ofrecer su propia sangre como libación sobre la ofrenda sacrificial que constituye la fe y vida cristiana de sus más amados hijos. Esto le proporcionaría un gran gozo del que quiere que participen también los filipenses congratulándose con él. Ciertamente la vida del esforzado Apóstol no podía terminar de una manera más digna y grata que sellando con su propia sangre el Evangelio a cuya predicación consagró su vida.

— La expresión bíblica está tomada de los sacrificios del Antiguo Testamento en los que, después de haber sido inmolada la víctima, se derramaba una libación de vino en torno suyo (cf. Num 15, 5; 28, 7). Más veces San Pablo presenta su actividad apostólica con metáforas tomadas del A. T. (cf. I Cor 3, 16-17; II Cor 2, 14-17).

4. La doble comprensión de la vida: antes y después de la conversión en el camino de Damasco (3, 4 ss.; 3, 7 ss.).

— San Pablo comienza esta sección de su Carta poniendo en guardia, en términos duros y enérgicos, a los filipenses contra los judaizantes. Tal vez aprovechaban la ausencia del Apóstol para esparcir sus errores entre los fieles de Filipos: para la justificación no basta la fe en Cristo, es precisa la circuncisión. San Pablo utiliza una expresión que sorprende en una Carta tranquila y afectuosa: *«¡Atención a los perros!»* (3, 2). Es el término con el que los judíos de entonces designaban a los gentiles (cf. Mt 15, 25, donde Cristo lo aplica a la cananea), por ser el perro animal impuro. El Apóstol lo aplica aquí irónicamente a los judaizantes. En realidad, ahora los perros son ellos porque no forman parte en el nuevo Israel, en el que la circuncisión ha perdido su valor y razón de ser y en el que lo que cuenta es la fe en Cristo, única condición para entrar en él. La verdadera circuncisión es la que se hace en el corazón (Rom 2, 28-29) por la renuncia al pecado y la entrega a Cristo.

a) Frente a los falsos doctores judaizantes que se gloriaban ante los fieles de sus prerrogativas judaicas para acreditar su doctrina ante ellos, Pablo presenta

su comprensión de la vida antes de su conversión en el camino de Damasco. El tiene razones para «gloriarse en la carne» que superan a las de los judaizantes. Las enumera a continuación: son seis, tres heredadas y otras tres adquiridas. Las primeras son: la *circuncisión* al octavo día conforme a la Ley de Moisés (Gen 17, 12), que incorporaba al pueblo de Dios; su descendencia *del linaje de Israel,* el pueblo escogido por Dios en Abraham, Isaac y Jacob, y esto por nacimiento, no por agregación como los prosélitos; finalmente, miembro *de la tribu de Benjamín,* que dio el primer rey a Israel y durante el cisma permaneció fiel al reino davídico y al culto del Templo, el único que, según testimonios posteriores, había nacido en la tierra de promisión. Los tres méritos personales que le permitían poder gloriarse sobre los judaizantes eran: su condición de *fariseo,* la secta más rígida en la observancia de la Ley, por lo que eran tenidos en gran veneración por el pueblo; el *celo por la Ley* que le llevó a perseguir con todo furor a la Iglesia, grangeándose con ello la estima de los judíos, cuyos jefes le encomendaron la liquidación del cristianismo en Damasco; finalmente, su *intachable cumplimiento de la Ley,* que le permite el poder presentarse a todos como modelo de santidad legal (cf. cosas parecidas en Rom 11, 1; II Cor 11, 12; Gal 1, 13-14). Este fue el modo de comprender su vida Pablo en el judaísmo antes de su conversión.

b) A partir del v. 7 presenta su *comprensión cristiana,* la que siguió a su conversión. Una vez que conoció a Cristo, no sólo las prerrogativas del judaísmo, sino todas las cosas del mundo le parecen de ningún valor en comparación con el conocimiento y el amor a Cristo. Lo que antes estimaba como ventaja, ahora lo considera como pérdida, «*para ganar a Cristo y ser hallado en El no con la justicia suya, que viene de la Ley, sino la que viene por la fe en Cristo*» (3, 8-9). La expresión «ganar a Cristo» significa pertenecerle para estar con El. Pablo describe su comunión con Cristo como una meta en la que siempre hay que profundizar. Esta justicia no proviene de la Ley —la que provenía de ésta era debida a las obras del hombre realizadas con sus fuerzas naturales, por eso Pablo la llama «su justicia»—, sino de Dios por la fe en Cristo. La justicia ahora ya será «aquella que Dios con-

cede libremente y que depende de la voluntad y humildad del hombre sólo en la medida en que éste acepta el hecho de que debe buscar su salvación no en sí mismo, sino en Dios por la fe» (Rom 1, 16-17; 3, 20-28) (J. A. Fitzmyer, l. c., pág. 636).

— Decimos que nos justificamos por la fe, pero nuestra fe no es la causa eficiente o formal de nuestra justificación, sino un medio o condición establecida por Dios en orden a ella. Lo mismo que la acción del pobre, en comparación de Toledo, que extiende su mano en actitud de pedir una limosna, no tiene la virtud de atraer las monedas, sino que la limosna es plenamente gratuita, así ese acto de fe no tiene la virtud de producir la justificación, sino que es una condición; puesta la cual, Dios, causa eficiente, confiere la gracia santificante, causa formal de la santificación, cuya causa meritoria es la redención de Cristo. El «ser hallado» implica un juicio. Y el que dictamina en ese juicio no puede ser más que Dios o Cristo mismo. Tenemos aquí el pensamiento del juicio en que cada uno tenemos que comparecer.

— Los vv. 10-11 son una ulterior explanación del v. 8. San Pablo está dispuesto a renunciar a todo con tal de «*conocer a Cristo el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacernos semejantes a El en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos*» (3, 10-11). El fin último en su nueva comprensión lo describe San Pablo como un «conocer». En la relación entre fe y conocimiento, el pensamiento ha evolucionado: el comienzo es creer en Cristo (1, 29); el fin es el conocimiento inmediato. Junto a ese conocimiento es mencionado el poder de la resurrección; ella es el principio de ese proceso que va desde la fe al conocimiento. Conocer a Cristo es para el Apóstol no el conocimiento teórico y especulativo, sino el práctico y experimental que implica la unión con El y la entrega a su divina Persona. De la misma manera, conocer el poder de su resurrección es experimentar lo que este misterio ha obrado y obrará en nosotros, su poder de vivificar las almas y resucitar los cuerpos, de restaurar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra. Ella es la garantía de nuestra reconciliación con Dios, pues Cristo «fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 25), y de nuestra resurrección, ya que «si los muertos no resu-

citan, tampoco Cristo resucitó... ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que durmieron» (I Cor 15, 16.20).

— Junto al poder de la resurrección se menciona también la *«comunión en sus padecimientos»*. La participación en los sufrimientos de Cristo es condición indispensable para participar de la gloria de su Resurrección. Sólo si padecemos con El seremos glorificados con El (Rom 8, 17). Con esta adición tenemos completo el círculo de la acción de Dios en la Historia, que no debe considerarse ni sólo «sub specie Dei», ni sólo «sub specie hominis», sino como el justo medio en el que coinciden la acción de Dios y las causas naturales.

— En estos últimos versos se habla, por tanto, de la resurrección como del último estadio que corona y da sentido a los demás. Y considera posible el que, sin una labor continuada y sin sufrimientos, no la llegue a alcanzar. Es la misma visión de Rom 6, 5, que se perfeccionará más en las Cartas a los Colosenses y los Efesios.

5. Nuestra ciudadanía celeste (3, 20).

— Al final de la perícopa 3, 12-21, en la que San Pablo exhorta a los filipenses a tender a la perfección elevándose sobre las cosas de la tierra, introduce *el tema de la ciudad de Dios*, al que ya había aludido en 1, 27. Es el concepto más apto para expresar la síntesis de inmanencia y trascendencia que deben realizar los cristianos estando en el mundo y no siendo del mundo.

— La palabra técnica con la que designa esta realidad el Apóstol es *«políteuma»* (derecho de ciudadanía). La palabra puede designar «la organización concreta de una comunidad en el tiempo y en el espacio», también «la norma o normas que deben seguir», o «la conducta del ciudadano según esas normas». En nuestro caso no parece que el Apóstol piense en la significión primera, sino en la segunda y, más concretamente en la tercera. El «cielo» designa la Patria ante la cual «la tierra» designa el lugar de los impíos donde los creyentes son «peregrinos» que caminan hacia aquélla.

— Ayuda a precisar el sentido de «políteuma», el que a veces designa una colonia de extranjeros que

organiza su vida conforme a la vida y costumbres de la patria. En nuestro caso podría indicar una oposición a un estado terreno, que aquí sería el imperio romano. Tendríamos la idea posteriormente desarrollada de la «Ciudad de Dios» y «la ciudad eterna».

— Lo que precede a este verso sobre la conducta de quienes sólo piensan en las cosas de la tierra sugiere el tercer sentido del término «políteuma»: la conducta que corresponde a quienes han recibido la ciudadanía celeste y que ya conocemos por las exposiciones precedentes.

— Otro tema relacionado con lo anterior es el de la obra del Redentor, que transformará nuestro cuerpo (3, 21). Se afirma una «transformación» del cuerpo y, al mismo tiempo, una permanencia del mismo. La acción de Cristo significa para el cristiano el abandono de lo terreno y el revestimiento del vestido celeste (cf. I Cor 15, 35-53).

II LA HUMILLACION Y EXALTACION DE CRISTO (2, 5-11)

1. Ambientación de la perícopa.

— San Pablo en el c. 1 ha dirigido a los filipenses la más viva y apremiante exhortación a la unidad fraterna de los espíritus y de los corazones, rogándoles que permanezcan firmemente unidos frente a los ataques de los adversarios (1, 27-28), de tal manera que todos tengan un mismo pensar, una misma caridad, un mismo ánimo y unos mismos sentimientos (2, 2).

— Pero esto no se puede obtener sin un espíritu grande de humildad y abnegación de sí mismo. Es por lo que el Apóstol les exhorta vivamente a que abandonen todo espíritu de rivalidad y vanagloria y les recomienda que cada uno mire con humildad como superiores a los otros, y atienda con abnegación no sólo a los intereses propios sino también al bien de los demás (2, 2-4).

— Para incitarles a la práctica de estas virtudes les propone como estímulo supremo e impresionante el ejemplo de Cristo. Y al hacerlo se remonta a los más elevados misterios de Jesús haciéndole pasar ante nuestros ojos desde los resplandores de su gloria divina hasta su humillación y abatimiento en la cruz para volver desde ésta a su exaltación a la derecha del Pa-

dre, dejándonos en esta breve perícopa de estructura rimada la fórmula más concisa y exacta de la cristología paulina:

"Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo:

I. el cual, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente
el ser igual a Dios.
Sino que se despojó de sí mismo
tomando la condición de siervo,

II. haciéndose semejante a los hombres
y apareciendo en su porte como hombre
se humilló a sí mismo
obedeciendo hasta la muerte
(y muerte de cruz).

III. Por lo cual Dios le exaltó
y le otorgó el Nombre
que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese
que Cristo Jesús es SEÑOR
para gloria de Dios Padre".

2. La preexistencia.

a) *¿Qué significa «morfe»? (= forma).*

— Es el término griego utilizado por San Pablo en el v. 6 y que las versiones castellanas traducen por «forma» o por «condición». En la literatura profana significa una cosa estable y permanente, algo intrínseco a la naturaleza, la esencia misma del ser, en distinción a «sjena», que indica una cosa inestable, las apariencias exteriores. Para los Padres griegos «morfé» viene a ser prácticamente sinónimo de naturaleza, sustancia, esencia, por lo que ellos ven expresada la divinidad en la expresión «forma de Dios». En el N. T. aparece San Marcos significando las apariencias exteriores (16, 12). En el lenguaje de San Pablo expresa la gloria resplandeciente del Hijo de Dios antes de la Encarnación, su condición divina en contraste con su condición de hombre en que apareció en su vida mortal (cf. J. Huby, *Les Epitres de la captivité Verbum Salutis*, pág. 308).

— En nuestra perícopa —en que se habla de humillación y por contraste de gloria y honores— pensamos que la expresión «morfé tou Zeou» designa di-

rectamente la gloria y majestad propias de la naturaleza divina, de las que Cristo, como Dios que es, pudo aparecer revestido. Claro que como en Dios el modo o forma de existir no se distingue realmente de la esencia, ni la manera de ser de la naturaleza, el término «morfé» aplicado a Dios tiene que significar en último término los atributos que constituyen la naturaleza divina, es decir, que la posesión de la «morfé» implica la participación de la naturaleza.

b) *¿Cuál es la significación de «arpagnos»? (=cosa codiciable).*

— Es el término griego que la versión latina (Vulgata) traduce por «rapinam» (rapiña) y las versiones vernáculas suelen traducir por «codiciable tesoro». La tradición griega y los occidentales que conocían el griego ha dado al término griego utilizado por San Pablo no sentido activo (como la Vulgata y los Padres latinos, en cuyo caso habría que traducir por «robo», «usurpación»), sino sentido pasivo «una cosa preciosa», «un tesoro hallado inesperadamente», al que, por tanto, se estima y codicia. El término escogido por el Apóstol designaría sencillamente una cosa de gran valor. En este caso habría que traducir: «... no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que...». Y el sentido sería que Cristo, siendo Dios, igual que el Padre en esencia y naturaleza, y teniendo, por lo mismo, pleno derecho a los honores y prerrogativas divinas, no las estimó tan codiciable tesoro, no las codició tan ávidamente que no estuviese dispuesto a renunciar a ellas durante el tiempo de su vida mortal.

c) *¿Qué designa el «ser igual a Dios»?*

Viene a ser sinónimo de «siendo de condición divina». No expresa la naturaleza divina, ni los atributos esenciales o intrínsecos de Dios, sino honores, las prerrogativas externas de gloria que corresponden a Dios.

3. La humillación.

a) *Se despojó de sí mismo.*

El verbo griego utilizado aquí (kenóô) significa «vaciar» y, por tanto, «reducir a la nada», «anonadar».

Cristo no se despojó de su divinidad, cosa absolutamente imposible, sino que eclipsó durante su vida mortal, por así decirlo, la gloria externa que como a Dios le correspondía.

b) *Tomando condición de siervo.*

Tenemos utilizado el mismo término que antes, «morfé» («forma de siervo»). La expresión designa en la mente de Pablo no la condición social de la esclavitud entonces reinante, sino la condición propia del hombre frente a Dios, del cual depende esencialmente. En la lengua religiosa del judaísmo ser «siervo» es equivalente a ser elegido por Dios. El himno, al hablar de esta forma de siervo, posiblemente hace alusión al siervo de Yavé de Is 53. Y según algunos, a la actitud sumisa de Cristo al Padre.

c) *Haciéndose semejante a los hombres.*

No se trata de una semejanza fundada en meras apariencias exteriores, sino de la semejanza sustancial, de la que expresamos cuando decimos que todos los hombres somos semejantes en la naturaleza humana. Según el pensamiento semítico lo externo de una manifestación (semejante a) indica el ser de una cosa. Jesucristo ha asumido la naturaleza humana privada por el pecado de los llamados dones preternaturales y sujeta a las flaquezas y enfermedades de nuestra naturaleza. Se hizo en todo semejante, excepto en el pecado (Heb 4, 15).

d) *Obediente hasta la muerte de cruz.*

Cristo, no contento con tomar nuestra naturaleza humana y aparecer en su manera de ser y de obrar como verdadero hombre, quiso llevar su humillación y abnegación hasta someterse, en acto de obediencia al Padre, a la muerte de cruz, que constituía la muerte más afrentosa entonces conocida. Los romanos únicamente aplicaban el suplicio de la cruz a los esclavos. Los judíos veían en ella la maldición divina que pesaba sobre los supuestos crímenes del ajusticiado (cf. Dt 21, 22 s.).

— Holzner dice a propósito de este doble anonadamiento. «La "encarnación" fue el primer "salto de Dios", como dice San Gregorio Magno, el salto del

Infinito a la limitación de la criatura, el primer paso del renunciamiento de sí mismo. Pero el Encarnado entra todavía más profundamente en el abismo del propio anonadamiento. Una vez en posición de nuestra naturaleza pasible, quiso privarse también de todo lo que hace la vida agradable, atractiva, cómoda, hermosa y tranquila... La *"redención en la cruz"* fue el segundo "salto de Dios" del Ilimitado a la medida limitada de lo humano. Hízose llenar hasta el borde la copa del dolor, y la bebió hasta las heces» (*San Pablo heraldo de Cristo*. Barcelona, 1951 (ed. 3.ª), pág. 447).

— Humillación impresionante del Hijo de Dios, que ha dado desde los primeros días del cristianismo, y dará siempre hasta el fin de los siglos, motivo de meditación y contemplación a la piedad cristiana al contemplar, junto al inmenso amor y misericordia de Dios para con los hombres, el abismo de humillación y abnegación a que quiso someterse para llevar a cabo la redención de la humanidad. Y es que, como dice San Agustín (*De Trinitate*, VIII, 5), la humildad de un Dios nacido de mujer y conducido a la muerte por hombres mortales en medio de tantos ultrajes es el remedio para curar nuestro orgullo.

4. La exaltación.

— No puede haber gloria mayor que la que corresponde a Dios, ni en aquel entonces muerte más ignominiosa que la del muerto en el patíbulo; no pudo ser mayor, por tanto, la humillación a que quiso someterse Cristo. Por eso, su exaltación debió ser también la más grande que pueda imaginarse. Debían realizarse en El, como en ningún otro, sus propias palabras: «... el que se humille será ensalzado» (Mt 23, 12).

a) *Le exaltó.*

La traducción literal del verbo griego es «le superexaltó». En otros pasajes la Escritura nos habla de la exaltación de Cristo a la derecha del Padre (cf. Act 2, 32-33; Ef 1, 20-22).

b) *El Nombre sobre todo nombre.*

El nombre en los antiguos era algo íntimamente unido al ser que designaba, de modo que muchas ve-

ces se utilizaba por la persona misma o su dignidad. Dar a Jesucristo un nombre que está por encima de todo otro nombre es conferirle una dignidad, una gloria que está por encima de toda otra gloria o dignidad, una soberanía suprema, universal sobre todos los seres, los cuales doblarán ante El su rodilla en actitud de rendida adoración.

¿Cuál es ese Nombre? No es el nombre «Jesús», como podrían sugerir las palabras siguientes (en el texto griego Jesús no es dativo apuesto a «nombre», sino un genitivo: al nombre de la persona que llamamos Jesús), sino el título de SEÑOR, que luego se menciona, que traduce en la versión de los LXX el nombre de Yahvé, y que San Pablo utiliza muchas veces como designación personal de Cristo Jesús (I Cor 2, 8; 8, 6). El Apóstol reserva para el Padre el nombre de «Dios» y da a Cristo el de «Señor», reservado en el A. T. a Yahvé.

c) *Toda rodilla se doble.*

La finalidad que se propuso el Padre es la adoración universal. «Doblar la rodilla» significa adorar (cf. Rom 11, 4; Ef 3, 14). El «toda» indica que no sólo la Iglesia, sino todo el Universo deberá reconocer el señorío de Cristo. Lo de los «infiernos» se interpreta de los demonios, quienes, según los antiguos, habitaban en el centro de la tierra, o de los muertos, dado que la expresión designa «los que habitan debajo de la tierra» (cf. Is 45, 23. LXX). Algunos interpretan la expresión de todo el Universo (cf. Apc 5, 13).

d) *La confesión de toda lengua.*

El objeto directo de la confesión de toda lengua es la soberanía universal de Cristo. La exaltación comprende todo el acontecimiento posterior: resurrección, el estar sentado a la derecha del Padre, el Nombre sobre todo nombre. Los Padres entendieron la exaltación de Cristo como la comunicación a la humanidad de aquello a lo que había renunciado la divinidad. Los primeros cristianos expresaban con la fórmula «Jesucristo es el Señor» su fe en la soberanía universal de Cristo y su divinidad.

El contraste entre «siervo» y «Señor» es ciertamente intencional. Al fin de su carrera terrestre, cumplida en conformidad con la voluntad del Padre, pero

libremente elegida, Cristo encuentra, para todo su ser, incluida su humanidad, la plenitud de la gloria, no por el camino de la gloria, sino por el de la humillación. Esta es precisamente la lección parenética que Pablo presenta a los Filipenses.

Y la confesión de Cristo como «Señor» se ordena como a su último fin a la goria del Padre (cf. Jn 17, 1). El Padre es el principio y fuente del señorío universal de Cristo; por ello toda lengua que confiesa ese señorío rinde homenaje al Padre.

5. Conclusiones.

A) *Dogmáticas.*

a) *Se afirma:* la «divinidad y preexistencia eterna de Cristo», al afirmar que, antes de la encarnación existía ya en la «forma» de Dios, y al atribuirle al final las prerrogativas indicadas; la «consustancialidad con el Padre» y la «distinción de las dos Personas», ya que Cristo es Dios y un solo Dios con el Padre, pero distinto en Persona, pues sólo El tomó la naturaleza humana y es el Padre quien le exalta; la «Encarnación del Verbo», que reúne en una sola persona las dos naturalezas, pues siendo Dios, y sin dejar de serlo, asume la naturaleza humana; la «realidad del cuerpo asumido»; «el mérito de su obediencia y muerte», por la que el Padre le exalta; el «derecho de Cristo a la adoración universal».

b) *Se rechazan,* por lo mismo, los errores de los primeros siglos: el «arrianismo», que negaba la consustancialidad e igualdad del Hijo con el Padre; el «sabelianismo», que negaba la pluralidad de personas en Dios; el «nestorianismo», que pone dos personas en Cristo; el «eutiquianismo», que pone una sola naturaleza en Cristo; el «docetismo», que niega que el cuerpo asumido por Cristo fuera un cuerpo real, y el «apolinarismo», que afirma que el alma de Cristo no es semejante a la nuestra.

B) *Morales.*

a) La *humildad.* Si Jesucristo se humilla de una manera tan extraordinaria, el cristiano, que debe imi-

tar la conducta de Jesús, deberá ejercitar esta virtud. Rehusarás tal vez imitar a un hombre humilde, dice San Agustín, imita al menos a un Dios que se humilla.

b) La *abnegación*. Pudiendo haber aparecido con la gloria y honores divinos, a los que tenía el más pleno derecho, se despoja de ellos y aparece como un hombre más. Y no sólo esto, sino que nace pobre, vive en su vida privada la de un humilde artesano, en su vida pública dice que el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mt 8, 20: vida itinerante), y al fin de ella se somete a la muerte más cruel. Por lo mismo, la abnegación será condición insoslayable de vida cristiana.

c) La *caridad*. Aparece también una lección espléndida de caridad. No hay amor más grande que dar la vida por la persona a quien se ama (cf. Jn 15, 13). El pudo llevar a cabo la redención con un simple acto de su volutad, pero quiso derramar su sangre y morir en la cruz para poner más de relieve ante el hombre su amor e incitarle a la práctica del mismo.

C) *Pedagógicas.*

a) *Fundamentar nuestra vida en los sólidos principios del dogma y la moral.* Somos no pocas veces testigos de la defección de los cristianos ante las dificultades que entraña la práctica de fe en medio de este mundo del s. XX. Seguramente la raíz de ello hay que buscarla en la falta de fundamento sólido sobre el que se apoye la vida cristiana. La lección del Apóstol es siempre oportuna: para inculcar las virtudes de la vida ordinaria se remonta a los más sublimes misterios de Cristo, mostrándonos de este modo la conexión íntima que en el cristianismo debe haber entre el dogma y la moral y cómo hay que fundamentar la conducta moral en los sólidos principios del dogma.

b) *Presentar a Cristo como modelo de la vida y virtudes cristianas.* Cristo vino al mundo no sólo a redimirnos sino también a darnos ejemplo de vida. San Pablo presenta en esta perícopa de Fil a Cristo como modelo y hasta ejemplo impresionante de virtudes que el cristiano tiene que practicar cada día (cf. parecido en Rom 15, 1-3).

Así fundamentados podremos exclamar con el Apóstol: ¿Quién podrá separarnos del amor a Cristo? (8, 35).

CARTA A FILEMON

I. FILEMON Y ONESIMO

— Son los protagonistas del más breve escrito del epistolario paulino, el cual no rebasa los límites, en cuanto a la extensión material, de una simple carta de recomendación (un solo capítulo con 25 versículos), constituyendo un caso único en todo el Nuevo Testamento.

1. Filemón.

— Es el destinatario de la Carta. Fue convertido por San Pablo a la fe, seguramente durante su estancia en Efeso, dado que el Apóstol no evangelizó la ciudad de Colosas, probable domicilio de Filemón. Vino a ser un gran colaborador de San Pablo en las tareas apostólicas, del que hace un cumplido elogio por su fe y caridad para con los fieles. Era sin duda un cristiano de buena posición y figura notable en la Iglesia de Colosas, dado que su casa era lugar de reunión de los fieles (v. 2).

2. Onésimo.

— Natural de Colosas, como sugiere Col 4, 9, era esclavo de Filemón. Habiéndose fugado de su señor, fue a parar a la ciudad donde se encontraba prisionero Pablo y convertido por él a la fe cristiana. J. Knox opina que llegó a ser obispo de Efeso en los primeros años del siglo II, y que es de quien escribe San Ignacio en su Carta a los Efesios; también le atribuye un papel importante en la formación del «corpus paulinum» en el que habría reunido los escritos de Pablo.

3. Dirige también San Pablo la Carta a Apfia, nombre frigio, y a Arquipo, nombre griego. Dado el carácter de la Carta (asunto personal con Filemón), parece lógico pensar que se trata de la esposa e hijo de Filemón. Ocupaba un cargo de importancia en la Iglesia de Colosas (cf. Col 4, 17).

II. AUTENTICIDAD Y CANONICIDAD

1. La autenticidad.

Está garantizada tanto por los criterios externos como por los claros indicios internos. El Fragmento Muratoriano, Orígenes, Eusebio, etc., la enumeran entre los escritos paulinos y entre ellos la presentan todas las versiones; su brevedad y tema particular explican el que apenas sea citada en la tradición. Por lo que a criterios internos se refiere, la lengua, el estilo, la penetración sicológica y profunda, los sentimientos, la doctrina no pueden ser más «paulinos». Con razón dice el P. Benoit que «mal se ve quién haya podido imitar tan genialmente al apóstol y los motivos por los que lo hubiere hecho».

2. La canonicidad.

— Es algo que sorprende tratándose de un escrito que se reduce a una carta familiar y sobre un tema tan concreto y particular; ello explica las dudas de algunos Padres sobre la inspiración de la misma. Sin embargo, el pequeño escrito siempre ha sido considerado como canónico.

— J. Knox ha pretendido explicar su inclusión en el canon por el supuesto hecho de que Onésimo habría sido quien reunió las Cartas de San Pablo; pero tal hipótesis, además de no basarse en un hecho que pueda darse por cierto, no parece en sí misma razón convincente. Pensamos que la última razón es la doctrina implícita, de dimensión trascendental, que ella contiene, como veremos después, digna de la inspiración del Espíritu y de su inclusión en el canon de libros inspirados.

III. FECHA Y LUGAR DE COMPOSICION

— Cuando Pablo escribe esta Carta se encuentra en prisión (v. 1). En la introducción general a las Cartas de la Cautividad hemos mencionado los diversos lugares —y consiguientemente fechas— de prisión en que el Apóstol pudo escribir aquéllas.

— Dos datos, o series de datos, señalan con toda probabilidad como lugar y fecha de composición de la Carta a Filemón la primera cautividad romana (años 61-63). El primero, el hecho de que Pablo disfruta de cierta libertad para predicar el evangelio y el que en el momento de escribirla da como segura y próxima su liberación; posibles ambas cosas en la cautividad romana (cf. Act 28. 16-31), no así en la de Cesarea (cf. Act 23, 12 ss.). El segundo, la semejanza con Col, compuesta, como hemos dicho a propósito de ella, en la primera cautividad romana: en las dos aparece prisionero de Cristo (vv. 1. 9. 13. 23; Col 3, 10. 18); en compañía de unos mismos compañeros (Epafras, Marcos, Aristarco, Demas y Lucas; cf. v. 23 y Col 4, 10-14); Finalmente, Onésimo, que acompaña a Tíquico, es el personaje de quien se trata en Film (cf. v. 12 y Col 4, 7-9). La ciudad de Efeso, como lugar de composición, queda excluida por la presencia de Lucas al escribir la Carta, ya que éste sólo acompaña a Pablo a partir del último viaje a Jerusalén.

IV. OCASION Y FINALIDAD

1. Onésimo, esclavo de Filemón, se escapó un día de casa de su amo, llevándose alguna cosa consigo o después de haberle causado algún perjuicio. Tratando de evitar el caer en manos de su señor, acudió a Roma, donde no sería fácilmente descubierto. Allí se encontró con Pablo. ¿Ocasionalmente? ¿O le buscó para pedirle protección frente a su amo, a quien probablemente habría oído hablar de Pablo?

2. El Apóstol lo convirtió a la fe cristiana y Onésimo ofrecía las garantías de un buen colaborador para San Pablo en su quehacer apostólico. Pero Pablo sabía muy bien que Filemón tenía sus derechos legales sobre su esclavo, por lo que no puede disponer de él sin el asentimiento de Filemón.

3. Ambas cosas determinaron la ocasión y finalidad de la Carta a Filemón; precisamente por aquellos días había decidido enviar a Tíquico a Colosas con la Carta que había escrito a los creyentes de Colosas ante las noticias que le había llevado Epafras. Y determinó enviar junto con él a Onésimo con la presente Carta para su señor. «En ella, después del saludo de rigor, da gracias a Dios por la fe de Filemón y su caridad para con los fieles. Y en seguida, dejando entrever que tendría incluso autoridad para imponer sus pretensiones a Filemón, manifiesta que prefiere acudir a sus conocidos sentimientos de caridad al interceder ante él por su esclavo fugitivo, como también a su condición de anciano y prisionero de Cristo que le hace más digno de ser atendido en sus ruegos. Le suplica, además, por su hijo en la fe, a quien ha llevado a la misma en medio de sus cadenas; de modo que más que un siervo lo que envía es algo de sus entrañas. Un cristiano que si en su anterior condición le fue «inútil», ahora, en cambio, convertido a la fe, les será a los dos —a Filemón y a Pablo— sumamente «útil» (juega con el nombre de Onésimo que significa «útil»). Si Onésimo le ofendió con su huida y se llevó alguna cosa, Pablo se compromete a pagárselo. Al llegar a esta afirmación seguramente el Apóstol ha sonreído interiormente y dice confiadamente a Filemón: ¡claro que si vamos a echar cuentas es mucho más lo que tú me debes a mí (la fe en Cristo)! Por todo ello, Pablo espera que Filemón recibirá con toda benignidad a Onésimo y le acogerá como un hermano amadísimo en la fe. Más aún, está seguro de que hará más todavía de lo que él le pide (¿espera Pablo que le conceda incluso la libertad misma?)» (G. Pérez, *ManBib*, IV, 233).

4. Se lee con verdadera fruición esta Carta de San Pablo. Maravilla la delicadeza y ternura de sentimientos, la fina penetración de sus palabras, el arte de persuadir sin necesidad de mandar, el respeto al derecho y conciencia de la persona. Con razón escribió Erasmo que ni el mismo Cicerón se habría expresado de manera más elocuente. Renán la considera como obra maestra en el arte epistolar. Y Goguel concluye que «desde el punto de vista del estilo es quizá la mejor de las Cartas de San Pablo, obra verdaderamente maestra de tacto y corazón».

V. LA CARTA A FILEMON, ¿UN ESCRITO TRASCENDENTAL?

1. Ciertamente que la Carta a Filemón es un breve escrito sobre un asunto concreto que Pablo dirige a un amigo y colaborador en la fundamentación del Evangelio. Sin embargo, late en ella una fuerza y una doctrina trascendentales en relación con la esclavitud, institución fundamental en los días del Apóstol que degradaba la dignidad humana al no conceder al esclavo los derechos más elementales de la persona humana. El esclavo dependía en todo de la voluntad de su señor, el cual podía incluso disponer de su vida.

2. San Pablo tuvo que pensar muchas veces en lo injusto de aquella situación social a la luz del Evangelio que nos manifiesta que todos los hombres somos hijos del mismo Padre y hermanos en Cristo Jesús. Sin embargo, el Apóstol no se plantea expresamente el problema de la esclavitud. Tampoco Cristo lanzó una proclama explícita contra el orden establecido que dividía la sociedad en señores y esclavos. Uno y otro comprendieron que se trataba de una situación social cuyo cambio instantáneo no podía intentarse. Un intento en tal sentido por parte de Cristo o de Pablo hubiera comprometido la expansión del cristianismo en sus mismos orígenes.

3. San Pablo no puede suprimir la esclavitud, pero inculca a Filemón una conducta que puede suavizarla al pedirle que reciba a Onésimo como un hermano. Por lo demás, al igual que Cristo, ya había establecido los fundamentos que cuando llegasen a informar la sociedad acabarían con la esclavitud. El primero y principal es el principio de nuestra igualdad como hijos del Padre Celestial y el de nuestra fraternidad en Cristo Jesús. «Ya no hay judío o griego, no hay siervo o libre, hombre o mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3, 28; cf. Col 3, 11). Como escribe el P. Benoit, «estaba reservado al cristianismo aportar la solución definitiva y sola plenamente eficaz por la fe y el amor que descubre en todos los hombres hijos del mismo Dios, hermanos del mismo Cristo, llamados a una misma salvación. Con la Carta a Filemón y toda su prudente delicadeza vemos despuntar la aurora de un sol de justicia y amor que va a ilu-

minar bien pronto el mundo y transformarlo». Pero hubieron de pasar muchos años antes de que esta doctrina cristiana fuese llevada a la práctica con todas sus exigencias, lo que confirma la actitud prudente del Apóstol.

— San Pablo no fue un revolucionario en el sentido político de la palabra. Pero sí lo fue, y el más grande después de Cristo, en cuanto al mensaje que predicó: una doctrina y unas exigencias que suponen una auténtica revolución interior del hombre: el vencimiento del egoísmo que anida en lo más profundo del corazón humano y la apertura constante a Dios y al prójimo en una actitud de amor y servicio. Y es esa revolución interior del hombre poseído por el Espíritu, la vivencia del espíritu evangélico de unidad y fraternidad universal, de amor al prójimo como a sí mismo, lo que podrá aportar la revolución pacífica y definitiva que acabe con todas las formas de esclavitud y con todas las injusticias sociales. Las revoluciones meramente humanas no hacen más que cambiar las cosas para volver poco después a la misma situación con distintos detentores del mando opresor. Vivir y predicar esa revolución interior —mucho más difícil que la exterior— es la misión del cristiano. Desde ella tiene que pregonar y realizar la Iglesia la revolución de Jesús de Nazaret.

CARTA A LOS COLOSENSES

A.—INTRODUCCION

I. COLOSAS Y SU EVANGELIZACION

1. La ciudad de Colosas se hallaba situada al sur de la antigua Frigia, en el pintoresco valle del Lico, afluente del Meandro y cerca de su desembocadura en éste. Situada a unos 180 kilómetros al este de Efeso, limitaba con las ciudades de Laodicea y Hierápolis. Ciudad rica y populosa en tiempos de Herodoto y Jenofonte, perdió luego su esplendor cuando Antioco Theos, hacia el año 250 a. C., dio renombre a la ciudad de Laodicea, que fue después la capital del distrito. Hacia el año 61 d. C. fue víctima de un terremoto que asoló toda la región del valle del Lico. En los tiempos de San Pablo era una pequeña población, tanto que «si San Pablo no hubiese escrito esta Carta, el nombre de Colosas solamente sería conocido por los especialistas en historia antigua» (J. Huby).

2. Según testimonio del mismo San Pablo, no fue él quien evangelizó esta ciudad (2, 1; 4, 1 ss.). Las afirmaciones de la misma Carta revelan que fue Epafras, fiel colaborador de Pablo, el fundador de la comunidad cristiana de Colosas. Convertido por Pablo, probablemente en Efeso, fue él quien predicó el evangelio en Efeso y probablemente en toda la región del Lico (cf. 1, 7; 4, 12 ss.). En el momento de escribir San Pablo su Carta a los Colosenses Epafras se encuentra junto a él.

— En el tiempo de la redacción de la Carta había en Colosas una considerable comunidad cristiana. Esta se componía en su mayor parte de cristianos procedentes de la gentilidad (cf. 1, 21. 27; 3, 13); pero debía de contar con un buen número de judío-cristianos, dado

que el judaísmo estaba muy extendido por Frigia y la Carta tiene un sabor judío inconfundible.

II. PABLO, AUTOR DE LA CARTA

1. Desde los primeros testimonios de la Iglesia primitiva (Ireneo, Fragm. Murat., Marción) hasta el siglo XIX nadie puso en duda la autenticidad paulina de esta Carta.

2. A partir del siglo XIX algunos investigadores la pusieron en duda en todo o en parte (R. Bultmann, E. Käsemann, E. Schweitzer). Se basan en el vocabulario (unos 50 términos no aparecen en las Cartas paulinas), en el estilo (similar al de Ef y diferente del de las Cartas Mayores), en la teología (más desarrollada en cuanto a Cristo y la Iglesia) y en los errores que se refutan (que se supone son los gnósticos y ebionitas, lo que llevaría un tiempo posterior a Pablo).

3. Sin embargo, la mayor parte de los autores sostienen que San Pablo es el autor de la Carta a los Colosenses, incluso la mayoría de los que niegan la autenticidad paulina de Ef.

— Las *razones* en favor son, además de la tradición unánime de la antigüedad, la semejanza de situación con la Carta a Filemón, cuya autenticidad está fuera de toda duda, y el lugar y fecha de composición, que, como veremos, fue la primera cautividad romana.

— Las *dificultades en contra* no son lo suficientemente fuertes como para negar la autenticidad: las diferencias de vocabulario y estilo vienen exigidas por la diversidad de tema y los adversarios que refuta. El mayor desarrollo teológico puede muy bien ser debido a la reflexión de Pablo sobre los nuevos errores en los días de la prisión, y también al tiempo ya transcurrido desde la composición de las Cartas Mayores. Los errores de los doctores de Colosas no son los errores gnósticos del siglo II, sino contra una forma incipiente de gnosticismo que encuadra bien en el panorama del siglo I.

III. LUGAR Y FECHA DE COMPOSICION

Ciertamente Pablo compuso esta Carta cuando se hallaba en prisión (cf. 4, 3. 18). De las diversas cauti-

vidades que sufrió el Apóstol (cf. introducción general a las Cartas de la Cautividad), hay que descartar la de Filipos, ya que no puede colocarse la composición de Col en fecha tan temprana como el año 50; no tiene probabilidad alguna la de Cesarea, dado que el Apóstol disfruta de una libertad para predicar el Evangelio que no tenía en Cesarea, donde existía una conjura para asesinarle (Act 23, 12); tendría alguna probabilidad más la supuesta prisión en Efeso, que explicaría mejor, por su proximidad, los viajes de Epafras y Onésimo a Colosas (4, 9). Pero es, sin duda, la cautividad romana de los años 61-63 la que tiene más probabilidades por la libertad de que goza el Apóstol, compatible con ella (cf. Act 28, 16-30) y por dejar mayor espacio de tiempo desde la composición de las Cartas Mayores, lo que explica el ulterior desarrollo doctrinal respecto de ellas.

IV. OCASION Y FINALIDAD

1. Ocasión.

La ocasión que determinó la composición de esta Carta fueron las noticias llegadas a Pablo sobre doctrinas gravemente peligrosas que ciertos doctores esparcían en la comunidad de Colosas. Y la finalidad de la misma es rechazar tales errores estableciendo la auténtica fe cristiana.

— Epafras, el presunto fundador de la comunidad cristiana de Colosas, se había desplazado a Roma para dar cuenta a Pablo del estado en que se encontraba la comunidad: le habló de la fe, de la esperanza y de la caridad de los fieles, pero también, con toda seguridad, del peligro que se cernía sobre la pureza de la fe de los colosenses. Posiblemente fue ésta la razón del viaje de Epafras a Roma; precisaba pedirle luz y consejo en una cuestión que él mismo no sabría resolver. Pablo, sin embargo, envía la Carta por medio de Tíquico (4, 7 s.) y retiene a Epafras junto a él. Este aparece en la Carta a Filemón como compañero de cautiverio del Apóstol (v. 23).

2. ¿Cuáles eran estos errores?

No resulta fácil determinarlos, ya que no disponemos de otros elementos que los datos de la Carta; y

en ésta San Pablo no hace una descripción de los mismos, sino que se limita a refutarlos y esto más bien de un modo indirecto señalando el lugar de Cristo.

— El desconcierto que reina sobre el particular queda de manifiesto con las siguientes palabras del Padre Gutiérrez: «Se han propuesto entre los críticos hipótesis variadas que relacionan los errores colosenses con sistemas ya conocidos, influenciados de ideas de Cerinto (Mayerhoff), de ideas valentinianas (Baur), de doctrinas de los esenios (Lightfoot), de los órficos (Eisler), de los epicúreos (Clem. Alej.), de los pitagóricos (Grocio, Wellhausen), o de escritos maniqueos y mandeos (Bousset, Reitzenstien), o de un sincretismo gnóstico (Kolher, Norden, Lohmeyer). Otros los identifican con un sincretismo universal o teosófico, cuyas doctrinas se amalgaman con el ebionismo judaico, el naturalismo místico, la especulación y el cristianismo (Renan); otros tratan de descubrir en la Carta una polemica contra corrientes sincretistas de cultos orientales de Men, Attis, Sabazios, Mithra, la Magna Mater (Dibelius)» (l. c., pág. 803).

3. Tendencias.

A juzgar por los datos de la Carta en los errores de Colosas se entremezclan una triple tendencia:

a) *Tendencia judaizante.*

Se advierte una clara influencia de corrientes judaizantes: los doctores de Colosas pretendían inducir a los fieles a la observancia de prácticas judías, como la circuncisión (2, 11-13), del sábado y fiestas judías (2, 16), a la abstinencia de algunos alimentos (2, 16. 20-22). Se ve que los judíos, numerosos en la región, ejercían su influjo religioso sobre los cristianos, o tal vez convertidos del judaísmo a la fe cristiana no acertaban a desprenderse de las prácticas judías tradicionales. Pero parece se contentaban con predicar éstas como necesarias no para la salvación misma, sino sólo para una mayor perfección, de lo contrario Pablo en la Carta hubiera adoptado un tono más duro y enérgico (cf. Gálatas).

b) *Papel preponderante de los «ángeles», por encima de Cristo, y el culto a los mismos.*

— San Pablo llama «filosofía» a los errores de los colosenses (2, 8). El objeto de esta filosofía era una especulación sobre los «elementos del mundo» y un método para la perfección del hombre.

Según la filosofía antigua los «elementos del mundo» son los que hacen perceptible la «plenitud» de la divinidad; la divinidad como tal es algo invisible y oculto que sólo se manifiesta en la «imagen», y son los elementos del mundo los que manifiestan esa imagen. La filosofía a que alude San Pablo hacía revivir el antiguo problema sobre la relación natural del «mundo» con el hombre y su destino: estos elementos constituyen el medio entre la divinidad y el hombre; en ellos se manifiesta la plenitud de la divinidad; función suya es abrir el camino a la plenitud de la divinidad y, por consiguiente, a la perfección del hombre.

— El sincretismo helénico había reemplazado los dioses por los «elementos del mundo» o regidores cósmicos que gobernaban los astros. Los judaizantes parece convirtieron esos regidores cósmicos en «ángeles». Tengamos en cuenta la relación estrecha que los judíos ponían entre la Ley y los ángeles (cf. Gal 3, 19), a quienes consideraban guardianes de la misma y destructores de quienes rehusasen aceptarla (cf. J. Bonsirven, *Le Judaïsme Palestinien,* I, pág. 232).

— Pues bien, a las potestades angélicas se atribuía la creación, de modo que tienen poder sobre ella y sobre los hombres que les están sometidos por nacimiento y por destino. Son ellas quienes poseen la plenitud de sabiduría y perfección y, por lo mismo, la función de salvar al individuo del mundo llevándolo a la «plenitud», para conseguir lo cual el hombre tiene que servirles y cumplir sus preceptos. Semejante doctrina destrona a Cristo del lugar y de la misión que le corresponde en la creación y en la salvación del hombre: la salvación de Cristo que nos viene por los ritos de la Iglesia es algo meramente inicial; la perfección y plenitud está reservada a las potestades angélicas; Cristo confiere el perdón, pero la redención plena sólo la consiguen quienes saben triunfar sobre los «regidores» de las altas esferas del cosmos (cf. J. María González Ruiz, *o. c.*, págs. 99 y 100). De ahí el culto a los ángeles que menciona 2, 18.

c) *Ritos de iniciación y ascetismo rígido.*

— Dado el poder y función de salvar al mundo de esas potestades celestes, tenía suma importancia llegar al conocimiento de las mismas y de su manera de actuar con el fin de tenerlas propicias. Para conseguir esa ciencia son precisos ritos de iniciación en los misterios ocultos (1, 26; 2, 2; 3, 16; 4, 4), y un ascetismo rigido caracterizado por purificaciones, abstinencia de ciertos alimentos y celebración de fiestas. Con ello el hombre se purifica y queda apto para poder «ver», conocer y alcanzar la sabiduría; con ello consigue la «muerte del cuerpo», que es lo que une el hombre al mundo y le cierra el camino al reino celeste de los «ángeles».

— Hay en todo esto una clara influencia de las religiones de los misterios, tan en boga en el mundo helenístico en esta época, muy explicable en los colosenses, dada la inclinación de los habitantes de Frigia a las especulaciones y cultos mistéricos.

4. La herejía.

La peligrosidad de la herejía colosense consistía en que con ella se negaba la posición de Cristo como mediador y redentor único. De ahí que San Pablo destaque con todo énfasis la unicidad de Cristo y su primacía presentando a Cristo preexistente como mediador de la creación y a Cristo resucitado como reconciliador del universo, acentuando a la vez su posición de Cabeza y Señor de toda potestad y dominación.

V. DIVISION Y CONTENIDO FUNDAMENTAL

Introducción (1, 1-14).

1. Saludo (1, 1-14).
2. Acción de gracias por la fe, esperanza y caridad de los filipenses (1, 3-8).
3. Súplica a fin de que crezcan en el conocimiento del Evangelio y en la vida conforme a él (1, 9-12).

PARTE DOGMÁTICA (1, 13-2, 23).

1. Supremacía de Cristo en el orden de la creación y en el de la redención (1, 13-23).
2. Participación de Pablo en la obra de Cristo: las tribulaciones y el anuncio del misterio escondido (1, 24-2, 3).
3. Alerta frente a las falsas doctrinas; es Cristo en quien reside la plenitud de la divinidad y es cabeza de toda potestad, quien nos ha vivificado (2, 4-23).

PARTE MORAL (3, 1-4, 6).

1. Principio general: la unión con Cristo glorioso (3, 1-3).
2. Aspecto negativo de la vida cristiana: huida de todos los vicios, despojándose del hombre viejo (3, 4-11).
3. Aspecto positivo de la vida cristiana: práctica de las virtudes, sobre todo de la caridad (3, 12-17).
4. Preceptos de moral familiar para cada uno de los componentes de la familia (3, 18-4, 1).
5. Recomendación de la plegaria constante y de la prudencia con los de fuera (4, 2-6).

EPÍLOGO.

1. Tíquico y Onésimo les llevarán noticias personales (4, 7-9).
2. Saludos de sus colaboradores para personas de Colosas (4, 10-17).
3. Firma y última recomendación de Pablo (4, 18).

— Este amplio esquema presenta el contenido general de la Carta, que, además de la introducción y el epílogo, comprende dos amplias partes: la primera dogmática, cuyo tema fundamental es Cristo presentado frente a los errores de Colosas, la participación de Pablo en su obra y una voz de alerta frente a los falsos doctores; y una parte moral que, partiendo de la unión con Cristo, exige el vencimiento de los vicios, la práctica de las virtudes y el cumplimiento fiel de los propios deberes. Con ello aparece también aquí la unión entre el dogma y la vida.

B.—LA DOCTRINA

I. SUPREMACIA ABSOLUTA DE CRISTO (1, 15-20)

(15) "El es la imagen de Dios invisible,
Primogénito de toda la creación,
(16) porque en él fueron creadas todas las cosas,
en los cielos y en la tierra,
las visibles y las invisibles,
los Tronos, las Dominaciones, los Principados,
las Potestades:
todo fue creado por él y para él
(17) él existe con anterioridad a todo,
y todo tiene en él su consistencia.

* * *

(18) El es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia:
El es el Principio,
el Primogénito de entre los muertos,
para que sea él el primero en todo,
(19) pues Dios tuvo a bien hacer residir en sí toda la Plenitud,
(20) reconciliar por él y para él todas las cosas,
pacificando mediante la sangre de su cruz,
lo que hay en la tierra y en los cielos".

— Nos encontramos ante un himno de dos estrofas. Seguramente se trata de un himno litúrgico. Composición expresa de San Pablo o tomado de la liturgia, ciertamente es parte integrante de Col, pues sus temas aparecen muchas veces en la Carta.

— En cuanto a la cuestión de si se trata en este himno del Cristo preexistente o del Cristo encarnado, dice J. A. Grassi: «Es posible que el autor no tuviera en cuenta esta distinción. Para él la creación, el mantenimiento y el gobierno del universo no eran acciones pasadas, sino que continuaban en el presente. Consideraría la creación y el gobierno del universo como algo que comenzó en el pasado a través de la Sabiduría de Dios, pero que continuaba y se desarrollaba por la presencia de la misma Sabiduría de Dios en Cristo, el Hijo encarnado de Dios» (Com. «San Jerónimo», N. T., II, pág. 213).

— Los versos precedentes afirman que el Padre, a quien corresponde la iniciativa en la obra de nuestra salvación, *«nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino del Hijo de su amor, en*

quien tenemos la redención: el perdón de los pecados. Las «*tinieblas*» designan el estado en el que se encontraba la humanidad, y los colosenses, antes de la venida de Cristo y en el que los hombres estaban sometidos a los Espíritus del Mal que están en las alturas (cf. Ef 6, 12), los cuales, en la concepción de los antiguos, gobernaban los astros y, por medio de ellos, el universo entero, y que, infieles a Dios, pretendieron hacer a los hombres esclavos suyos por el pecado (cf. Ef 2, 2). La expresión «*Reino del Hijo de su amor*», en lugar de la corriente «Reino del Padre», nos revela que el Reino del Padre pertenece igualmente al Hijo (cf. I Cor 15, 24 ss.). Cristo con la redención es quien nos ha perdonado nuestros pecados trasladándonos al reino de la luz. Y esa redención actúa ya en los cristianos por la fe en Cristo. Los colosenses no precisan en modo alguno hacerse propicios a las potestades celestes.

PRIMERA ESTROFA

CRISTO EN EL ORDEN DE LA CREACION NATURAL

1. IMAGEN DE DIOS INVISIBLE.

— Lo afirmó antes en II Cor 4, 4. El punto de partida para la explicación del término «*imagen*» se encuentra en Gen 1, 26 (cf. 3, 10) y Sab 7, 26, en que se llama a la Sabiduría «imagen de la bondad de Dios». (Más veces San Pablo aplica a Cristo lo que los autores sapienciales dijeron de la Sabiduría; cf. Sab 7, 22, y Heb 1, 3). El hombre es imagen de Dios, en el orden natural (cf. I Cor 11, 7) y en el sobrenatural (cf. 3, 10). Cristo lo es de una manera perfecta por su generación eterna, que le hace imagen sustancial del Padre. Y con su humanidad nos refleja a nosotros la imagen del Padre haciéndonos visible su gloria y su bondad misericordiosa. Lo «*invisible*» trae el recuerdo, como en Rom 1, 20, de la creación. El mundo, en cuanto creado, está subordinado a Dios, y en cuanto visible, es distinto del Invisible. Y Dios, en cuanto creador, está unido al mundo; en cuanto invisible, es distinto de él.

— Pero si Dios es invisible, ¿cómo puede hacerse una «imagen» de lo invisible? Esta contradicción queda superada por la fe: Cristo es la imagen del Padre.

El manifiesta el Dios invisible al mundo visible y presenta el mundo visible ante Dios invisible. Las misteriosas declaraciones del mismo Cristo nos dejan vislumbrar el profundo significado de la afirmación paulina de 1, 15. En Jn 14, 9, leemos la declaración de Cristo: «Quien me ve a mí ve al Padre», y en Mt 11, 27: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar». Así Cristo es para nosotros una epifanía del Padre.

2. PRIMOGÉNITO DE TODA LA CREACIÓN.

Esta frase hay que interpretarla a la luz del significado del término primogénito entre los judíos: como consecuencia de su primacía en el tiempo, el primogénito lo era también en la dignidad y el señorío sobre sus hermanos. Aplicado a Cristo, se trataría más que de la preexistencia que le compete como Hijo de Dios, engendrado desde la eternidad, antes que viniera a la existencia cualquier creatura, significa la supremacía y el poder de Cristo sobre toda la creación. En la expresión anterior se trataba del «ser»; en ésta, de la «dignidad» y del «dominio», completando así la anterior. Las frases siguientes excluyen toda posibilidad de interpretación de esta frase en el sentido de la inclusión de Cristo entre las creaturas.

3. PORQUE EN EL FUERON CREADAS TODAS LAS COSAS.

Fundamenta la afirmación anterior insistiendo en el hecho de que todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, sin excepción alguna, han sido creadas por Cristo, y dependen, por lo mismo, absolutamente de El.

— La expresión «en El» significa que Cristo es el principio por el cual existen todas las cosas. Lo que en Ef 1, 4, decía San Pablo de nuestra vocación cristiana: que Dios nos eligió en Cristo y no puede concebirse nuestra elección sino en Cristo, lo extiende ahora y afirma de la creación, la cual tampoco puede concebirse sino llevada a cabo en Cristo, en función de El, lo que establece una relación de unión y dependencia de las creaturas respecto de El: sin El ninguna cosa hubiera venido a la existencia. Y El es, por lo mismo, el centro de unidad y de armonía de todas ellas: «En El han sido creadas todas las cosas en su principio de existencia y en su centro supremo de unidad, de armo-

nía, de cohesión, que da al mundo su sentido, su valor y, por consiguiente, su realidad... Quien en un golpe de vista pudiera ver el pasado, presente y porvenir vería todos los seres depender de Cristo y no ser inteligibles sino por El» (J. HUBY).

— Con la expresión «todas las cosas, en los cielos y en la tierra..., los Tronos, las Dominaciones, etc.», quiere expresar la totalidad de los seres, no sólo las que podemos contemplar con nuestros ojos, sino también las jerarquías angélicas que se suponen dominadores del mundo; también ellas han sido creadas por la Sabiduría de Dios, que tomó carne en Cristo. San Pablo enumera aquí los Tronos, las Dominaciones, los Principados y las Potestades; en Ef 1, 21, menciona los Principados, las Potestades, las Virtudes y las Dominaciones; en Rom 8, 38, los Angeles, los Principados y las Virtudes, y en I Tes, el Arcángel. Como se ve, San Pablo unas veces enumera unos; otras, otros, y sin seguir un orden fijo. Es inútil querer hallar en estas enumeraciones una doctrina completa y determinada sobre las potestades angélicas y su jerarquía. El Apóstol las enumera aquí bajo el denominador común del «dominio», para poner de relieve la supremacía de Cristo sobre todas ellas, como creaturas suyas que son, lo mismo que las cosas de la tierra.

4. TODO FUE CREADO POR EL Y PARA EL. EL EXISTE CON ANTERIORIDAD A TODO Y TODO TIENE EN EL SU CONSISTENCIA.

a) *Por El.* La expresión en griego (día con genitivo) significa causa instrumental. Aplicada a Cristo expresa la causa eficiente, ya que El tiene la vida en sí mismo como la tiene el Padre en sí mismo (Jn 5, 26), y por lo mismo da la vida a los que quiere (5, 21), sentido que tiene la partícula día con genitivo cuando se aplica al Padre (cf. Rom 11, 36; I Cor 1, 9). Pero referido a Cristo, indica también la idea de mediación que se da en Cristo en cuanto que lo que El comunica a las creaturas lo ha recibido del Padre, principio fontal de todas las cosas.

b) *Para El.* Esta expresión, que en I Cor 8, 6, y 15, 28, se refiere a Dios Padre como fin supremo y último de la creación, la aplica aquí San Pablo a Cristo. No se refiere precisamente al Verbo, Segunda Persona de

la Trinidad, sino el Verbo Encarnado, a Cristo, con vistas al cual, como término y finalidad fueron creadas todas las cosas (cf. Apc 1, 17; 21, 6).

c) *El es antes que todo y todo subsiste en El.* Estas expresiones intentan remachar, por así decirlo, la idea de la supremacía total de Cristo sobre todas las cosas. La primera podría entenderse en sentido temporal (cf. Jn 5, 8; preexistencia) o como expresión de la dignidad (cf. Sant 5, 12; I Pet 4, 8); el contexto sugiere la primera, pero podría junto a ella verse expresada también la segunda. La segunda expresión puede estar tomada de los estoicos que la aplicaban al Logos, del que hacían el alma del mundo que conservaba en su ser el Universo y unía entre sí sus diversas partes. Pablo, como el autor de Sab 1, 7, toma de ellos su lenguaje, convertido ya en lenguaje de la calle, para expresar que Cristo es el principio de conservación de las cosas y su centro de unión, cohesión y armonía.

Segunda estrofa

CRISTO, EN EL ORDEN DE LA REDENCION

— Después de haber puesto de relieve la primacía de Cristo en el orden de la creación, el Apóstol va a subrayar su supremacía en el orden de la redención. El no sólo es el Creador de todas las cosas, sino también el pacificador de las mismas una vez que fueron disgregadas por el pecado.

1. Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia.

El genitivo «de la Iglesia» es epiexegético o apositivo, de modo que puede traducirse: «Cabeza del cuerpo, que es la Iglesia». San Pablo ha empleado ya el término Cabeza con el sentido de primacía (confróntese I Cor 11, 3) (concepto semita). En las Cartas de la cautividad adquiere un ulterior significado como fuente de la vida que comunica a los miembros del cuerpo y une en un conjunto orgánico y vital (concepto griego). Al unir San Pablo en las epístolas de la cautividad la metáfora del cuerpo a la de la cabeza, enseña que Cristo no es sólo el Señor, el Jefe Supremo de la Iglesia,

sino la fuente que comunica la vida a los fieles, los penetra con ella y los une como miembro de un organismo viviente.

2. El Principio, el Primogénito de entre los muertos.

No se trata de dos afirmaciones independientes, sino que las dos dicen relación a la resurrección. Afirman lo que Cristo es no sólo por su «ser», sino por el acontecimiento «pascual»: la fuente perenne de la gracia y de la gloria. Cristo es principio y primogénito de entre los muertos, no sólo en cuanto que fue el primero que resucitó, sino en cuanto que los demás resucitarán por su virtud (cf. I Cor 15, 20); no sólo en cuanto que mereció nuestra resurrección, sino que ya en la suya está realmente la nuestra que se verificará al final de los tiempos. Esta idea de la virtualidad de la resurrección de Cristo es frecuente en el pensamiento paulino (cf. I Tes 4, 14; I Cor 15, 21, 57; II Cor 4, 14; 5, 15).

3. La pacificación de todas las cosas.

— La pacificación viene por medio de Cristo, que es el único mediador entre Dios y los hombres. Y también causa final de la misma y centro al que convergen todas las cosas. El medio utilizado por Cristo para llevar a cabo la reconciliación es la «sangre de la cruz». Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento la sangre se pone en relación con la reconciliación. Cristo, siguiendo la línea del A. T., en que las alianzas se rubricaban con la sangre, quiso sancionar la Alianza del N. T. derramando la suya en un acto inmenso y palpable de amor a los hombres.

— La pacificación de todas las cosas se entiende fácilmente respecto *de los hombres*, que recuperan su amistad con Dios por medio de Cristo incorporándose a El por el bautismo. También se comprende la de los *seres inanimados* a la luz de Rom 8, 22: las creaturas fueron creadas para la gloria de Dios en manos de los hombres, pero éstos, con frecuencia, las utilizan como instrumentos de pecado apartándolas por lo mismo de su fin y destino; la reconciliación de Cristo, que acaba con el pecado de los hombres, libera, por lo mismo,

a las creaturas de esa desviación de su fin a que fueron sometidas por aquéllos. No es tan fácil de explicar la reconciliación de *los seres celestiales*, a que sin duda alude el Apóstol en la expresión «las cosas del cielo». Dos explicaciones posibles:

a) *La más fundada en el texto* es la que parte de la concepción de los judíos según la cual los ángeles eran mediadores de la Ley (Gal 4, 2-3); conforme a ella, San Pablo entrevé detrás de la Ley a las potestades angélicas, las cuales, en cuanto protectoras de la misma, se opusieron a Cristo y se hicieron por lo mismo acreedoras a la reconciliación con El. Una vez que Cristo en la cruz acabó con el régimen de la Ley, las potestades angélicas quedaron privadas de su instrumento de dominación y quedaron sometidas a Cristo.

b) *Una explicación de tipo más general* sería la siguiente: el pecado rompió la armonía maravillosa que existía entre todos los seres de la creación, formando todos ellos lo gran familia de Dios (Ef 3, 14). La reconciliación de los hombres afecta a los ángeles en cuanto que éstos recobran sus relaciones con aquéllos, los cuales, al apartarse de Dios, se habían apartado por lo mismo de ellos, volviendo todos a integrar la gran familia de Dios. El P. Huby lo explica de la siguiente manera: «Sin duda, hay que excluir toda redención de los ángeles por Cristo. Pero la creación es fraternal. Los ángeles no constituyen un mundo cerrado, aparte; han sido incorporados a nuestra historia con un papel de dirección y protección. Cuando la redención del hombre, la creación material vuelve a su justo lugar y canta dignamente la gloria de su Creador, los ángeles no permanecen extraños a esta armonía recobrada; en lugar de dar una nota justa en una orquesta discordante, entran a formar parte de un conflicto donde todo converge hacia una admirable sinfonía» (*Les Epitres de la captivité.* Colec «Verbum Salutis», pág. 48).

— Estas consideraciones colocan la Carta a los Colosenses en un horizonte y en unas perspectivas *cósmico-celestes* que se dejan sentir incluso en el tema paulino de la unión con Cristo. El aspecto salvífico y soteriológico es también en la Carta a los Colosenses, como en las anteriores, la preocupación fundamental del Apóstol. Pero el horizonte más amplio en el que se coloca San Pablo ahora orienta su pensamiento hacia

una perspectiva más amplia: el *aspecto colectivo de la salvación* recibe un mayor acento. Los cristianos encuentran la salvación dentro de un mismo Cuerpo (cf. 3, 15), y este Cuerpo es la Iglesia (1, 18-24). El tema del «Cuerpo de Cristo» había aparecido ya en las Cartas anteriores (I Cor 6, 15; 10, 16-17; 12, 12-27; Rom 12, 4-5), pero en Col, y sobre todo en Ef, adquiere un relieve nuevo y una mayor personalidad, a la que pudo contribuir la posición *celeste* de Cristo, acentuada por su superioridad sobre las potencias, que le distingue y aleja en cierto sentido de su Cuerpo-Iglesia que se construye y desarrolla sobre la tierra. Cuando Pablo escribe a los Colosenses, se va dando el paso de Cristo Cabeza en el sentido de «autoridad» al de Cristo Cabeza como «fuente de vida y nutrición», que aparecerá más claramente en Ef. Y la Iglesia ha alcanzado ya un cierto desarrollo y se levanta a los ojos del Apóstol como un organismo vivo, no separado de Cristo, ya que de El recibe todo, pero sí más definido y estructurado.

II. PARTICIPACION DE PABLO EN LA OBRA DE CRISTO (1, 24 - 2, 3).

San Pablo, después de aplicar a los Colosenses la doctrina de la reconciliación, afirma que el Evangelio ha sido predicado a toda creatura que está bajo el cielo y que él ha *sido constituido ministro* del mismo (v. 23). Acto seguido pone de relieve dos aportaciones que él hace a la causa del Evangelio: sus sufrimientos apostólicos y la predicación del misterio escondido.

1. Las tribulaciones (1, 24).

— Cuando San Pablo escribe su Carta a los Colosenses había sufrido ya tremendamente por la causa de Cristo (cf. I Cor 16, 17; II Cor 4, 10). Y en el momento que lo hace se encuentra prisionero, precisamente por defender los derechos de los gentiles (cf. Act 21, 27 ss.). Pero cuando ve que sus padecimientos fructifican en favor de la fe y perseverancia de los creyentes, siente profunda alegría y los da por

muy bien empleados. En realidad, el Apóstol de Cristo no podrá eludir los sufrimientos, ya que el discípulo no puede ser de mejor condición que el Maestro (cf. Jn 15, 20).

— A su gozo ante tales sufrimientos, añade: «*Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia*». La frase parece estar en contradicción con el valor infinito que sabemos tuvo la pasión y muerte de Cristo. ¿Qué puede faltar a las tribulaciones de Cristo que pueda serle añadido? Se dan fundamentalmente dos explicaciones, que, por tratarse de una frase escueta del Apóstol y estar ambas realizadas en la teología paulina, no es fácil decidirse por una de ellas:

a) *Las tribulaciones del Cristo Místico* (Así, San Agustín, Santo Tomás, San Juan Xtmo., Meinertz, Dibelius). Los sufrimientos de Cristo tienen un valor infinito y nada falta a Cristo que sufrir en su cuerpo físico. Pero nosotros formamos con El un Cuerpo Místico; los miembros deben seguir la suerte de la Cabeza. Así como sufrió El, también tenemos que sufrir nosotros unas tribulaciones que con toda razón pueden llamarse «tribulaciones de Cristo» (cf. Act 9, 5).

— Esta explicación, que pone de relieve la unión de los cristianos con Cristo y de los cristianos entre sí, así como la eficacia de los sufrimientos para el bien de la Iglesia, tiene una cierta dificultad: el término Cristo en San Pablo designa la persona de Cristo, el Cristo personal o físico, no, en cambio, sentido colectivo, el Cristo Místico.

b) *Las tribulaciones del Cristo histórico* (Así, los Padres Griegos, A. Medebielle, L. Turrado, J. A. Grassi). Repitamos que los sufrimientos de Cristo tuvieron un valor infinito y nada falta a Cristo que sufrir para nuestra redención. Lo que falta es la aplicación de esos méritos de Cristo a los hombres. Y esto se obtiene mediante los sufrimientos apostólicos que requiere la predicación del Evangelio, los cuales reciben su eficacia de los méritos de los sufrimientos de Cristo.

— Esta explicación pone de manifiesto la unidad del ministerio de Cristo y el de los apóstoles (cf. Jn 20, 21), la necesidad de los trabajos apostólicos, la conexión natural y necesaria entre el ministerio apostólico y las tribulaciones (cf. Jn 16, 1 ss.; Act 14, 22;

II Cor 4, 7 ss.) y la conexión íntima entre las tribulaciones apostólicas y el gozo ante su utilidad para la Iglesia (I Tes 1, 6; II Cor 1, 5; 7, 4; 8, 2).

— Dado el contexto siguiente, preferimos esta segunda explicación, de la que difiere apenas la que considera el «de Cristo» como un genitivo místico o de semejanza: las «tribulaciones de Cristo» son los sufrimientos que padece Pablo a imitación y semejanza de Cristo.

2. El misterio escondido (1, 25-29).

— Pablo afirma que ha sido constituido ministro de la Iglesia por disposición de Dios (no por sus propios méritos) y que ha recibido la misión de dar cumplimiento a la «Palabra de Dios», la cual, ordinariamente, designa el Evangelio, pero aquí designa el «*misterio escondido*». Este término no designa un secreto que se comunica solamente a unos iniciados y que han de guardar entre ellos, como en las religiones mistéricas, sino el designio salvador de Dios respecto de los gentiles a quienes llama a formar parte de la Iglesia de Cristo en las mismas condiciones que los judíos. Este designio permaneció escondido en las pasadas generaciones; si bien fue anunciado en el A. T., su manifestación total y su realización práctica no tuvo lugar hasta el advenimiento de Cristo y predicación de los Apóstoles, especialmente de Pablo.

— El Apóstol declara el misterio con las expresiones: «Cristo en vosotros», él amonesta e instruye «a todos los hombres», quiere presentarlos «a todos perfectos en Cristo». Cristo se les ha manifestado como Redentor y los ha hecho miembros de su Iglesia. Antes estaban sin Cristo y sin esperanza (cf. Ef 2, 12); ahora tienen a Cristo autor de su esperanza (cf. I Tim 1, 1). Y es por esa unión con Cristo cómo se consigue la perfección, no por el cumplimiento de la Ley o el culto a las potestades angélicas. El v. 28 insiste en expresiones universalistas que pone de relieve la voluntad salvífica universal de Dios, en conformidad con la cual se afana el Apóstol por llevar el Evangelio a todos los hombres, lo que realiza con la «fuerza de Cristo» que San Pablo siente y palpa, que actúa poderosamente en El.

III. PLAN DE VIDA CRISTIANA (3, 1 - 4, 6).

1. Principio general dogmático (3, 1-4).

— Como punto de partida, y base de una sólida vida moral y ascética cristiana, San Pablo coloca la unión del cristiano con Cristo resucitado en la que nos introduce al bautismo, que nos hace morir al pecado y renacer a una nueva vida, la vida de la gracia cuya manifestación esplendorosa y feliz no percibiremos hasta que no hayamos traspasado los umbrales de esta vida mortal.

— En consecuencia, Cristo, que vive en los Cielos, tiene que ser el Ideal y el Norte hacia el que tiene que mirar constantemente nuestra vida. Estamos místicamente unidos a El, pero tenemos que ir realizando en nuestra vida aquí en la tierra esa unión hasta perfilar en nosotros la imagen de Cristo por el vencimiento del hombre viejo (conversión), el revestimiento del hombre nuevo (la fe auténticamente vivida), el cumplimiento de los deberes familiares, y como corona de todo ello, el espíritu apostólico que intenta llevar a los demás los beneficios de la fe que nosotros hemos recibido. Estas son las exigencias fundamentales de la unión con Cristo que a continuación va a enumerar.

2. Exigencias de orden negativo (3, 5-11).

— El cristiano debe renunciar a los vicios y dar muerte a toda actitud pecaminosa. El Apóstol enumera dos grupos de vicios: uno, el que mira a la concupiscencia de la carne, como son la fornicación, la impureza, etc., a los que añade la codicia, que seguramente iba unida con aquéllas y que supone una especie de «idolatría» y esclavitud al dios dinero (Mammón); otro, el que mira a los pecados contra la caridad, como son la ira, la indignación, la maledicencia, etc., a los que añade las palabras torpes, con las que, además de ofender a los demás, se degrada uno a sí mismo. Todo esto constituyen las obras propias del hombre viejo, abandonado a sus instintos, sin la gracia de Cristo, del cual tiene que despojarse el cristiano como cosas que atraen el castigo de Dios y que son incompatibles con la condición de discípulos de Cristo.

3. Implicaciones de orden positivo (3, 12-17).

— Pero el cristiano no puede contentarse con no pecar; eso es una mera exigencia negativa. Su unión con Cristo exige una vida de asimilación progresiva a Cristo que se consigue por el ejercicio de las virtudes cristianas, especialmente de la caridad, que es la que da valor a las demás (I Cor 13), y que exige o lleva consigo la humildad, la paciencia, la mansedumbre, y que el cristiano debe practicar con todos, ya que ante Cristo, que nos ha llamado a todos a la vocación cristiana y nos ha unido en un cuerpo místico, desaparecen todas las diferencias. Eso es el auténtico conocimiento de Cristo, que no es el especulativo sin más, sino el que lleva a la unión y asimilación con El. Todo esto se resume en la frase paulina de revestirse del hombre nuevo, que es reflejar la imagen de Cristo.

4. Deberes familiares (3, 18 - 4, 1).

— El hombre vive encuadrado en una familia con cuyos miembros precisa mantener las más constantes relaciones. Con más brevedad de lo que lo hace Ef 5, 22 - 6, 9, señala el deber específico a cada uno de los componentes de la vida familiar, convencido, sin duda, de la importancia que tiene la penetración en ella del mensaje cristiano.

— De los *esposos* tratará más ampliamente en Ef 5, 21 ss.; aquí se limita a recomendar a las mujeres la sumisión a sus maridos conforme a la norma puesta por el Creador y cómo deben cumplirla quienes han aceptado la fe cristiana, y a los maridos, a evitar toda dureza, ya que ésta puede comprometer la armonía y felicidad del hogar.

— A los *hijos* les recomienda la obediencia con una doble precisión: «en todo», siempre, claro está, que lo que ordenen no contradiga la Ley de Dios; obediencia, preceptuada en el decálogo, que es «grata al Señor», cuya vida en la tierra fue una constante obediencia al Padre Celestial y quiso obedecer también a sus padres terrenos.

— A los *padres*, que en el cumplimiento de su misión de educar a los hijos no se dejen llevar de una excesiva severidad que pueda provocar en ellos un espíritu pusilánime; por lo demás, la eficacia en su misión

la obtendrán más bien de una actitud amorosa que de un inoportuno rigor. En Ef 6, 4, les recuerda que deben darles una educación cristiana.

— A los *siervos* recomienda igualmente la obediencia a sus amos terrenos, procediendo en ella con toda sencillez, con las mejores disposiciones interiores, con la mira puesta en el Señor, para quien no hay siervo o libre, sino que dará a cada uno según su comportamiento. Estas palabras «habían de sonar a algo inaudito en el mundo de entonces, cuando el esclavo no tenía derecho a nada, ni siquiera a un mísero salario, pudiendo el amo disponer de él a su antojo. Para el cristiano, en cambio, es hijo del mismo Padre, que está en los cielos y tiene derecho a la "herencia" lo mismo que el hombre libre (cf. 3, 11; Gal 3, 28-29)» (L. TURRADO, o. c., pág. 636). El Apóstol tiene que aceptar la condición de su tiempo, pero infunde un nuevo espíritu en las relaciones de amos y siervos.

— A los *amos* les exhorta a proceder conforme a la justicia y la equidad, proveyéndoles de lo que es debido a cada uno, haciendo humana y soportable su condición. Deberá servirles de estímulo el que ellos no son dueños absolutos de sus siervos, y que tendrán que dar cuenta de su comportamiento con ellos al Señor de todos que está en los Cielos.

5. ORACIÓN Y APOSTOLADO.

— Concluye señalando dos deberes fundamentales del cristiano: uno, para con Dios, y el otro, para con el prójimo. La oración mantendrá al espíritu unido al Señor y fortalecerá el fundamento del que tiene que brotar toda la vida cristiana. El segundo deriva de la entraña misma del Evangelio, que es esencialmente universalista. Quien se contentase con evitar los vicios y practicar las virtudes, con el cumplimiento fiel de sus deberes familiares buscando únicamente su bien y salvación personal, no habría entendido el mensaje que Cristo ha traído a la tierra, no sería auténticamente cristiano.

— No tenemos en Col un programa completo de vida cristiana, pero sí unos puntos fundamentales de la misma.

LA CARTA A LOS EFESIOS

A. INTRODUCCION

I. EFESO Y SU COMARCA

1. *Efeso*, situada en la costa occidental del Asia menor, era la capital de la provincia romana de Asia. Su puerto, adonde llegaban naves de todo el mundo, y su gran número de habitantes, hacían de ella una ciudad muy floreciente en tiempos de San Pablo. Su famoso templo en honor de Artemisa, considerado como la séptima maravilla del mundo, la constituía en centro de peregrinación de toda el Asia.

Al Norte y Este, dentro de la misma provincia, se encontraban las otras seis ciudades a cuyas Iglesias dirige San Juan las Cartas del Apocalipsis (Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea); más al Norte, Tróade, y al Sur, Mileto.

2. *San Pablo* se detuvo un breve espacio de tiempo en Efeso hacia el final de su segundo viaje misionero, durante el cual predicó a los judíos en la sinagoga, prometiéndoles que volvería otra vez (Act 18, 19-21). Durante su tercer viaje se detuvo en Efeso casi tres años, constituyéndola en centro de sus actividades apostólicas, y durante las cuales evangelizó, sin duda alguna las ciudades antes mencionadas (Act 19, 1-20). Al final del mismo hizo venir a Mileto a los presbíteros de Efeso, a quienes advirtió que lobos rapaces se introducirían en el redil y harían estragos en él. Liberado de la prisión romana, San Pablo volvió a Efeso preocupado por la fe de esta Iglesia.

II. ¿LOS EFESIOS DESTINATARIOS DE LA CARTA?

1. Tanto el título de la Carta (si bien los títulos de las Cartas no son del Apóstol, son muy antiguos y re-

flejan una tradición), como la inscripción tal como aparece en los manuscritos y en la mayoría de los códices («a todos los santos que están en Efeso y fieles en Cristo Jesús») parecen darse a entender que los destinatarios de la Carta son los creyentes de Efeso.

2. Sin embargo, serias razones, tanto de orden interno como de orden externo, se oponen a esa manera de pensar:

a) *De orden interno:*

Faltan en esta Carta los saludos y despedidas que encontramos en otras, lo que no tiene explicación, habida cuenta de que Pablo fundó esta Iglesia, permaneció durante largo tiempo en ella y sintió por la misma afecto especial (cf. Act 20, 30). Además, no trata cuestiones particulares de esta Iglesia, ni alude a sus experiencias concretas en ella, que no debieron ser pocas, dada su larga estancia en Efeso. Finalmente, parece que el autor no conoce a los destinatarios de la Carta, ni éstos a aquél (cf. 1, 15; 3, 2 ss.; 4, 21).

b) *De orden externo:*

Las palabras «en Efeso» (v. 1) faltan en el papiro «Chester Beattly» (p. 46, del siglo III; el texto más antiguo que conocemos de las Cartas paulinas) y en los códices Vaticano y Sinaítico (en éste han sido añadidas por una mano posterior). Tampoco las leyeron en el texto de la Carta San Basilio, Orígenes y Tertuliano dada la interpretación que dan al «tois ousin» (a los que son-están): a los llamados de la no existencia a la existencia (de la fe).

— De todo lo cual puede concluirse que los destinatarios de la Carta no son fieles de Efeso y que el inciso «en Efeso» es una interpolación posterior.

3. *Supuesto que los efesios no sean los destinatarios de la Carta que lleva su nombre, ¿a quiénes dirigió San Pablo esta Carta, la más importante de las de la cautividad?*

a) *¿A los fieles de Laodicea?*

— Así piensan no pocos autores, basándose en Col 4, 16, donde San Pablo alude a una Carta escrita a los de Laodicea. El inciso original —que diría «en Laodicea», en lugar de «en Efeso»— habría sido suprimido más tarde por influencia de Apc 3, 14 ss., donde San Juan da un juicio desfavorable de la Iglesia de Laodicea, y en su lugar colocado «en Efeso». Hacia el año 150 el canon de Marción menciona «la Carta a los de Laodicea» y no la Carta a los Efesios; pero este cambio de Marción parece carecer de fundamento, dado que Tertuliano acusaba a Marción de cambiar el título «a los Efesios» por el de «a los Laodicenses».

— Esta opinión, además de no presentar razones convincentes para la supresión del inciso «a los Laodicenses», no explica el carácter impersonal de la Carta: no vale suponer que Pablo no evangelizó la ciudad de Laodicea, ya que tampoco evangelizó la de Colosas, y encontramos en la Carta dirigida a los fieles de esta ciudad un tono tan personal como en otras.

b) *Carta circular a varias Iglesias.*

La mayoría de los autores (LAGRANGE, RICCIOTTI, BENOIT, LEAL, TURRADO, etc) opinan que se trata de una Carta encíclica dirigida a la comunidad de Efeso y a las comunidades cristianas de las ciudades cercanas evangelizadas por Pablo durante su estancia en Efeso. Ello explicaría el tono impersonal y el carácter tan doctrinal de la Carta.

— Como explicación del inciso «en Efeso»: unos lo suprimen leyendo «a los que son santos y fieles»; muchos suponen que el texto presentaba un espacio en blanco después de «los que están» con el fin de que se llenase con el nombre de la Iglesia en la que era leída; habría quedado el de Efeso, bien por ser la Iglesia principal, o porque vino a quedar allí una vez leída en todas las Iglesias a las que iba dirigida. Wikenhauser opina que se hicieron varias copias, una para cada Iglesia en la que se colocaba el nombre de la misma; el canon habría conservado el ejemplar de Efeso.

III. AUTENTICIDAD DE LA CARTA

1. La tradición aceptó unánimemente la paternidad paulina de la Carta a los Efesios, basándose fundamentalmente en la inscripción de la misma (1, 1; cf. también 3, 1) y en las experiencias que presenta el autor, y que son las de Pablo (cf. 3, 1-4. 7-13; 4, 1; 6, 19-22).

2. Sin embargo, a partir de finales del siglo XVIII no pocos autores han puesto en duda la autenticidad de la Carta fundados en los argumentos siguientes:

a) *La lengua y estilo:*

— Ef presenta de 40 a 45 términos propios que no se encuentran en las otras Cartas paulinas (si se excluyen las Cartas pastorales) (36, si se incluyen estas).

— El estilo es más solemne y complicado que el de las otras Cartas; recargado y ampuloso a base de acumulaciones pleonásticas (1, 19) y frases amontonadas que forman, mediante partículas y participios, períodos interminables (cf. el himno introductorio).

b) *La doctrina más desarrollada:*

Especialmente sobre Cristo (el interés se centra en Cristo resucitado y exaltado, y en el significado de su muerte; no se hace ya mención de la segunda venida, como en otras Cartas paulinas), sobre la Iglesia (mientras que en las Cartas mayores el cuerpo de Cristo se refiere a la Iglesia local, en Ef es la Iglesia universal, en la que ya se integran judíos y gentiles, superado el problema judaizante). También la doctrina de 5, 21-23 sobre el matrimonio es más completa que la expuesta en I Cor 7.

c) *La semejanza con Col:*

Tanto literaria como doctrinalmente sorprende la semejanza de Ef con Col. De los 155 versículos de Ef podrían considerarse como paralelos unos 73. Basado, sobre todo, en los contactos literarios, el P. Benoit se siente obligado a admitir la profunda intervención literaria de un discípulo-secretario del Apóstol. Este habría dado la doctrina, incluso dictado pasajes

enteros, pero habría encargado al secretario de la redacción final que la habría realizado con la ayuda de Col y de las Cartas anteriores. Ello explicaría la doctrina paulina de Ef y sus contactos literarios con las otras Cartas (Col y Rom).

3. *No obstante, un gran número de críticos acatólicos* (A. Harnack, Lightfoot, Abbott) *y mayor todavía entre los católicos afirman la autenticidad paulina de Efesios* (L. Cerfaux, P. Benoit, J. Leal, L. Turrado, H Schlier, etc.).

a) *Se basan en la tradición unánime,* cuyos testimonios implícitos se remontan a fines del siglo I con San Ignacio de Antioquía y San Policarpo, y los explícitos a principios del siglo II con San Ireneo, el Fragmento Muratoriano, Clemente de Alejandría y Tertuliano. La admitieron incluso los herejes como Marción, Basílides y Valentín.

b) *A los argumentos aducidos en contra* hay que responder con las siguientes precisiones: *el empleo de términos nuevos* viene exigido por el tema, y su número no es mayor que el que se encuentra en otras Cartas (en Gal pueden señalarse casi 40 y en Filipenses se rebasa ese número; por lo demás, el mayor número de términos propios de Ef se concentran en las secciones peculiares como son las que tratan de la Iglesia como esposa de Cristo (5, 25-33) y la enumeración de las armas del combate espiritual (6, 13-17). *La teología más profunda* puede muy bien ser debida a la reflexión más profunda que el Apóstol pudo hacer en los días de la prisión. Comparando Ef con Rom, Cerfaux demuestra que ambas transmiten un mismo Evangelio, cuyas respectivas síntesis se corresponden y complementan (cf. A. Robert-A. Feuillet, *Intr. a la Biblia,* volumen II, págs. 509 ss.). Por lo demás, San Pablo, que procuraba hacerse todo para todos (I Cor 9, 22), sabía escribir Cartas tan distintas como Gal y I Cor respondiendo a problemáticas diversas. Finalmente, *la afinidad entre Ef y Col* se explica, sin duda alguna, por el corto espacio de tiempo que medió entre la composición de ambas, y sobre todo por la pretensión del Apóstol, una vez que había escrito Col con la urgencia que requerían los errores de los doctores de Colosas, de dirigir una Carta Circular a las Iglesias de la

región de Efeso exponiéndoles una doctrina más profunda, sobre la que reflexionó con más calma en los días de la cautividad, sobre Cristo y la Iglesia (unidad y universalidad). Una doctrina que está elaborada de manera original y plenamente paulina (cf. después sobre la ocasión de la misma).

IV. FECHA, LUGAR Y OCASION DE LA CARTA

1. La Carta a los Efesios apenas presenta datos concretos y noticias personales que nos permiten determinar con un cierto fundamento estas cuestiones.

2. La respuesta en los diversos autores está vinculada a la cuestión de la autenticidad paulina. Quienes la niegan, generalmente colocan la composición de la Carta bastantes años después de la muerte de San Pablo. Quienes la afirman no se ponen de acuerdo sobre la fecha y lugar, dado que fue escrita mientras el Apóstol estuvo cautivo, pero estuvo prisionero en diversas ocasiones y lugares.

3. Un dato para resolver estas cuestiones puede ser la múltiple afinidad de Ef con Col, lo que indica que ambas han corrido una suerte parecida:

a) Pablo se encuentra preso cuando escribe una y otra Carta: Col 4, 3. 10. 18; Ef 3, 1; 4, 1.

b) Uno mismo, Típico, es el portador de ambas, el cual lleva también la misión de informar y consolar (Col 4, 7-8; Ef 6, 21-22). Los cristianos a quienes se dirige la Carta han de ser buscados en el itinerario de Tíquico; ahora bien, éste fue enviado, juntamente con Onésimo (Col 4, 7 ss.), a Colosas y sabemos además que la Iglesia de Colosas mantenía contacto con la de Laodicea, y relaciones, con la de Hierápolis (Col 2, 1; 4, 13 ss.).

c) La lengua, imágenes y conceptos de ambas cartas coinciden: mundo compuesto por cielos infinitos, las potencias, la Iglesia como imagen del cuerpo, etc.

d) La evolución teológica progresiva a la que ha llegado el Apóstol sobre la revelación, el misterio, la supremacía cósmica de Cristo, la nueva comprensión

y la nueva actitud frente al acontecimiento salvífico. Todos los acontecimientos particulares son ahora enjuiciados a la luz de una vasta economía de salvación.

— Si bien para algunos, todo esto sería indicio de que Ef es un plagio realizado por un hábil conocedor de San Pablo que ha imitado su estilo y su teología, sobre todo por lo que se refiere a Col (pero ¿hubieran aceptado los efesios, tan conocedores del Apóstol, sin más esta falsificación?), es más lógico pensar que la relación y dependencia de ambas Cartas son un claro signo de la contemporaneidad de ambas.

4. *Posible reconstrucción de los hechos y respuesta más probable a las cuestiones del enunciado:*

— Pablo está cautivo en Roma. Allí recibió la información de Epafras, que le expuso la situación de Colosas y tal vez de otras comunidades que no conocía personalmente San Pablo. Esta información le hace caer en la cuenta de los peligros que amenazan a aquellas comunidades por parte de los errores ya antes descritos en la Introducción a Col. Y ve la necesidad de instruir a estos cristianos, recientemente convertidos del paganismo. La instrucción se hace en dos momentos:

a) Primero escribe a los fieles de Colosas, quienes probablemente corrían más peligro, y les expone el misterio de Cristo en contraposición explícita y en tono polémico contra la «filosofía» y las «tradiciones» (Col 2, 8).

b) Pero el peligro amenazaba no solamente a los fieles de Colosas, sino a las comunidades cristianas de la región. Por ello San Pablo decide escribir otra Carta más amplia en la que, de una manera más serena, expone más profundamente temas tratados ya en Cartas anteriores (Col, Rom), en particular la actuación del misterio de Cristo en la Iglesia formada por creyentes venidos del judaísmo y de la gentilidad. Así la Carta a los Efesios viene a ser un desarrollo maduro de la teología paulina, la culminación de su pensamiento, el canto de cisne de Pablo teólogo (Cerfaux).

— Después, las diversas Iglesias locales se intercambiarían estos dos escritos (cf. Col 4, 16).

V. PLAN Y CONTENIDO GENERAL DE LA CARTA

SALUDO (1, 1-2).

PARTE DOGMÁTICA (1, 3-3, 21).

1. El plan divino de salvación (1, 3-14).
2. Cristo glorificado cabeza de la Iglesia (1, 15-23).
3. Judíos y gentiles incorporados a Cristo (2, 1-10).
4. Reconciliación de ambos pueblos en Cristo (2, 11-22).
5. Pablo pregonero del misterio de Cristo (3, 1-13).
6. Pablo suplica para sus fieles la perfección (3, 14-19).
7. Doxología: la gloria del Padre en la Iglesia de Cristo (3, 20-22).

PARTE MORAL (4, 1-6, 20).

1. Exhortación a la unidad (4, 1-6); dentro de:
2. La diversidad de dones en el Cuerpo Místico (4, 7-16).
3. El hombre viejo y el hombre nuevo (4, 17-32).
4. Pureza de vida como hijos de la luz (5, 1-21).
5. Deberes de los cónyuges (5, 22-33).
6. Deberes de hijos y padres (6, 1-4).
7. Deberes de siervos y amos (6, 5-9).
8. Las armas de la milicia cristiana (6, 10-19).

EPÍLOGO (6, 21-24).

— El *saludo* contiene escuetamente el nombre del autor, los destinatarios y una simple apreciación. Acto seguido, sin las noticias o datos concretos sobre los destinatarios, que aparecen en otras Cartas, pasa al cuerpo doctrinal.

— La *parte dogmática* comienza con un profundo y armónico himno, en que pone de relieve la acción del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo en la obra de la salvación (cf. después). Sigue una perícopa, en la que, después de una acción de gracias por la fe y la caridad de los destinatarios, les presenta el triunfo y supremacía de Cristo sobre las jerarquías angélicas y su papel de Cabeza de la Iglesia (cf. después). Sigue, también como tema central de la Carta, la unión de judíos y gentiles por la sangre de Cristo en un solo cuerpo, que es la Iglesia (cf. después).

Declara a continuación (3, 1 ss.) que ése es precisamente el misterio para cuya predicación él ha sido llamado, no por propios méritos, sino por pura gracia de

Dios. Ese misterio consiste en que los gentiles han sido llamados a ser coherederos con los judío-cristianos de los bienes mesiánicos y que forman con ellos un mismo Cuerpo Místico. Misterio que estuvo escondido a los Principados y Potestades: «la *ignorancia* que del «misterio» de Cristo tenían los ángeles puede entenderse, bien en su sentido obvio, dado que no consta con qué luz les hubiese Dios favorecido a este respecto, bien en el sentido como el mismo Cristo tenía ignorancia sobre el día del Juicio, por cuanto no habían recibido la misión de comunicarlo al mundo (cf. Mat 24, 36)» (L. Turrado, l. c., pág. 578).

Concluye la parte dogmática con una preciosa plegaria en la que pide para los fieles: el fortalecimiento en el «hombre interior» por la acción del Espíritu, que consiste en la inhabitación y posesión del hombre por parte de Cristo, lo que supone una vida de fe y de caridad firmemente arraigadas. Es así cómo el cristiano puede experimentar el inmenso amor de Cristo y entrar en la plenitud del Cristo total, que es la Iglesia, y del Universo lleno de Dios (cf. I Cor 15, 28), al que quiere que sean también integrados los cristianos (cf. L. Turrado, l. c., pág. 580). Lógico que San Pablo prorrumpa en la doxología final, canto al poder de Dios, que ha realizado tales maravillas.

— La *parte moral*, en la que continúa presente también la preocupación doctrinal, comienza con una exhortación a la unidad que hay que mantener firmemente dentro de la diversidad de carismas que Dios concede; así lo exige el perfecto funcionamiento del Cuerpo de Cristo, puesto que unas son las fuentes de que se nutre y uno es el fin hacia el que está orientado (4, 1-16).

Sigue una recomendación a morir al hombre viejo que se abandona al libertinaje y toda clase de impurezas, consecuencia de un corazón ignorante y endurecido (cf. Rom 1, 18 ss.), y revestirse del hombre nuevo que se deja guiar por la acción del Espíritu y obra conforme a la voluntad de Dios y el bien del prójimo. La santidad de los miembros del Cuerpo de Cristo, aun no teniendo un fundamento esencialmente moral, presenta también, esencialmente, un aspecto moral; la santidad sacramental tiene que manifestarse en una santidad existencial. Es la conducta que corresponde a los hijos de la luz.

A continuación da consejos prácticos de moral familiar señalando sus mutuos deberes a los esposos (cf. después), recomendando a los padres la instrucción de los hijos, y a éstos, la obediencia respecto de aquéllos; a los amos, que traten a sus siervos con espíritu sobrenatural, teniendo en cuenta la igualdad de todos los hombres ante Dios; a los siervos que obedezcan con idéntico espíritu a sus amos, como lo harían a Cristo mismo, de quien recibirá la recompensa de sus propias obras todo hombre.

Concluye la parte moral con una recomendación a empuñar las armas de la milicia cristiana con las que poder vencer en el combate espiritual que todo cristiano tiene que sostener contra las acechanzas del diablo. La descripción se hace conforme a la armadura del soldado romano, que Pablo contemplaría tantas veces en el soldado que lo custodiaba en la prisión.

El *epílogo* de la Carta es tan escueto como el saludo: una breve indicación personal, y el deseo de la *gracia y la paz para sus destinatarios.*

B. DOCTRINA DE LAS PERICOPAS PRINCIPALES

I. EL PLAN DIVINO DE SALVACION (1, 3-14)

— Los vv. 3-4 contienen una maravillosa doxología en la que el alma del Apóstol se desborda en sentimientos de reconocimiento y alabanza a Dios por los beneficios que tan liberalmente nos ha otorgado. Tiene parecido con la de I Pet 1, 3-9. Una y otra parecen creaciones litúrgicas.

— Se compone de seis estrofas en las que se suceden: la elección (v. 4), la adopción (vv. 5-6), la redención (vv. 7-8), la revelación (vv. 9-10), el llamamiento a los judíos (vv. 11-12) y el llamamiento a los gentiles (vv. 13-14).

— Atendiendo, más bien, a la obra que se atribuye a cada Persona divina y el inciso con que concluye «para alabanza de su gloria» (vv. 6. 12. 14), hacemos la

siguiente división en tres partes, precedidas de una introducción:

1. INTRODUCCIÓN: IDEA GENERAL DE LA DOXOLOGÍA (v. 3).

— La bendición está dirigida al Padre, a quien los rabinos designaban frecuentemente «el Bendito» (cf. Mc 14, 61), el cual nos bendice a nosotros. Pero nuestro bendecir a Dios consiste en alabarle y darle gracias; la bendición de Dios a nosotros implica la concesión de beneficios. Nosotros le bendecimos con palabras, El nos bendice con gracias y dones.

— Tres notas declara el Apóstol respecto de las bendiciones del Padre: nos han sido concedidas *«en Cristo»*, pues hemos sido salvados en virtud de nuestra unión con El, que es la Cabeza del Cuerpo Místico, de la que desciende a los miembros la vida que Dios ha querido comunicarnos. Son bendiciones *«espirituales»*, en distinción a las del A. T., que las prometían más bien de carácter terreno; en el N. T. son la vocación a la fe, el perdón de los pecados, la gracia santificante, etc. Finalmente, esas bendiciones tienen su origen *«en los cielos»*, donde habita Dios y Cristo está sentado a la derecha del Padre, y el término al que nos conducen las bendiciones de Dios. Y también su centro y campo de acción: somos ya ciudadanos del cielo (cf. 2, 6; 3, 20-21). La vida en la Patria no será sino el desarrollo pleno y consumado de la vida de gracia que poseemos ya aquí en la tierra.

2. PRIMERA PARTE: EL PADRE NOS ELIGE Y PREDESTINA (1, 4-6).

— Desde la eternidad el Padre, en un acto de predilección para con nosotros, nos ha elegido *en Cristo*, por quien nos vienen las bendiciones del Cielo y en unión con el cual las participamos, para que seamos *inmaculados* («amômos»: sin mancilla, se dice en el A. T. de las víctimas que se ofrecían en los sacrificios) y *santos* (no ya con la santidad ritual del A. T., sino con la interior que proviene de la participación de la naturaleza divina por la gracia santificante).

— A la elección, que revela favor y benevolencia, sigue la predestinación que incluye la intervención de la voluntad que prepara los medios para conseguir el fin. El objeto de la predestinación es la *«adopción de*

hijos suyos por Jesucristo», es decir, la participación por la gracia en la filiación natural y divina de Cristo. No se trata de una adopción meramente legal como lo es la humana, ni de una adopción colectiva como la de los israelitas en el A. T., sino interior e individual que nos hace realmente hijos de Dios por la participación de la naturaleza misma del Padre. Y esta filiación nos es concedida, como todas las gracias, por Jesucristo, causa meritoria, ejemplar y eficiente de nuestra salvación.

— Tres notas menciona el Apóstol respecto de la predestinación: el móvil de la misma que es el *amor* infinito que Dios nos ha tenido y que nos amó cuando todavía estábamos en nuestros pecados (cf. Ef 2, 5; Jn 3, 15); el carácter gratuito de la predestinación que Dios decide *conforme al beneplácito de su voluntad*, la cual se complace en aquello que quiere y hace (San Pablo insiste con toda frecuencia en el carácter gratuito de los beneficios que nos concede; no son debidos a nuestros méritos); y el fin último a que se ordenan la elección y la predestinación: *la alabanza de la gloria de su gracia;* gloria significa la majestad divina que se manifiesta al hombre; la gracia es aquí el favor divino; la frase significa, por tanto, la manifestación espléndida de la benevolencia de Dios para con nosotros, el cual *nos ha hecho gratos en su Amado* confiriéndonos la filiación divina. Cristo es en quien el Padre tiene todas sus complacencias (cf. Mt 3, 17; 17, 5); nosotros lo somos en tanto en cuanto reflejamos a sus ojos la imagen de su Hijo y en la medida que la reflejemos en conformidad con el grado de santificación personal que hayamos adquirido.

3. Parte segunda: Jesucristo nos redime (vv. 7-14).

— Jesucristo ha llevado a cabo nuestra redención *por su sangre.* Esta fue el medio escogido por Dios, que quiso escoger este modo siguiendo la línea del A. T., en el que las alianzas se rubricaban con la sangre de los animales, y sobre todo para poner ante nuestros ojos el amor inmenso que Dios nos ha tenido (cf. I Jn 3, 16; Ef 2, 4-5). Los textos en que se habla de la sangre de Cristo como «precio» (cf. I Cor 6, 20; 7, 23; I Pet 1, 18), este término no puede tomarse en sentido propio; el derramamiento de sangre fue un

medio libremente escogido por Dios para llevar a cabo la redención.

— Además de perdonarnos nuestros pecados —efecto negativo de la redención—, nos ha comunicado toda *sabiduría e inteligencia;* por la primera nos comunica el conocimiento de los misterios divinos (cf. I Cor 2, 6); por la segunda nos enseña a ordenar, según ese conocimiento, la vida práctica, es decir a vivir rectamente conforme a la ley y el espíritu de Cristo.

— Objeto de ese conocimiento es la revelación del misterio que se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos: «*recapitular todas las cosas en Cristo*». La frase significa en este contexto no el que ha venido a «restaurar» todas las cosas borrando los efectos del pecado y volviendo al estado primitivo (lo que es doctrina paulina, pero la perspectiva del Apóstol va más allá de los seres racionales) ni tampoco que Dios ha puesto a Cristo como Jefe y Cabeza de todas las cosas (también es doctrina paulina, y se encuentra en esta carta; pero deriva el verbo «anakegalaióomai» de «kefalé» [cabeza], siendo más probable la derivación de «kefálaion», que indica más bien la idea de centro que la de cabeza), sino que Dios «ha reunido en Cristo todas las cosas como en su centro» (ésta es la interpretación de la mayoría de los exégetas modernos). Cristo es el centro de todas las cosas. Y esto, en el orden cósmico, ya que El creó todas las cosas, y con vistas a El fueron creadas todas ellas (cf. Jn 1, 3; Col 1, 16), y une, además en sí, el mundo material, el espiritual y el humano (compuesto de ambos), y en el soteriológico, ya que El ha reconciliado todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, viniendo a ser el centro de unidad y de armonía de todas ellas. Cf. sobre la reconciliación de las cosas materiales y las de los cielos lo expuesto en la Carta a los Colosenses (1, 20).

— Y en Cristo, continúa San Pablo, «*hemos sido constituidos herederos*», siendo predestinados por el designio de su voluntad. Al hacernos Dios hijos suyos y hermanos de Cristo, hemos sido constituidos, por lo mismo, herederos de los bienes celestiales. Pero todo ello ha sido debido no a nuestros propios méritos, sino a un acto libérrimo de la voluntad de Dios, que determinó hacerlo así.

4. Parte tercera: El Espíritu Santo, sello y arra de nuestra herencia (vv. 12-14).

— No sólo los judíos, sino también los destinatarios, procedentes de la gentilidad, han sido llamados a participar de esa herencia. La inhabitación del Espíritu en sus almas constituye el sello y la garantía de que un día participarán de esa herencia; El es el Espíritu de la familia divina que Dios, lógicamente, otorga a quienes ha constituido hijos suyos (de Rom 8, 14. 16). El sello es la prueba de la autenticidad. El «arra» difiere de la prenda en cuanto que es parte integrante de aquello por lo que se da en garantía; al decir el Apóstol arra, y no prenda, quiere indicar que la vida que ya tenemos aquí en la tierra, la inhabitación de Dios en nosotros, se continuará en la Patria con el esplendor y felicidad propia de ella.

— La acción del Espíritu Santo en las almas de los creyentes, como la acción del Hijo y del Padre, tienen un mismo y último fin: «*la alabanza de la gloria de Dios*», que es también el fin para el que Dios ha creado al hombre y que se identifica con su suprema felicidad.

II. CRISTO Y LA IGLESIA (1, 22-23)

— Después de una acción de gracias por la fe de los destinatarios en el Señor Jesús y su caridad para con todos los fieles (v. 15), el Apóstol eleva una plegaria al Padre a fin de que les conceda un conocimiento profundo de la «esperanza» a que han sido llamados, de la «riqueza de la gloria de la herencia» que nos ha prometido y de «la extraordinaria grandeza de su poder» para llevarlo a cabo. Prueba de ello es lo que ha hecho con Jesucristo, a quien ha resucitado de entre los muertos y le ha concedido un poder sobre todos los principados y potestades, de modo que todo lo ha puesto bajo sus pies (cf. el comentario a Col 1, 15 ss.).

— Por lo que a la Iglesia se refiere, dice:

> «*le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo*» (vv. 22-23).

1. Primado sobre la Iglesia.

— Santo Tomás señala una triple preeminencia:

a) *De honor.* Como la cabeza en el cuerpo, Cristo ocupa el primer puesto en el Cuerpo Místico.

b) *De perfección.* En la cabeza están como compendiados los sentidos y facultades del hombre; en Cristo se hallan en su plenitud todas las perfecciones del Cuerpo Místico: gracias, dones sobrenaturales, etcétera.

c) *De acción.* La cabeza mueve y dirige el cuerpo; Cristo es la fuente de vida y de santidad de la Iglesia, que penetra con su vida todos los miembros. Se añade a esto la comunicación de una misma naturaleza entre Cristo y los miembros de la Iglesia, lo que establece una relación más íntima de Cristo con los hombres que con los mismos ángeles (cf. A. Medebielle, *La Sainte Bible* (Pirot-Clamer), v. XII, pág. 37 s.).

2. La Iglesia, Cuerpo de Cristo.

a) En las Cartas anteriores a Ef y Col se considera a la Iglesia más bien como formando ella un cuerpo, sin relación con la Cabeza, de modo que la idea principal era la unión de los cristianos entre sí. En Col y Ef se pone en relación con Cristo, expresándose el influjo que Aquél tiene en ésta; la idea principal es la unión de los cristianos con Cristo.

— San Pablo considera la Iglesia como un complemento necesario en cierto sentido de Cristo, como lo es la cabeza y el cuerpo en el ser humano, y constituye con El, como éstos en el hombre, una unidad orgánica. Algunos autores no dudan en afirmar que la Iglesia ha sido elevada en cierta manera al orden hipostático. Y San Juan Xtmo. exclama con profunda admiración: «¡Mira hasta dónde ha elevado la Iglesia! Como si fuese elevándola por algún mecanismo; la ha levantado hasta una gran altura y la ha puesto allí sobre el trono; porque donde está la cabeza, allí está también el cuerpo. No hay separación entre la cabeza y el cuerpo; pues si hubiese separación, no sería por más tiempo un cuerpo; ni la otra parte una cabeza».

b) Una tradición antiquísima exegética que se remonta a los primeros tiempos de la patrística relaciona Gen 2, 18 con la Iglesia. Anastasio Sinaíta la expresa en estos términos: «De lo cual resulta que en cierto sentido Adán es padre y marido de su mujer, como asimismo Cristo lo es de la Iglesia. Padre en cuanto que la engendra por el agua y el Espíritu, y marido por cuanto que arroja en ella la semilla de la Palabra. Por lo cual, la Iglesia le ha dado a luz a Cristo esos innumerables hijos —hijos de la gentilidad— y se los ha alimentado, hecho crecer y multiplicado. Pues de esta manera se dice que la Iglesia es colaboradora (*adjutrix*) de Cristo en cuanto que ella, después de la Acensión de El, engendra, enseña, ilumina, predica y convierte los pueblos de Dios» (*In Hexaëm.* 10, PG 89, 1007).

— En I Cor 1, 3 San Pablo llamaba al marido «cabeza de la mujer»; en Ef 5, 28 llamará a la mujer «cuerpo del marido». El binomio «cabeza-cuerpo» viene a equivaler a este otro: «marido-mujer». El marido siente la necesidad de crear y perpetuarse, pero para ello necesita del concurso de la mujer; sin su concurso el semen vital no se despliega en nuevos seres vivientes. De semejante manera en la Cabeza reside toda energía vital; sin embargo, «precisa» del Cuerpo como de instrumento para ejercer y actuar *ad extra* esta energía (cf. J. María González Ruiz, *o. c.*, págs. 205-207).

c) *Habida cuenta de los otros textos de la Carta en que se habla de este tema,* podemos concluir que mediante la relación Cuerpo-Cabeza se indica:

a) La homogeneidad indivisible de Cristo y la Iglesia y su coordinación dispuesta por Dios.

b) La subordinación del Cuerpo a la Cabeza (soberanía de la Cabeza: 1, 22 s.; obediencia de la Iglesia a Cristo; la Iglesia se constituye por la unión con Cristo al estilo de I Cor 10, 16-17).

c) La Cabeza designa a Cristo como principio de crecimiento (4, 15 s.); fuente activa del crecimiento de la Iglesia y fin de este crecimiento (cf. Col 1, 18: Xto. = arjé).

d) La superioridad de Cristo es la superioridad del Amado (cf. 5, 25 ss.), el cuidado amoroso que la Cabeza tiene del Cuerpo.

e) La unidad del Cuerpo: unidad de los miembros: 4, 3 ss.; unidad de los dos grupos de la humanidad: judíos y gentiles: 2, 15 ss.; 3, 6.

f) Al presentar la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, Ef (y también Col), no se sirven únicamente de la imagen del «cuerpo social» para describir la realidad de la Iglesia. Se trata de la expansión escatológica del cuerpo individual de Jesús muerto y resucitado, al que se unen por el bautismo los cuerpos de los cristianos, y que se dilata consiguientemente a través de ellos según las dimensiones del Cuerpo de la Iglesia.

g) Por lo que se refiere a la relación de la Iglesia con los miembros que la componen: en Ef se destaca siempre la prioridad del Cuerpo; por tanto, no son los miembros los que constituyen la Iglesia (a modo de resultado de múltiples sumandos), sino la Iglesia la que constituye a los miembros en tales miembros. En Rom y I Cor se acentuaba otro aspecto: son los miembros los que constituyen la Iglesia. En Ef está subyacente el pensamiento del «hombre cósmico», en Rom y I Cor el de «organismo» social. Aunque ambos aspectos son igualmente necesarios y se complementan.

d) *Además de «Cuerpo de Cristo», la Iglesia se presenta en la Carta a los Efesios como*:

a) La *Esposa* de Cristo (cf. después).

b) El *edificio* fundado sobre Cristo como piedra angular y sobre los apóstoles y profetas como fundamento (cf. después, a 5, 22 ss.).

c) La *gran familia* de Dios, que peregrina sobre la tierra, pero que tiene ya su morada en el Cielo (cf. después, a 2, 19; ve también 2, 16).

d) Es *una*, porque «a una cabeza única corresponde un cuerpo; de lo contrario, sería un monstruo. Como no hay más que un Cristo natural, así no es posible que haya más que un cuerpo místico» (F. Prat, *Teol. de San Pablo*, México, 1947, I, 336).

e) Es *santa*, porque Cristo, el Santo de Dios (Act 3, 14), ha constituido a sus creyentes santos, como los llama con toda frecuencia el Apóstol (1, 1. 4. 15, etc.).

f) Es *católica*, pues Cristo ha venido a salvar a todos, judíos y gentiles (2, 11 ss.).

g) Es *apostólica*, por haber sido fundada «sobre el fundamento de los apóstoles» (2, 20).

h) Es *sociedad visible*, pues Cristo le ha dado «apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores para que enseñaran y gobernaran. Sin embargo, en esta epístola, San Pablo más bien que exponer cuidadosamente la naturaleza visible de la Iglesia la da por supuesta, y esto principalmente porque su tema principal lo constituye la unión mística entre Cristo y los fieles en la Iglesia» (D. J. Leahy, *Comentar. a la Sgda. Escrit.*, *Verbum Dei*, v. IV, pág. 324 s.).

3. La Iglesia pléroma (plenitud) de Cristo.

1. No se ponen de acuerdo los exegetas sobre si el término «pléroma» tiene sentido activo o pasivo:

a) Interpretado *en sentido activo* expresaría que «la Iglesia llena a Cristo», i. e., como en el cuerpo humano los miembros son complemento de la cabeza (la cual no podría sin ellos ejercer sus funciones), así la Iglesia complementa a Cristo, el cual sin los miembros que componen la Iglesia no podría realizar sus funciones de redentor y santificador.

b) Interpretado *en sentido pasivo* significaría que «Cristo llena a la Iglesia», comunicándole su «gracia capital, sus dones, sus riquezas, viniendo así ella a ser llenada de los dones de Cristo, la plenitud de Cristo que la llena de todos ellos».

2. Tal vez haya que tomarlo complexivamente, con uno y otro, si queremos descubrir todo el pensamiento del Apóstol respecto de la plenitud de la Iglesia respecto de Cristo.

— J. María González Ruiz lo expresa en estos términos: «Pléroma, aun teniendo de suyo un sentido pasivo, connota habitualmente un sentido activo derivado: plenitud «desbordante», pléroma «que llena». Por consiguiente, la Iglesia no es solamente «pléroma» porque «está llena», sino porque ella también «llena». Cristo lo llena todo, en todo. Pero no lo hace directamente: tiene en la Iglesia su «pléroma», en la que El deposita toda la energía salvadora, para, desde aquí, irradiarla por todos los ámbitos del cosmos..., la Igle-

sia es el instrumento, la central energética, por medio de la cual y a través de la cual Cristo va «llenando» el cosmos con sus dones salvadores» (*o. c.*, pág. 208).

— La Iglesia, en consecuencia, no sólo es el Cuerpo de Cristo, sino también su pléroma (1, 23; 3, 19; 4, 13). Es decir, además de los cristianos que forman el «Cuerpo» propiamente dicho, la Iglesia integra de alguna manera dentro de sí también el cuadro cósmico, es decir, esas fuerzas de la creación regenerada (Rom 8, 21) hasta donde se desbordan las energías de Cristo resucitado que llena todo el universo (4, 10), a la vez que es llenado por él (1, 23). La Iglesia se halla de esta manera transportada al plano cósmico. Aunque de suyo sigue limitada al plano humano, sin embargo, dada la relación y subordinación existente entre el hombre y el cosmos, del que aquél es el centro y la razón de ser, puede decirse de alguna manera que la Iglesia integra dentro de sí el universo y su destino.

III. RECONCILIACION DE JUDIOS Y GENTILES EN CRISTO (2, 11-22)

— Después de considerar San Pablo el poder de Dios desplegado en Cristo, en el c. 2 quiere poner de relieve lo que la omnipotencia divina ha obrado en nosotros.

— Para la edificación del Cuerpo de Cristo había que superar un doble obstáculo: el «estado de pecado» en que todos se encontraban, judíos y gentiles (vv. 1-10), y eliminar el «muro de separación» que separaba a unos y otros.

— En la primera parte del capítulo segundo (versículos 1-10) el Apóstol expone cómo Dios, llevado del gran amor con que nos amó, nos ha sacado del estado de pecado y de muerte que nos hacía hijos de la ira de Dios, y nos ha comunicado la vida en Cristo que viviendo todavía aquí en la tierra nos hace ya ciudadanos del cielo. Todo lo cual ha realizado Dios como un puro don suyo, sin mérito alguno por nuestra parte.

— A CONTINUACION EXPONE SAN PABLO el tema que hemos enunciado en el precedente título (vv. 11, 22).

1. Situación anterior de los gentiles (vv. 11-12).

— En distinción a los judíos, los gentiles desconocían la Revelación hecha por Dios a aquéllos y la Alianza que había pactado con el pueblo de Israel. Vivían, por lo mismo, «sin Dios», pues aunque adoraban a muchos dioses ignoraban al Dios único y verdadero (cf. Rom 1, 19 ss.), «sin esperanza» en un Mesías Redentor que aportaría la salvación y que constituía el anhelo supremo de los judíos.

— En contraposición les recuerda cómo ahora «han sido acercados por la sangre de Cristo». Las expresiones «estar lejos» y «estar cerca» se encuentran ya en Is 57, 19 y se utilizan frecuentemente en la literatura rabínica para designar a los gentiles y a los judíos, respectivamente.

2. Judíos y gentiles unidos en un solo Cuerpo (vv. 13-18).

a) Cristo, anunciado en el A. T. como príncipe de la paz (Is 9, 6), ha venido a traernos *la paz* con Dios y también la paz entre los hombres exigiéndoles el amor al prójimo como a sí mismo. Al venir El al mundo, éste se hallaba dividido en judíos y gentiles entre los que existía una profunda enemistad; pues bien, Cristo unió a ambos pueblos en un solo Cuerpo Místico, haciendo de ellos una sola persona (cf. Gal 3, 27 s.: «eis», masculino, no «en», neutro = una cosa), cuyo centro de unión es Cristo.

b) Para conseguirlo, Cristo tuvo que derribar el «*muro de separación*» que existía entre ambos. La expresión alude al muro o cancel que separaba el atrio de los judíos del de los gentiles, el cual no podían éstos traspasar bajo pena de muerte. Así lo proclamaban letreros colocados sobre dicho muro. La sospecha de que Pablo había introducido a un gentil en el atrio de los judíos provocó el intento de la multitud de darle muerte (cf. Act 21, 28 ss.). La Ley y prescripciones judías hicieron que el pueblo judío se mantuviese separado de la convivencia con los otros pueblos; era preciso para que el pueblo elegido permaneciese fiel a la religión judía y se mantuviese libre de las aberraciones idolátricas de los paganos. «Nuestro sabio le-

gislador (Moisés) nos ha rodeado de barreras infranqueables y muros de hierro, para que no nos mezcláramos en nada con ningún otro pueblo, permaneciendo incontaminados de alma y cuerpo, desligados de vanas opiniones, y adorando al único y verdadero Dios por encima de toda la creación» (Pseudo-Aristeas). Esta separación hacía aborrecibles muchas veces a los judíos, los cuales consideraban enemigos a los demás pueblos.

c) Para ello Cristo «*anuló en su carne la ley de los mandamientos con sus preceptos*». Con su sacrificio en la Cruz, Cristo derogó la Ley Antigua no en cuanto a sus preceptos de orden natural o moral (que, al contrario, confirmó y llevó a sus últimas exigencias: cf. Mt 5, 17. 21 ss.; ésta es también la perspectiva de Rom 3, 31), sino en cuanto a las leyes ceremoniales y prescripciones rituales, las cuales habían venido a ser tan numerosas y minuciosas (cf. la ley sobre el sábado, alimentos, etc.) que su cumplimiento resultaba poco menos que imposible a los mismos judíos (cf. Jn 7, 19; Act 7, 53; 15, 10; Rom 2, 17 ss.). Exigir su cumplimiento sería cerrar toda posibilidad no ya a la unión de los gentiles con los judíos, sino a su misma conversión a la religión cristiana.

d) Y así de los dos pueblos, antes enemistados, Cristo hizo un solo «*Hombre Nuevo*», el hombre justificado, imagen de Cristo, en distinción al hombre esclavo del pecado que procede de Adán. Unos y otros han sido reconciliados con Dios «*en un solo Cuerpo*»: en el cuerpo de Cristo sacrificado en la cruz y en el Cuerpo Místico que forman cuantos han prestado su adhesión al mensaje de Cristo que vino a traernos la paz y la salvación. «*Por El tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu.*» Advirtamos que «la palabra «acceso» (*prosagôgê*) denotaba en las cortes orientales la introducción de una persona en la presencia del rey. Cristo se hizo el *prosagôgês* que tomó dos hijos separados, los judíos y los gentiles, los unió como hermanos y los llevó a la intimidad de la familia de Dios, de forma que pasaron a ser miembros de la misma (2, 19)» (J. A. Grassi, *Com. S. Jer.*, N. T., v. II, pág. 235). Algunos, por relación al v. 16 interpretan el «en un solo Espíritu» de una interior y pacífica disposición de las almas que las lleva a tener unos idénticos sentimien-

tos; pero la mayoría de los exegetas interpretan del Espíritu Santo, como da a entender la intencionada mención de las tres Personas: por Cristo, al Padre, en el Espíritu Santo.

3. Beneficios que la reconciliación con Dios aporta para los gentiles (vv. 19-22).

— Los gentiles ya no son *«extranjeros»* respecto del Reino de Dios, sino *«conciudadanos de los santos»*, i. e. (en este contexto) de los fieles judeo-cristianos (cf. Rom 15, 25; I Cor 16, 1), formando con ellos un Cuerpo Místico en el que gozan de idénticos derechos, favores y esperanzas, y *«familiares de Dios»*, ya que los cristianos constituidos hijos de Dios por la gracia santificante forman, juntamente con Cristo, la gran familia de Dios (cf. I Tim 3, 15; Heb 10, 22). (Cf. en Jer 31, 4; I Cor 3, 9-17 la metáfora de la «casa de Dios».)

— El «edificio» que Cristo ha construido, con los judíos y los gentiles, tiene como piedra angular a Cristo mismo, y como cimientos a los apóstoles y profetas:

a) *Cristo, «piedra angular»*. Piedra angular es la que da cohesión y firmeza a los fundamentos y une las diversas partes del edificio. Cristo es la piedra angular sobre la que descansa el edificio de la Iglesia, quien sostiene y consolida los fundamentos y une entre sí los dos pueblos que la forman. La imagen se aplica en la comunidad primitiva a Cristo, a su muerte, a su resurrección (cf. Mt 21, 42; Act 4, 11; Mc 12, 10). Y sobre esta piedra angular la Iglesia va creciendo hasta formar «un templo santo en el Señor». Según la escatología judía, Dios al final de los tiempos erigiría un Templo nuevo y perfecto en el cual El habitaría (cf. Is 28, 16 ss.; los libros apócrifos de: *Henoc* 91, 13; *Jubileos* 1, 7). Con la acción de Cristo se cumple esta predicción.

b) *Los apóstoles y los profetas, «fundamentos»*. Lo son en cuanto que sobre su predicación se levanta el edificio que forman los fieles. Algunos interpretaron el «profeta» de los profetas del A. T. en cuanto que ellos anunciaron lo que los Apóstoles han predicado, viniendo así también ellos a ser fundamento de la

Iglesia. Hoy se interpreta de los profetas del N. T., quienes tenían en la Iglesia primitiva un papel importante semejante al de los Apóstoles (cf. Act 13, 1; I Cor 12, 10; 14, 29-37; Ef 3, 5). En favor de esta opinión está el hecho de que están colocados después de los Apóstoles y el que están edificados sobre Cristo, piedra angular, lo que parece excluir se refiera a los profetas del A. T. Y esto indica que la metáfora del fundamento, aplicada a los apóstoles y profetas, se refiere no a las personas en cuanto tales, sino en cuanto predicadores del Evangelio. En I Cor 3, 11 se aplica a Cristo la metáfora del fundamento; es la misma metáfora con distinta significación: Cristo, autor y centro del mensaje evangélico, es fundamento primario y principal, mientras que los apóstoles y profetas serán, por así decirlo, fundamento secundario como predicadores del mismo.

IV. DEBERES DE LOS CONYUGES (5, 22-33).

— Los tres últimos capítulos de Ef contienen la parte moral y parenética de la misma. El Apóstol exhorta a la unidad de los cristianos en el Cuerpo Místico, a evitar las concupiscencias del hombre viejo y vivir conforme al hombre nuevo en Cristo, a huir de la mentira, de la ira, del robo, de la maledicencia que obstaculizan la unidad del Cuerpo Místico; como contraposición a estos vicios estimula a la práctica de la caridad, de la justicia y de la verdad, como corresponde a los hijos de la luz.

— La perícopa 4, 21-6, 9 está dedicada a los consejos de vida familiar para cada uno de los componentes de la misma, extendiéndose notablemente en los deberes de los esposos que comentamos, por lo mismo, a continuación. La razón de esa extensión es que San Pablo ve en la unión de los cónyuges una figura de la unión de Cristo con la Iglesia, tema fundamental de la Carta.

— El v. 21 establece el principio que debe regular las relaciones entre los diversos miembros de una familia cristiana: «el temor de Cristo», que significa en el lenguaje bíblico, más bien que el temor, el respeto y veneración que nos merece Cristo, quien vivió entre los hombres como modelo de sumisión y sacrificio por los demás.

1. Deberes de la mujer (vv. 22-24).

— San Pablo reconoce un cierto orden y jerarquía natural que Dios ha puesto en el hogar. Por lo que a la mujer se refiere, ésta debe obedecer al marido y estarle sumisa con una obediencia y una sumisión similar a la que la Iglesia tiene respecto de Cristo, Señor.

— Dos razones aporta San Pablo por las que la mujer debe obedecer al marido:

a) *«El marido es cabeza de la mujer»*, como Cristo es Cabeza de la Iglesia (v. 23). No es fácil determinar concretamente el sentido de «cabeza» aplicado al marido respecto de la mujer, pero por todo el contexto queda claro que el marido tiene una cierta autoridad sobre la mujer y que ésta le debe obediencia y sumisión.

b) *«Como la Iglesia está sumisa a Cristo»*, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo (v. 24). Es la razón que pudiéramos llamar mística.

— Pío IX precisa los límites de esa sumisión de la mujer al marido en los términos siguientes: «Tal sumisión no niega ni quita la libertad que en pleno derecho compete a la mujer, así por su dignidad de persona humana como por sus nobilísimas funciones de esposa, madre y compañera, ni la obliga a dar satisfacción a cualesquiera gustos del marido, no muy conforme quizá con la razón o dignidad de esposa, ni, finalmente, enseña que se haya de equiparar la esposa con aquellas personas que en derecho se llaman menores y a las que por falta de madurez de juicio o por desconocimiento de los asuntos humanos no se les suele conceder el ejercicio de sus derechos, sino que, al contrario, prohíbe que en este cuerpo de la familia se separe el corazón de la cabeza, con grandísimo detrimento del conjunto y con próximo peligro de ruina, pues si el varón es la cabeza, la mujer es el corazón, y como aquél tiene el principado del gobierno, ésta puede y debe reclamar para sí como cosa que le pertenece, el principado del amor» (*Casti connubii*, número 19).

2. Deberes de los maridos (vv. 25-31).

— A los maridos, San Pablo propone como modelo de amor a sus mujeres el amor de Cristo a su Iglesia.

Este fue tan grande que «se entregó a sí mismo por ella» incluso hasta la muerte (cf. Jn 15, 13). Efecto de ese amor ha sido el «santificarla mediante el baño del agua»; la expresión alude a la costumbre de los griegos según la cual la esposa era conducida al baño la víspera de la boda, y se refiere al bautismo mediante el cual Cristo lava los pecados de los cristianos. Y con ello presentarla «gloriosa, sin mancilla» a sus ojos. Más adelante da la razón de la solicitud de Cristo por la Iglesia: «somos miembros de su Cuerpo»; Cristo nos ama a los cristianos, que formamos su Cuerpo Místico, como parte que somos de su Cuerpo.

— Pues bien, de esa manera deben amar los esposos a sus mujeres. Como Cristo con la Iglesia, así el marido viene a formar un cuerpo con su esposa, por lo que al amar a su mujer se ama a sí mismo. Y como Cristo cuida y alimenta a la Iglesia, como se muestra solícito por ella, así debe también el marido conducirse para con su mujer. Esa unión íntima que Dios ha *puesto entre los cónyuges ha de ser la razón de su mu*tuo amor: una unión tan perfecta que vienen a ser los dos «una sola carne»; un amor tan grande que cada uno dejará a sus padres para formar juntos un nuevo hogar.

— Concluyamos con las palabras de San Juan Xtmo. respecto del marido: «Tú has visto la medida de la obediencia, oye también la medida del amor. ¿Quieres tener a tu esposa obediente a ti, como la Iglesia a Cristo? Ten, pues, el mismo cuidado de ella que Cristo por la Iglesia. Aunque te fuera necesario dar tu vida por ella... no lo rehúses».

3. El gran misterio.

— Dice San Pablo: *«Gran misterio es éste, lo digo respecto de Cristo y la Iglesia»* (v. 32). El gran misterio no está en el matrimonio como tal, ni en el hecho de abandonar a los padres, sino en que el matrimonio creado por Dios en el Paraíso prefiguraba la unión de Cristo con la Iglesia. Y el matrimonio cristiano en cuanto simboliza y tiene relación con la unión de Cristo con la Iglesia forma parte del gran misterio, escondido durante las generaciones pasadas, y revelado con la venida de Cristo.

— Eso es un misterio no fácil de explicar. Pero lo que es claro es que el marido debe amar a su mujer «como a sí mismo», y la mujer, «respetar» al marido. Matrimonio, hogar, donde se viva esa doble ley «amor mutuo», donde cada uno busca el bien y felicidad del otro como la propia, con más ilusión todavía que la propia, conforme a Jn 13, 34, ha encontrado el secreto de la felicidad, porque ha hallado la bendición de Dios sobre ellos.

SEGUNDA PARTE

LAS CARTAS PASTORALES

PRESENTACION GENERAL

1. Las Cartas precedentes —Tesalonicenses, Mayores, Cautividad— están todas ellas, si exceptuamos la de Filemón, dirigidas a Iglesias particulares y contienen en su primera parte doctrina dogmática, y en su segunda, exhortaciones de orden moral y ascético.

2. En las Cartas Pastorales cambia el panorama. Son escritos dirigidos a unos personajes concretos —dos a Timoteo y una a Tito— y tienen por objeto darles consejos e instrucciones en orden a la dirección de las Iglesias que les había confiado el Apóstol. Pero no falta en ellas contenido doctrinal, dada la táctica de San Pablo de fundamentar la vida cristiana en la base sólida del dogma y la moral.

— De ahí el nombre con el que se las designa modernamente. Si bien el término «pastoral» aplicado a estas Cartas se remonta a Santo Tomás de Aquino (cf. *Prólogo* a II Tim), fue en el siglo XVIII cuando comenzaron a denominarse con este título de «Pastorales».

3. Seguiremos el siguiente método en la explicación de estas Cartas en atención a que el contenido fundamental se repite en todas ellas:

A) *Introducción:* En que trataremos, después de una indicación sobre cada personaje destinatario, los temas introductorios comunes a las tres Cartas.

B) *Doctrina de las mismas:* Expondremos primero los temas comunes a las tres Cartas, y después, algunos peculiares a alguna de ellas que juzgamos de interés.

A. INTRODUCCION

I. LOS DESTINATARIOS

1. Timoteo.

a) Era natural de Listra, ciudad de Licaonia, hijo de padre griego y madre judía (Act 16, 1). Entre los convertidos por San Pablo en su primer viaje misionero se hallaba, sin duda alguna, Timoteo, de quien los hermanos dan al Apóstol, cuando llegó a Listra en el segundo viaje misionero, un buen testimonio (Act 16, 2). Ante ello, Pablo, que no pudo hacer su segundo viaje con Bernabé y Marcos (cf. Act 15, 36 ss.) y había tomado como compañero del mismo a Silas, decidió llevar consigo también a Timoteo. Con el fin de facilitar su obra con los judíos, a quienes Pablo solía dirigirse en primer lugar, lo circuncidó (Act 16, 3).

b) A partir de ese momento Timoteo aparece en los Hechos y en las Cartas del Apóstol como inseparable compañero de San Pablo. Su nombre aparece en el saludo de seis Cartas paulinas, y éste le confió muy pronto misiones importantes (cf. I Tes 3, 1 ss.; I Cor 4, 1. 17; 16, 10-11; Act 19, 22; Fil 2, 19 ss.). Estuvo en Roma durante la primera cautividad con el Apóstol (Col 1, 1; Film 1). Cuando, después de ésta, San Pablo hizo un recorrido por las cristiandades de Oriente que había formado en sus viajes misioneros, dejó a Timoteo como dirigente responsable y representante del Apóstol de las Iglesias de Asia, siendo todavía muy joven de edad (I Tim 4, 12). Con el fin de darle normas para el gobierno de las Iglesias que le confió le dirige las dos Cartas. San Pablo dio de él este testimonio: «A nadie tengo de tan iguales sentimientos que se preocupe sinceramente de vuestros intereses» (Fil 2, 20).

c) El autor de la Carta a los Hebreos nos da la última noticia que tenemos de él: «Sabed que nuestro hermano Timoteo ha sido liberado» (13, 23). La tradición lo considera como el primer obispo de la ciudad de Efeso.

2. TITO.

1. Los Hechos no nos dan noticia alguna sobre este importante colaborador de San Pablo. Este, en cambio, lo menciona con frecuencia en sus Cartas. De origen gentil, fue convertido a la fe por el Apóstol como sugiere el título con que se dirige a él: «verdadero hijo según la fe común» (Tit 1, 4). En el Concilio de Jerusalén aparece como compañero de Pablo y Bernabé, ocasión en que Pablo se negó a circuncidarlo frente a las pretensiones de los judaizantes, que consideraban la circuncisión como necesaria para salvarse (Gal 2, 1 ss.). San Pablo lo envió por dos veces con misiones difíciles a Corinto, donde logró restablecer la armonía entre aquella Iglesia y el Apóstol y completó la colecta destinada a los fieles de Jerusalén (cf. II Cor 7, 13-15; 8, 16-24).

2. Durante el viaje de San Pablo después de la primera cautividad romana, dejó a Tito al cargo de la Iglesia de Creta, como había dejado a Timoteo en Efeso, con el fin de que concluyese la organización de aquella joven Iglesia (Tit 1, 5). Al final de la Carta le encarga que, cuando llegue Artemas o Tíquico a Creta, él se dirija en seguida a Nicópolis (en el Epiro) para entrevistarse con él. Durante la última cautividad romana de San Pablo, Tito se encuentra en Dalamacia, adonde seguramente había ido por encargo del Apóstol para desarrollar allí su actividad misionera (II Tim 4, 10).

— La tradición dice que murió muy anciano siendo obispo de Creta. Ninguna noticia más tenemos de él.

II. LA CARTA PRIMERA A TIMOTEO

1. OCASIÓN.

— Libertado de la prisión romana, San Pablo seguramente realizó su proyectado viaje a España (cf. Rom 15, 24-28). Al regresar de este viaje hace un recorrido por las Iglesias de Oriente. Tal vez previó cercano su fin y quiso dejar afianzadas las cristiandades que había fundado. Habiendo encargado a Timoteo

de la Iglesia de Efeso, le dirige esta Carta, probablemente desde Macedonia (1, 3), cuyo contenido, reducido a esquema (mera yustaposición de temas, pues no sigue un orden lógico) es el siguiente:

2. Contenido esquemático.

Saludo (1, 1-2).

Contenido central (1, 3-6, 19).

Cap. 1.°

a) Actitud frente a falsos doctores de la Ley que se dan a especulaciones sobre genealogías interminables sin saber lo que dicen (1, 3-11).
b) La misericordia de Dios con San Pablo, que de perseguidor lo llamó al ministerio evangélico (1, 12-17).
c) Responsabilidad de Timoteo, a quien Pablo recuerda su investidura para el apostolado (1, 18-19)

Cap. 2.°

a) La oración litúrgica. Hay que orar por todos, pues Dios quiere que todos se salven.
b) Compostura de las mujeres en la oración litúrgica. Su maternidad, medio de salvación (2, 8-15).

Cap. 3.°

a) Los ministros de la Iglesia (obispos-presbíteros y diáconos): cualidades humanas y virtudes cristianas en orden a su elección (3, 8-13).
b) La Iglesia, columna de la verdad y el Misterio de la piedad (la persona y obra de Cristo), razones de las precedentes exigencias (3, 14-16).

Cap. 4.°

a) Falsos e hipócritas doctores enseñan doctrinas heréticas sobre el matrimonio y los alimentos (4, 1-5).
b) Actitud que ha de observar Timoteo: la piedad, la lectura de los libros santos, la exhortación, la enseñanza y vigilancia sobre la doctrina (4, 6-16).

Cap. 5.°

a) Conducta que Timoteo debe observar con los ancianos y los jóvenes de uno y otro sexo (5, 1-2).
b) Normas a observar en relación con las viudas: respeto, ayuda material, dedicación a obras de caridad (5, 3-16).

c) Recomendaciones referentes a los presbíteros (5, 17-22).
d) Consejos personales para Timoteo (5, 23-25).

Cap. 6.º

a) Conducta a inculcar a los siervos (6, 1-2).
b) Frente al orgullo y avaricia, la piedad y frugalidad (6, 3-10).
c) Timoteo ha de ser hombre de Dios, perseverante e irreprensible (6, 11-16).
d) Consejos que ha de dar a los ricos (6, 17-19).

RECOMENDACIÓN FINAL Y BENDICIÓN (6, 20-21).

3. LA FINALIDAD.

Aparece clara a la vista del precedente esquema. San Pablo, o porque no pudo hacerlo de palabra o porque quiso que le quedasen consignadas por escrito (a no ser que fuera un discípulo de San Pablo, quien quiso redactar en una Carta los diversos consejos del Apóstol), condensa en esta primera Carta una serie de consejos e instrucciones sobre la organización de la Iglesia, la forma en que han de ser combatidos los herejes que ya pululan por aquí y allá y la elección y cualidades de quienes tienen un ministerio en la Iglesia. A la vez recomienda las virtudes morales de la vida ordinaria, como la caridad, la paciencia, la mansedumbre; y también la vida interior como fundamento de la vida activa apostólica. Todo ello sin dejar de lado puntos tan importantes del dogma cristiano como la fe y la esperanza en Cristo mediador, la redención llevada a cabo por amor a los hombres, la voluntad salvífica universal de Dios, la Iglesia como casa de Dios, fundamento y columna de la Verdad y Pueblo de Dios con sus notas de unidad, santidad y catolicidad.

III. LA CARTA A TITO

— La colocamos a continuación de la primera a Timoteo, por su gran parecido con ésta en cuanto al contenido, y porque la segunda a Timoteo es el último escrito de Pablo, que por preceder en muy poco tiempo a su muerte constituye en realidad su testamento.

1. OCASIÓN.

— Habría que repetir lo que indicamos a propósito de I Tim cambiando el nombre de Timoteo por el de

Tito, y el de Efeso por Creta. Añadiendo que San Pablo no había tenido tiempo de evangelizar a fondo la comunidad cristiana de Creta, por lo que había encargado de llevar a cabo esta misión a Tito, hombre hábil y experimentado como requería el carácter díscolo de los cretenses y las doctrinas que entre ellos esparcían los judeo-cristianos.

2. Contenido esquemático.

Introducción (1, 1-4).

a) Saludo (1, 1-4).

b) Razón y fin de su elección como apóstol (1, 2-3).

Contenido central.

Cap. 1.°

a) Misión de Tito en Creta: completar la organización de la Iglesia y constituir presbíteros (1, 5).

b) Cualidades que han de tener los presbíteros que deberá establecer en cada ciudad (1, 6-9).

c) Actitud frente a los falsos doctores que vienen de la circuncisión (1, 10, 16).

Cap. 2.°

a) Consejos para diversas clases de personas: ancianos, jóvenes, hombres, mujeres, esclavos (2, 1-10).

b) Fundamento de la conducta que les señala han de seguir: la gracia salvadora de Dios manifestada en Cristo que se entregó por nosotros (2, 11-15).

Cap. 3.°

a) Sumisión y obediencia a las autoridades (3, 1-2).

b) Situación antes y después de la conversión a Cristo. Mención del bautismo. Los cristianos han de sobresalir en la práctica de las buenas obras (3, 3-8).

c) Actitud frente a los herejes (3, 9-11).

Epílogo (3, 12-15).

a) Ultimas recomendaciones (3. 12-14).

b) Saludo final y bendición (3, 15).

3. La finalidad.

Es la misma que la de I Tim. Confiarle la organización de la Iglesia de Creta, señalarle la actitud a se-

guir frente a los herejes que propalan falsas doctrinas, indicarle las cualidades que ha de exigir en los candidatos al presbiterado y transmitirle normas prácticas de conducta para las diversas clases de personas. También en ella hace mención de las virtudes cristianas que deben practicar los cristianos en su vida ordinaria como la caridad, la paciencia en el sufrimiento, la justicia, la piedad, la renuncia a la impiedad y a las pasiones mundanas, a las injurias, a la envidia. Tampoco faltan en ella puntos doctrinales que sirven de base profunda a la exhortaciones de la Carta: la divinidad de Cristo (2, 13), su muerte sacrificial, su manifestación gloriosa al fin de los tiempos, el amor de Dios a los hombres, su voluntad salvífica universal, el bautismo y renovación por el Espíritu, la justificación por la gracia que nos constituye herederos de la gloria y la esperanza de la vida eterna.

IV. LA CARTA SEGUNDA A TIMOTEO

1. Ocasión.

— San Pablo se encuentra prisionero en Roma (1, 8. 16 s.). Pero ya no es aquella prisión de los años 61-63 en que el Apóstol gozaba de cierta libertad, tenía buen número de colaboradores consigo y preveía que su causa se resolvería favorablemente (cf. Act 28, 30; Col 4, 7-14; Film 22. 24). Ahora se encuentra solo y sin esperanzas de liberación (cf. 1, 15; 4, 10. 16-18). En esas circunstancias el Apóstol escribe esta Carta, que viene a ser como el testamento de San Pablo, en la que le manda que vaya junto a él a toda prisa. Presiente cercana su muerte y quiere tener junto a sí a su querido Timoteo.

2. Contenido esquemático.

Introducción (1, 1-5).

a) Saludo (1, 1-2).
b) Acción de gracias por la fe de Timoteo, su madre y su abuela (1, 3-5).

PARTE PRIMERA: *Exhortación a Timoteo a que dé testimonio de Cristo y del Evangelio* (1, 6-2, 13). Motivos:

a) La gracia sacramental que le fue conferida por la imposición de las manos (1, 6-7).
b) El ejemplo de Pablo, que con la ayuda del poder de Dios, soporta los trabajos por el Evangelio (1, 8-14).
c) El comportamiento de los compañeros de Pablo: abandono de unos, lealtad de otros (1, 15-18).
d) Ha de soportar las fatigas: como el soldado que lucha, el atleta que se esfuerza, el labrador que se fatiga digno de los primeros frutos (2, 1-7).
e) El ejemplo de Cristo que sufrió primero por nosotros y fue después, por lo mismo, coronado de gloria (2, 8-13).

PARTE SEGUNDA: *Timoteo, defensor del rebaño. Instrucciones para conducirse con los herejes* (2, 14-4, 8).

a) Fidelidad y valentía en la predicación de la verdad frente a las falsas doctrinas que pervierten la fe (2, 8-13).
b) Enseñar y corregir practicando a la vez las virtudes, especialmente la caridad y la mansedumbre (2, 22-26).
c) Vendrán tiempos difíciles en que los herejes harán realidad la corrupción y toda clase de pecados anunciada para los últimos tiempos (3, 1-9).
d) Perseverancia firme a ejemplo del Apóstol frente a todas las dificultades apoyándose en la Escritura, que le será util para el cumplimiento de su ministerio (3, 10-17).
e) Fidelidad invicta al ministerio, ahora que Pablo va a concluir su carrera (4, 1-8).

EPÍLOGO (4, 9-22).

a) Noticias sobre compañeros de apostolado (4, 9-15).
b) Le han dejado solo en su defensa, pero perdona a todos. El Señor le ayudó (4, 16-18).
c) Saludos y bendición (4, 19-22).

3. LA FINALIDAD.

— Aparece también clara. A las circunstancias que concurrían en las otras dos Cartas pastorales se añade en ésta otra singular: la proximidad de su muerte. Por ello a las recomendaciones que tienen su paralelo con las de las otras Cartas, se añade el carácter apremiante e insistente con que las hace, especialmente la exhortación a mantener firmemente la sana doctrina y a per-

severar en la lucha frente a las dificultades que se acercan. Lleva también la Carta la impronta de un testamento que confía a su amado Timoteo y a quien ruega encarecidamente que mantenga la fidelidad al ministerio que recibió con la imposición de sus manos, y de cuya amistad y compañía siente necesidad cuando se encuentra solo y cara a la muerte. Ahora siente el peso de los sufrimientos y de la prisión; no habla referente a ellos con la alegría y gozo de otras ocasiones, por más que los ofreciese a Cristo por sus fieles con más ilusión que nunca; entonces los veía pasajeros y una prueba más en su camino apostólico mientras que ahora prevé con fundamento que tendrá que sucumbir en aquella dura prisión romana que le apartará corporalmente de las Iglesias fundadas con tantos sudores apostólicos. Pero va a morir —viene a proclamar al final de su Carta— con la conciencia del soldado que ha combatido valientemente hasta el final por el Reino de Cristo.

— También en esta Carta San Pablo recomienda, como en las otras, la caridad, la paz, la mansedumbre, pero insiste en la fe, en la fidelidad a la vocación, en la confianza en el poder de Dios, en la paciencia y fortaleza frente al sufrimiento. Y en relación con todo ello y como último fundamento, menciona o alude a la encarnación y redención de Cristo, la vocación al apostolado que Dios ha concedido gratuitamente sin méritos propios por su parte a Pablo y a Timoteo, a la inhabitación del Espíritu que les ayudará a conservar firme el depósito de la fe, sin dejar de recordar que Dios, como juez justo, retribuirá a cada uno según sus obras.

V. AUTENTICIDAD DE LAS CARTAS PASTORALES

1. Pablo autor.

La tradición unánimemente hasta el siglo XVIII ha considerado a San Pablo como autor de las Pastorales, basándose en testimonios externos confirmados con razones de índole interna:

a) Los *criterios externos* se remontan a los primeros escritores cristianos. Es posible que II Ptr 3, 15,

cite a I Tim 1, 16. Durante los dos o tres primeros siglos la I Tim, juntamente con Fil, son citadas proporcionalmente más veces que cualquiera de las Cartas Mayores. Si bien los Padres apostólicos no las citan expresamente, hacen numerosas alusiones implícitas a ellas. A partir del siglo II se multiplican las citaciones explícitas: San Ireneo, el Fragmento de Muratori, Tertuliano las citan expresamente como Cartas de San Pablo. Con razón pudo decir Eusebio de Cesarea, buen conocedor de las cuestiones en torno a la autenticidad de los escritos del N .T., que las dos Cartas de Timoteo y la de Tito «son universalmente admitidas por todos» (*His. Ecca.* 3, 3, 5).

b) Como *criterios internos* en favor de la autenticidad de las Cartas pastorales pueden aducirse los siguientes: quien las escribe ha sido un acérrimo perseguidor de la Iglesia, que se siente objeto de la más grande misericordia de Dios y se entrega con no menos ardor a la causa de aquel a quien antes había perseguido (cf. I Tim 1, 12-16: como viene a decir C. Spicq, habría que haber sido más paulino que Pablo para falsificar ese texto); quien ha escrito II Tim ha sufrido prisión dura por Cristo amargada por la soledad en que le dejaron sus compañeros, pero que sufre con la confianza puesta en Dios (cf. más amplia exposición de unos y otros criterios en J. Collantes, o. c., página 957 ss.).

2. Un discípulo de Pablo.

— *Pero desde principios del siglo XIX no pocos autores han atribuido las Cartas pastorales a un discípulo* de San Pablo que las habría escrito hacia el año 100 ó más tarde. El primero en negar la autenticidad paulina de I Tim fue Schleiermacher el año 1807. Otros extendieron después la negación a todas las Pastorales, entre ellos Baur, Renán, R. Bultmann, M. Dibelius y otros. La mayoría de ellos admiten que hay en ellas pasajes que proceden del mismo Pablo.

— Las *razones* que aducen los negadores de la autenticidad son las siguientes: el *vocabulario y estilo* de las Cartas pastorales, que se suponen distintos de las otras Cartas paulinas; *la organización eclesiástica,* que suponen con la mención de «obispos, presbíteros

y diáconos» se afirma ser la del siglo II; el *tono religioso-teológico* con la insistencia en el aspecto moralizador y en la recomendación de las buenas obras, juntamente con la ausencia de los temas característicos paulinos y la fuerza creadora y dialéctica de Pablo hacen pensar en un autor distinto del Apóstol; finalmente, los *errores* que aparecen en las Pastorales, se afirma, son los gnósticos del siglo II.

— *Analicemos cada uno de estos argumentos y veamos qué hay cierto en ellos y qué conclusiones* pueden obtenerse. Al hacerlo, conseguimos un conocimiento mejor del contenido de la Carta, lo que tiene mayor interés.

a) *El estilo y vocabulario.*

— Es cierto que existe diferencia entre el vocabulario y estilo de las Pastorales y las otras Cartas paulinas, y éste sería el argumento más fuerte en contra de la autenticidad. Una tercera parte de las palabras utilizadas en las Pastorales no aparecen en los otros escritos paulinos. Hay frases de Pastorales que sólo aparecen en ellos. El estilo carece de la viveza y energía de las otras cartas, y es más fluido que en ellas donde las ideas se amontonan en la mente de Pablo y causan frecuentes paréntesis y anacolutos.

Pero la mayoría de los autores opinan que estas diferencias no son suficientes para negar la autenticidad. El vocabulario, si difiere en un tercio de sus términos, coincide en dos tercios, y aquél puede muy bien venir exigido por el tema distinto de las Pastorales. Las diferencias de estilo pueden obedecer a la diferencia de tema, circunstancias y edad de Pablo. Por lo demás, diferencias de similar relieve se encuentran entre Cartas atribuidas por todos a San Pablo (cf. I Tes y I Cor; Rom y Gal).

— Algunos han querido explicar estas diferencias recurriendo a la hipótesis de «un secretario» que habría utilizado San Pablo para la composición de estas Cartas (cf. II Tes 3, 17; Rom 16, 22; Gal 6, 11).

b) *La organización eclesiástica.*

— Es cierto que en las Cartas pastorales se habla de «obispos», «presbíteros» y «diáconos», que constituyen los tres grados de la organización eclesiástica.

— Pero no lo es que estos términos tengan ya el sentido técnico que han tenido en la Iglesia a partir de principios del siglo II. Y si hubiera en ellas algún progreso respecto de las Cartas anteriores, habría que advertir que desde ellas a las Pastorales han transcurrido varios años, durante los cuales surgieron sin duda nuevas exigencias en la dirección de las comunidades cristianas, a las que San Pablo procuraría, sin duda alguna, dar respuesta en los últimos años de su vida, antes de partir de este mundo (cf. después a propósito de la Doctrina).

c) *El tono religioso-teológico.*

— Es cierto que las Pastorales presentan aspectos nuevos sobre Dios (se le aplica, y también a Cristo, el título, propio de la terminología pagana, «soter»: Salvador), sobre la fe (que se considera como una virtud más junto a otras), sobre la Ley (que se presenta como medio de educación y disciplina eclesiástica), se insiste en la transmisión de un depósito fijo de verdades, en las buenas obras. A la vez se echan de menos temas característicos de San Pablo como la justificación por la fe, el Misterio, la Eucaristía, el Espíritu Santo, etc.

— Pero no hay que exagerar las diferencias. Puntos fundamentales de la teología paulina se encuentran en las Pastorales, como la justificación no por las obras, sino por la libre gracia de Dios (cf. II Tim 1, 9; Tit 3, 5), la fe en Cristo como medio para obtener la vida eterna (I Tim 1, 16), la función mediadora y salvadora de Cristo (cf. Tit 2, 11 ss.; II Tim 1, 10 s.). Y los aspectos que se dicen nuevos, pero que en realidad no lo son del todo a las Cartas anteriores (cf., v. gr., sobre la Ley Rom 7, 2; Cal 5, 18 ss.; sobre los oficios Fil 1, 1, etcétera), encuentran explicación en el carácter propio de unas Cartas pastorales dirigidas en buena parte contra doctrinas heréticas, que es lo que determina la insistencia en la exhortación a las buenas obras, la preocupación por la organización de la comunidad, la finalidad a la sana doctrina.

d) *Los errores combatidos.*

— Es cierto que Pablo se muestra preocupado por ciertos errores que difunden hombres que «pretenden ser maestros de la Ley» (I Tim 1, 7). Estos doctores,

infatuados de su ciencia se entregan a discusiones vanas sobre palabras y a especulaciones interminables sobre genealogías (I Tim 1, 4-7; 6, 4-5. 20-21; Tit 1, 10-11.14-15; 3, 9); afirman que la resurrección ha tenido lugar ya (II Tim 2, 18), prohíben el matrimonio y el uso de ciertos alimentos (I Tim 4, 1-7).

— Pero no es cierto que éstos sean los errores gnósticos del siglo II que se erigieron entonces en un sistema peligroso. Los errores tal como aparecen en las Cartas pastorales reflejan más bien una forma de gnosticismo judío que aparece ya en las Cartas anteriores: las especulaciones sobre genealogías aparecen ya en el apócrifo *Libro de los Jubileos* (de finales del siglo II a. C.); la problemática sobre la resurrección aparece ya en I Cor 15. Tampoco parece nueva la prohibición del matrimonio y de ciertos alimentos: cf. Rom 14, 1 ss.; I Cor 7; Col 2, 8-10. 20-23).

3. Conclusión.

1. Los argumentos externos en favor de la autenticidad de las Cartas pastorales son tan fuertes como los que militan en favor de la autenticidad de las Cartas consideradas con toda seguridad como paulinas.

2. Los argumentos internos revelan que hay pasajes en ellas de cuño tan marcadamente paulino que todos, aun los que niegan la autenticidad de las Cartas pastorales, reconocen que son obra de San Pablo.

3. Los argumentos internos que se aducen en contra de la autenticidad no son lo suficientemente fuertes como para negar la paternidad paulina de las mismas.

4. Como afirma F. Fernández Ramos, «ante la incertidumbre de los argumentos tomados del examen interno de las Pastorales, la crítica se muestra hoy mucho más prudente e inclinada a aceptar los datos tradicionales. Todo se explica mejor en la hipótesis de la autenticidad» (o. c., pág. 244).

VI. FECHA Y LUGAR DE COMPOSICION

— No hay posibilidad de encajar la composición de las Cartas pastorales en los años de la vida de Pablo

que conocemos por los Hechos y las Cartas precedentes. Por lo demás, los datos que hemos venido aduciendo reflejan bien claro que Pablo compuso estas Cartas hacia el final de su vida.

— Han tenido que ser compuestas durante los años que median entre el 63, en que sale de la primera cautividad romana y el 67, en que muere condenado tras su segunda cautividad en Roma. La probable reconstrucción de los hechos da las siguientes fechas: el año 63 parece que Pablo se dirige a España conforme su propósito manifestado a los romanos (cf. Rom 15, 24). A su regreso, el año 64, emprende un viaje por el Mediterráneo oriental, llegando a la isla de Creta. Al abandonar la isla, deja allí como delegado suyo a Tito (1, 5). De allí se dirige a Macedonia, pasando por Tróade, donde, probablemente, escribe I Tim y Tit (cf. II Tim 4, 13), el año 65. El invierno de ese año lo pasa en Nicópolis del Epiro (cf. Tit 3, 13). Siguiendo sus planes, regresaría a Efeso, en cuya región fue arrestado (I Tim 3, 14; 4, 13; II Tim 1, 4). Tal vez en el camino se detuvieron en Mileto (donde dejó Trófimo enfermo) y en Corinto (donde se quedó Erasto) (cf. II Tim 4, 20). Durante la prisión, el año 67, escribe la II Tim, en la que deja entrever su persuasión de que ve cercano su martirio.

B. LA DOCTRINA

I. LA SANA DOCTRINA

— Las Cartas pastorales insisten constantemente en la recomendación de permanecer fieles a la sana doctrina y rechazar los errores que propalan los falsos doctores.

— Pero no nos presentan un cuerpo doctrinal, sino que lo suponen ya. Sólo incidentalmente, en medio de recomendaciones pastorales, San Pablo menciona algunos puntos doctrinales. Transcribimos a continuación la enumeración completa que hace de ellos F. Fernández Ramos en el *Manual Bíblico:*

«*a*) El fin del Evangelio es la caridad de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera (I Tim 1, 5).

b) Sobreabundancia de la gracia de Nuestro Señor, con la fe y la caridad (I Tim 1, 14).

c) La universalidad de la salud mediante el único Mediador que se entregó por todos para su redención (I Tim 2, 4-7).

d) La manifestación del Dios invisible, hecho visible en Jesucristo, implica la exigencia de una vida intachable en el «hombre de Dios», que debe practicar las virtudes..., la piedad, la fe, la caridad... (I Tim 6, 13).

e) La salvación del cristiano y su «vocación santa» se debe no a sus obras, sino al designio salvífico de Dios manifestado en Cristo (II Tim 1, 9 s.; cf. I Tim 2, 4-7; Tit 2, 11-14).

f) Jesucristo, del linaje de David, resucitó y es la causa de la salud con tal de seguir sus caminos (II Tim 2, 8-13; cf. Rom 1, 3 ss.).

g) Jesucristo es siempre fiel (II Tim 2, 13; cf. II Cor 1, 19 s.).

h) La posibilidad de un nuevo «nacimiento» y «renovación» mediante el bautismo se debe no a las obras, sino a la bondad y clemencia de Dios, que por Jesucristo envía el Espíritu Santo para la obra de un nuevo nacimiento.

i) Es el Dios trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, quien en el bautismo realiza la obra del nuevo nacimiento.

j) Como en el bautismo entramos en el ámbito de la justicia de Dios (cf. Rom 1, 17; 3, 21. 25) que nos ha merecido la muerte expiatoria de Cristo, esperamos la aprobación divina en el último juicio y la herencia de la vida eterna (Tit 3, 4-7)...»

— La verdadera doctrina se reconoce por su origen apostólico y por la piedad que la acompaña. El mismo Pablo no ha creado la doctrina, sino la ha recibido (I Tim 1, 11-12. 16; 2, 7; II Tim 1, 1. 11; Tit 1, 1-3). La doctrina verdadera que él ha recibido la transmite a Timoteo y a Tito (I Tim 1, 18; 2, 14-15; II Tim 1, 12 ss.; 2, 2; 3, 10. 14; Tit 1, 4; 2, 15); éstos, a su vez, deben conservarla y transmitirla después de la muerte de

Pablo (I Tim 1, 3; 4, 6. 16; II Tim 2, 2. 14-15; 4, 2. 5; Tit 1, 5-9; 1, 1. 15; 3, 8). Esta sucesión está garantizada por vía sacramental (I Tim 4, 14; 5, 22; II Tim 1, 6 (páginas 245 s.).

— Cuanto se pueda decir sobre los falsos errores a los que se hace alusión en las Cartas pastorales, queda ya dicho en la parte introductoria.

— *Importante conclusión.* Vemos que una de las preocupaciones más serias de San Pablo en las Cartas que al final de su vida dirige a quienes iba a dejar encomendadas las cristiandades por él fundadas es la conservación de la sana doctrina que él les había transmitido. Quienes hoy contemplamos la preocupación del Apóstol y observamos la historia de los diecinueve siglos que han transcurrido desde entonces a nuestros días llegamos a una doble conclusión: que las desviaciones de la sana doctrina y la incursión en doctrinas equivocadas son tan antiguas como la misma Iglesia y que parecen un peligro que se cierne constantemente sobre ella; de ahí, segunda conclusión, la necesidad de una también constante vigilancia por parte de los supremos pastores de la Iglesia por la conservación y transmisión fiel de la doctrina predicada por Cristo y transmitida por los Apóstoles. Pero esta misión compete también al pueblo fiel. La interpretación de la Escritura es una labor «eclesial» en la que tiene su parte y misión que cumplir el exégeta y el teólogo que examina de cerca el texto con los medios que la hermenéutica le proporciona, la Jerarquía a quien compete la dirección y la última palabra autoritativa sobre la interpretación de los textos, y a los fieles que bajo la acción del Espíritu vienen a ser como una caja de resonancia en cuyos acordes o desacordes la Iglesia docente puede, y debe, considerar un criterio más a tener en cuenta en sus actuaciones (el «sensus fidelium»).

II. LA IGLESIA

— Las Cartas pastorales no tienen por objeto dar un tratado completo y orgánico sobre la Iglesia. Sólo tres veces aparece el término «Iglesia» en ellas: dos veces referido a la Iglesia local (I Tim 3, 4 s.; y 5, 16) y una más bien a la Iglesia universal (I Tim 3, 14). Pero al haber sido escritas cuando aquélla llevaba ya

varios decenios de vida, y escribirlas San Pablo a aquellos en cuyas manos prevé tendrá que dejar muy pronto su «preocupación por todas las Iglesias» (II Cor 11, 28), inevitablemente tienen que aportar referencias a la estructura, misión y características de la Iglesia.

1. Aparece en las Cartas pastorales como:

a) *El nuevo Pueblo de Dios*, continuación del antiguo Israel que ha sido rescatado de toda iniquidad y purificado por el sacrificio redentor de Cristo (cf. Tit 2, 14; I Tim 2. 6). San Pablo aplica a Cristo y la Iglesia lo que en el A. T. se decía de Dios y el pueblo de Israel (cf. Ex 19, 5; 23, 22; Dt 7, 6). Así purificada la Iglesia de Cristo queda constituida en «nación santa» (I Pet 2, 9; cf. Ex 19, 6).

b) *La Casa del Dios vivo* (I Tim 3, 14). La Casa de Dios, que evoca la presencia de Dios en medio de la Iglesia, en nuestro caso más que el edificio espiritual en el que los fieles son las piedras vivas (I Pet 2, 5), la gran familia de Dios vivo el cual, en distinción a los dioses falsos que no tienen vida, ha comunicado a los creyentes por la gracia santificante una participación de su misma naturaleza (II Pet 1, 4), de su misma vida, haciéndolos familiares de Dios (Ef 2, 19) y familiares entre sí (Gal 6, 10).

c) *Fundamento y columna de la verdad* (I Tim 3, 14). Cristo, al manifestarse en la carne (I Tim 3, 15), nos ha traido la revelación del Padre. Ella constituye el mensaje de salvación, la sana doctrina que El transmitió a los Apóstoles y también a Pablo (cf. Gal 1, 11). Esa sana doctrina ha sido depositada, por así decirlo, en la Iglesia. «Como los cimientos mantienen las columnas y las columnas mantienen las casas, así la verdad de Dios está sostenida, conservada y enseñada por la Iglesia» (J. Collantes, o. c., pág. 1003).

2. Misión docente de la Iglesia.

— En las Cartas pastorales aparece con frecuencia el término «*didascalía*» (instrucción, enseñanza), que viene a ser casi exclusivo de las Pastorales (fuera de ellas solamente aparece seis veces en el N. T.).

— Tiene una doble perspectiva:

a) *Unas veces significa la «misión de enseñar»* que compete a Pablo, Timoteo y Tito, los cuales son heraldos de la Palabra de Dios, que han de anunciar la promesa de vida que hay en Cristo Jesús (cf. I Tim 4, 6; 5, 17; Tit 2, 5; II Tim 1, 1; 2, 9; 4, 2) y los cuales han de elegir para obispos-presbíteros aquellos que sean capaces de enseñar (I Tim 3, 2; II Tim 2, 2. 24). Misión de enseñar que se relaciona con el carisma recibido por «la imposición de las manos» del presbiterio. Y como esa enseñanza es un mensaje de salvación y de vida contenido en la Escritura, Pablo recomienda a Timoteo que se dé «a la lectura, a la exhortación, a la enseñanza». La presencia del artículo ante cada uno de los tres sustentativos «indica que se trata de tres funciones distintas: *la lectura* es la lectura pública de la Sagrada Escritura tal como se practicaba en la Sinagoga (Lc 4, 16; Act 13, 15; II Cor 3, 14). Esto suponía la selección de los pasajes y la preparación de los mismos. La *exhortación* se refiere al comentario (midrash) doctrinal y edificante. Próxima a la exhortación es la *enseñanza*, teniendo en cuenta que nunca estará el hombre suficientemente alimentado de la Palabra de Dios que es útil para todo» (II Tim 3, 16). (F. Fernández Ramos, *ManBib*. v. IV, pág. 247).

b) *Otras veces designa la «doctrina»* o depósito doctrinal (I Tim 4, 13. 16; 5, 17; II Tim 3, 10. 16), la revelación. Doctrina de la que Pablo se considera «depositario» no creador de la misma, y que él y sus discípulos han de conservar y trasmitir fielmente, rechazando los errores que se oponen a ella (I Tim 6, 20; II Tim 2, 17; Tit 1, 15; 3, 9). Una doctrina que no supone simplemente el conocimiento especulativo de unas verdades, sino que es capaz de conducir a la penitencia y salvar.

3. Sociedad religiosa y cultual.

— La metáfora con que San Pablo designa a la Iglesia «Casa de Dios» evoca, como ya dijimos la presencia de Dios en medio de su Pueblo (cf. I Re 3, 1). Como en la Casa de Dios del A. T., el Templo de Jerusalén, se ofrecía a Dios un culto de alabanza, también en la Nueva Alianza la familia de Dios tiene que unirse en actos de culto a Dios.

— San Pablo recomienda en las Pastorales la oración eclesial que ha de tener por objeto «plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres» (I Tim 2, 1); también, sin duda alguna la lectura y comentario de la Sagrada Escritura (cf. I Tim 4, 13; II Tim 3, 16); la instrucción sobre la doctrina de Cristo (I Tim 2, 11; 6, 3; Tit 1, 1-3; II Tim 4, 2). Aparecen varias veces pequeños himnos y doxologías que seguramente se utilizaban en la liturgia (cf. I Tim 2, 5-6; 3, 16; 6, 15-16; II Tim 2, 11-13).

— Pero en las Pastorales se insiste más en el «culto» a Dios que supone una vida cristiana ejemplar adornada de la práctica de las virtudes y el ejercicio de las buenas obras. Sin ello no puede haber culto agradable a Dios (cf. I Tim 5, 10. 15; 3, 2; 4, 12; Tim 1, 8).

— Sobre la jerarquía eclesiástica y su poder de juridisción, cf. el punto siguiente.

III. LOS MINISTROS DE LA IGLESIA

1. La imposición de las manos.

— Moisés utilizó este rito para constituir a Josué en su oficio (cf Num 27, 18-23). En el judaísmo tardío se utilizaba para la ordenación de aquellos que superaban los estudios de la Escritura y de la tradición, y tenía como ministros a tres doctores de la Ley. Durante los tres primeros siglos de la Iglesia fue el único rito externo de la ordenación, al que en el siglo IV se añadió la entrega de los instrumentos.

— En las Cartas Pastorales aparece a propósito de Timoteo en I Tim 4, 14; 5, 22 y II Tim 1, 6. Es de suponer qua también Tito fuese ordenado (con semejante rito), dado que realiza las mismas funciones que Timoteo. De los textos anteriormente citados «se deduce: 1) la posibilidad del rito de imponer las manos, que tiene el valor de ordenación y de transmisión de un oficio, es privilegio de determinadas personas constituidas en autoridad (Apóstoles, miembros del presbiterio, Timoteo y Tito); 2) la imposición de las manos es la ocasión en la que el que recibe el rito es fortalecido con la gracia; no se trata, por tanto, de conseguir un efecto mágico; lo esencial e íntimo es el carisma,

el don de la gracia de Dios (I Tim 4, 14). Particularmente en las Pastorales la imposición de las manos es un signo sacramental de la comunicación de la gracia de estado en el ministerio eclesiástico» (F. Fernández Ramos, *ManBib.*, v. IV, pág. 250).

2. Su misión de enseñar.

— Cf. antes, a propósito de la «Misión docente de la Iglesia», punto B, 2 (pág. 122).

— Añadamos solamente con J. Collantes que el poder de magisterio es «el más característico de todos. El gobierno y la misión de Timoteo y Tito tienen sobre todo por objeto la defensa del depósito tradicional de la sana doctrina (I Tim 1, 13-19; 6, 11-16; II Tim 2, 15; 3, 10-13; Tit 1, 9-11; 2, 1-7)» (o. c., pág. 966).

3. Poder de jurisdicción.

— San Pablo aparece ejerciendo una autoridad divina en cuanto concierne al régimen y disposiciones respecto de sus inmediatos colaboradores y respecto de los fieles. A aquéllos *encarga* impongan una conducta a seguir a quienes enseñaban doctrinas extrañas (I Tim 1, 3), *manda* a Timoteo que guarde el «mandato» sin tacha ni culpa (¿un precepto particular?; ¿todo el contenido de la Carta?; ¿las exigencias de la fe prometida?) y los envía al cumplimiento de las misiones que exige el bien de la Iglesia (Tit 3, 12; II Tim 4, 10; cf. I Cor 4, 17-19; 16, 10; Fil 2, 19-24). Y cuando el bien de la comunidad lo exige llega incluso hasta pronunciar la excomunión (I Tim 1, 19-20).

— Timoteo y Tito tienen también su autoridad en la Iglesia local que presiden. Las normas que les da San Pablo en sus respectivas Cartas revela que tienen poder para imponer preceptos, para juzgar y para corregir en orden a la buena marcha de las comunidades cristianas: ellos tienen que aplicar las normas que les da el Apóstol en orden a la selección de ministros de la Iglesia que han de constituir conforme él les ha ordenado (I Tim 2, 2 ss., 8 ss.; Tit 1, 5 ss.); han de organizar la vida de la comunidad (I Tim 2, 1-15: oración litúrgica y compostura de las mujeres); dar normas de comportamiento a las diversas clases de personas y establecer los criterios referentes a la asistencia a las viu-

das y determinar quiénes pueden ejercer ciertas funciones oficiales de caridad en la Iglesia (I Tim 5, 1 ss.).

4. Los obispos-presbíteros y los diáconos.

— Además de Timoteo y Tito, delegados inmediatos de Pablo, aparecen en las Cartas Pastorales otros ministros que reciben la denominación de «obispos, presbíteros y diáconos» (I Tim 3, 1 ss., 8 ss.; 5, 17; Tit 1, 5 ss.).

— *¿Qué dignidad tienen esos obispos-presbíteros que aparecen al frente de las comunidades locales?* ¿Gozaban todos ellos de la plenitud del sacerdocio? ¿Eran simples presbíteros? ¿O eran uno o algunos obispos y otros presbíteros?

a) En los escritos anteriores obispos (*episcopoi*, que etimológicamente significa «vigilantes») y presbíteros (etimológicamente «ancianos») son términos sinónimos para designar unas mismas personas. Así los mismos personajes que en Act 20, 17 son llamados «presbíteros» son poco después denominados «obispos» (Act 20, 28). (Ello explica el saludo de Fil 1, 1: «a los obispos y diáconos» sin hacer mención de los presbíteros.)

b) *En las Cartas de San Ignacio de Antioquía, que muere hacia el año* 117, aparecen claramente distintos los tres órdenes: el «obispo» monárquico, al frente de una iglesia; los «presbíteros», sacerdotes subordinados al obispo y colaboradores suyos; y los «diáconos», inferiores a éstos. A principios del siglo II, en consecuencia, aparece una distinción clara y tajante entre la potestad del obispo y la de los presbíteros. Obispo tiene ya el mismo sentido que tiene hoy entre nosotros.

c) *En las Cartas Pastorales* aparecen unos personajes delegados inmediatos de San Pablo, Timoteo y Tito (la misma dignidad ostentarían otros personajes como Marcos, Lucas, Silas, etc.), que son los que tienen poderes episcopales; de hecho, ellos son los que ordenan ministros de las iglesias. Ello da a entender que los «obispos presbíteros» que están al frente de las iglesias locales no tenían la potestad episcopal y que eran simples presbíteros (la distinción que preten-

den hacer algunos, como C. Spicq, basada en la mención en plural de los «presbíteros» y acto seguido en singular del «obispo» en Tit 1, 5. 7, no tiene mucha fuerza, dado que obispo en el v. 7 tiene sentido «genérico» = todo obispo...). En un grado inferior a los presbíteros aparecen los «diáconos». Así, tenemos en las Pastorales los tres grados: obispos, presbíteros-obispos y diáconos. Pero los primeros llevan todavía una vida ambulante realizando misiones allí donde San Pablo les señala. No se ha llegado aún al obispo monárquico al frente de una diócesis, como tenemos a principios del siglo II. La situación que reflejan las Pastorales es intermedia entre la de los escritos precedentes y la del siglo II. ¿Cómo se dio el paso de la situación de las Pastorales a la que reflejan las Cartas de San Ignacio? No hay datos para contestar con certeza. Tal vez uno de los presbíteros-obispos fue constituido al frente de la iglesia local con poderes propiamente episcopales, y al venir a ser el supremo «vigilante» de la grey local se le reservaría el título de obispo. (Para más datos, cf. la extensa nota de L. Turrado, en o. c., págs. 686-88; y F. Fernández Ramos, en *ManBib.*, v. IV, págs. 248-49.)

5. Cualidades que se exigen a los presbíteros-obispos y a los diáconos (I Tim 3, 1-13; Tit 1, 5-9).

— Las cualidades que deben tener los candidatos a estos ministerios se reducen a unas cuantas virtudes de orden humano y cristiano (buena fama, sencillez, sobriedad, desprendimiento del dinero, haberse casado una sola vez, hospitalarios, saber llevar bien sus casas...), sin otras grandes exigencias; de hecho en otros pasajes se exigen a los simples cristianos (cf. Col 3, 5 ss.; Tit 2, 2-6). Se trata de un mínimo de condiciones indispensables en consonancia con lo que en aquel entonces se podía exigir a quienes, convertidos de la gentilidad, no podrían fácilmente desprenderse de su vida y costumbres paganas anteriores a la conversión.

— Entre las que se exigen, tanto a los presbíteros-obispos como a los diáconos, se enumera la de «haberse casado una sola vez». La razón está en que entonces incluso los mismos paganos no veían con buenos ojos las segundas nupcias considerándolas como una falta de fidelidad a la primera mujer y de dominio de

sí mismo (cf. Cicerón, *Ad Attic.*, 13, 29; Plutarco, *Vida de Catón,* 24). En las referentes a los presbíteros-obispos se menciona el que «no sea neófito» (I Tim 3, 6). Hay una razón obvia: difícilmente poseerá el conocimiento suficiente y la autoridad requerida para ejercer tal ministerio. Pero el Apóstol hace mención de otra: «no sea que llevado por la soberbia, caiga en la misma condenación del Diablo», i. e., el peligro de la soberbia causa de la perdición de Lucifer. Respecto de los diáconos, encarga San Pablo a Timoteo el que «no sean dados a beber mucho vino ni a negocios sucios» (de los presbíteros-obispos dijo simplemente «no bebedor, desprendido del dinero»); las continuas visitas a las casas por razón de ministerio de caridad los exponían más fácilmente a lo primero, y el ser depositarios de los bienes con que realizarlo, a lo segundo.

— Interrumpiendo la lista de cualidades de los diáconos, dice: «las mujeres igualmente deben ser dignas, no calumniadoras, sobrias, fieles en todo» (I Tim 3, 11). No se ponen de acuerdo los autores en determinar de qué mujeres se trata: si de las esposas de los diáconos o de las diaconisas. Aunque la interrupción indicada favorecería la hipótesis de que se trata de las «esposas» de los diáconos, dado que introduce el versículo con un «igualmente» (parece se trata de mujeres que, de la misma manera que los diáconos, tienen una tarea eclesiástica) y que no añade al término «mujeres» el de «sus esposas», refiriéndose a los diáconos de que viene hablando, hace más probable que se trate de las «diaconisas»; sabemos que éstas existían en la Iglesia entonces (cf. Rom 16, 1). La «fidelidad» que menciona al final se referiría al cumplimiento fiel en su misión con los pobres.

IV. LA SALVACION POR CRISTO Y LA VIDA CRISTIANA

1. El título de Salvador.

Las Cartas Pastorales dan el título de «Salvador» seis veces a Dios y cuatro a Jesucristo (en el resto del N. T. solamente se utiliza este título 14 veces. Aunque en el A. T. nunca se da este título al Mesías, compete

con todo derecho a Cristo, ya que viene a «salvar» al pueblo de sus pecados (cf. Mt 1, 21: el mismo nombre Jesús significa Salvador). Y con ese título lo presentan San Pedro (Act 5, 31) y San Pablo (Fil 3, 20). La aplicación a Cristo venía muy bien ante la concepción de los paganos, los cuales honraban a sus dioses y emperadores con el título de Salvador: Zeus era «el dios que salva de las plagas y desgracias», Cibeles era «la madre que salva», Isis era «la gran diosa salvadora», y los emperadores romanos eran saludados como salvadores. Y al dar a Cristo un título que se había reservado a Dios tenemos una clara confesión de su divinidad (cf., además, Tit 2, 13: «la Manifestación del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo», donde tenemos una clara afirmación de la divinidad de Cristo).

2. La perícopa Tit 3, 4-7.

Es un himno probablemente utilizado en la liturgia; presentan una maravillosa síntesis del misterio salvador de Cristo en la que se mencionan la causa de nuestra salvación, el medio por el que llega a nosotros, el motivo de la misma y sus insospechados efectos.

> «(4) *Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres,* (5) *él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo,* (6) *que él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador,* (7) *para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna.*»

— Nuestro colega F. Fernández Ramos expone el contenido de estos versículos en los siguientes términos:

«*a*) La causa de la transformación interior del cristiano son las tres divinas personas: el Padre (Dios salvador nuestro, vv. 4-6); el Hijo (bondad y clemencia de Dios, v. 6, mediador en la obra de la efusión

del Espíritu Santo); el **Espíritu Santo, artífice de la** regeneración (vv. 5-6).

b) El instrumento de la transformación es el bautismo (*lavacrum*) de la regeneración y renovación (v. 5; cf. Ef 5, 26). Los términos «regeneración y renovación» son raros en el Nuevo Testamento, pero la idea que implican es bastante familiar. La noción de una vida nueva a la cual han nacido los cristianos se halla presente en todo el Nuevo Testamento (cf. II Cor 4, 16; 5, 17; Ef 4, 24; I Pet 1, 3...)...

c) La razón última de esta regeneración no se halla en nuestras buenas obras, sino en la misericordia de Dios, es decir, en su gracia.

d) El término de este re-nacimiento es la vida eterna que nos corresponde como herencia por habernos constituido hijos de Dios (Rom 8, 17). Esta herencia es ahora nuestra esperanza (Rom 8, 24); pero esta esperanza es ya posesión verdadera, aunque sólo inicial de los bienes futuros (II Cor 1, 22; Ef 1, 14)» (*ManBib,* v. IV, pág. 254 s.).

3. Exigencias de la salvación.

La oferta de salvación que nos ha traído Cristo exige unas disposiciones de aceptación por parte de los hombres y unas prácticas cristianas consiguientes a dicha aceptación por la fe en Cristo Jesús. Las Pastorales, consignando las instrucciones y consejos que Pablo transmitió a Timoteo y Tito para ellos y para los creyentes de sus comunidades cristianas, nos presentan las siguientes exigencias de vida que deben practicar los fieles.

a) Es interesante observar, especialmente en las exigencias para los candidatos al presbiterado y al diaconado, cómo el Apóstol recomienda todo un conjunto de virtudes meramente humanas exigidas no ya por la vida cristiana, sino por la simple condición y sociabilidad humana, por ejemplo, el dominio de sí mismo, la dulzura y la amabilidad de carácter en el trato con los demás y las que hemos enumerado a propósito de los ministros. Es la afirmación implícita,

pero clara, de que el cristianismo no destruye, sino que supone y ennoblece las virtudes humanas.

b) Entre las virtudes más específicamente cristianas aparecen ante todo la fe, la esperanza y la caridad, virtudes teologales en que se basa toda vida cristiana; una fe sincera, una esperanza firme y una caridad que proceda «de un corazón limpio, de una conciencia recta y una fe sincera» (I Tim 1, 5). Junto a ella la oración que ha de ser perseverante (I Tim 5, 5) y un espíritu de lucha para combatir el buen combate a ejemplo de Pablo; combate que, en mayor o menor grado, tendrán que sostener cuantos quieran vivir cristianamente (II Tim 3, 12). También las virtudes morales: la obediencia a las autoridades, los siervos a sus señores; la paciencia frente a los sufrimientos, la mansedumbre frente a las ofensas, la pureza frente a las costumbres depravadas; como síntesis de todas ellas la piedad y la justicia, es decir, la vida conforme a la voluntad de Dios. Por lo mismo, hay que evitar la impiedad en todas sus manifestaciones (cf. I Tim 1, 9 ss.; II Tim 3, 1 ss.), la codicia que lleva a todos los males (I Tim 6, 9 ss.), la altanería, especialmente los poderosos, las injurias, cosa tan opuesta a la caridad que tiene que regular las relaciones de los cristianos para con los demás.

c) Mención especial merecen los temas siguientes por la insistencia de San Pablo en los mismos: la fidelidad a la sana doctrina. Así lo exigían las circunstancias. Y su exhortación insistente debería resonar en los oídos de la Iglesia en nuestra época. Y la Iglesia somos todos y cada uno de los cristianos. Como consecuencia la repetida exhortación a evitar las disputas y palabrerías sobre cosas inútiles que no conducen a nada positivo. Idéntica insistencia tenemos en la recomendación de las buenas obras, entre las que figuran, sin duda alguna, la generosidad y liberalidad en el desprendimiento para dar a los demás, la caridad con los atribulados, la hospitalidad con los peregrinos tan estimada en aquellos tiempos entre los cristianos.

— Como resumen de todo ello la recomendación del comportamiento «cual conviene a los santos» (Tit 2, 3), que purificados de sus pecados han prestado su adhesión a Cristo, cuya conducta deben imitar, y la consigna de que «el adversario se avergüence no

teniendo nada malo que decir de nosotros» (Tit 2, 8), y sienta el deseo de pertenecer al grupo de aquellos cuya vida es intachable en Cristo Jesús.

V. GLORIOSO FINAL

— Saulo de Tarso fue un judío fariseo, que se distinguió entre sus coetáneos por su celo por el judaísmo y las tradiciones paternas, viniendo a ser el gran perseguidor de la Iglesia de Cristo, con cuyo aniquilamiento soñaba.

— Halló su vocación en el camino de Damasco, a la que dio, tan pronto como le fue revelada, la respuesta más pronta y maravillosa que puede darse al llamamiento de Dios: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Act 22, 10).

— Sin dilación alguna se retira al desierto con el fin de templar su espíritu en la nueva orientación que iba a tomar su lucha. Allí obtiene una transformación tan total en Cristo que pudo llegar a exclamar después: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2, 20), y «Para mí la vida es Cristo» (Fil 1, 21). Es decir, Cristo se había convertido en el principio y motor de su vida entera y también el fin y término de la misma, encaminada toda ella a formar a Cristo en las almas.

— Con una conciencia clara de su misión y de la doctrina que ha recibido de Cristo mismo (Gal 1, 11 s.) realiza sus primeras actividades apostólicas en las sinagogas de Damasco, en Tarso, en Antioquía, y se lanza luego a sus grandes viajes misioneros en los que recorre cientos de kilómetros, en medio de penalidades sin número, predicando el Evangelio en el amplio ambito del Imperio Romano. Y donde no pudo estar con su predicación personal, procuró llegar con su pluma, escribiendo unas Cartas cuya profunda catequesis, dogmática, moral y ascética, servirán de luz y guía a los cristianos de todos los tiempos.

— Jesucristo fue el centro de su predicación, como lo era de su vida. Junto a él doctrinas como la universalidad de la salvación, la justificación por la fe en Cristo, el bautismo como incorporación a Cristo, la Iglesia Cuerpo Místico, la gracia y el pecado, nuestra condición de hijos de Dios. Y también las virtudes teo-

logales, la fe, la esperanza y la caridad, la unidad de los cristianos, la obediencia, la castidad, el cumplimiento de los deberes profesionales.

— Su éxito fue maravilloso. El secreto del mismo fue la acción del Espíritu a la que él se confía y por la que se deja conducir, el amor entrañable a los fieles y la oración y el sacrificio por ellos, la táctica certera de cimentar la vida de los cristianos en los sólidos fundamentos del dogma y la moral, las virtudes humanas que supo poner a disposición del Evangelio.

— A través de las Cartas Pastorales vemos que después de su viaje a España, tras su liberación de la primera cautividad romana, realiza un último recorrido en el que visita tal vez Roma, ciertamente Efeso, Macedonia, Creta, Tróade, Mileto y Corinto. Todo en un viaje rápido previendo que en cualquier momento la policía imperial podría echarle mano. Así ocurrió cuando se encontraba en las cercanías de Efeso, tal vez en Tróade (II Tim 4, 13), con lo que fue a parar a la dura prisión de la cárcel Mamertina.

— Poco después, el año 67, moría decapitado, sellando con su sangre la fe que había predicado. Hay dos maneras de dar la vida por Cristo: una gastarla y desgastarla cada día en la tarea de darle a conocer a las gentes; otra derramar la sangre por su causa. A Pablo le cupo la suerte de darla de las dos maneras.

— Desde la prisión, cuando vio cercano su fin, consignó en la II Carta a su querido discípulo Timoteo, que viene a ser como su testamento, las siguientes palabras, bello epitafio para su sepulcro:

«ESTOY A PUNTO DE SER DERRAMADO EN LIBACION,
Y EL MOMENTO DE MI PARTIDA ES INMINENTE.
HE COMPETIDO EN LA NOBLE COMPETICION
HE LLEGADO A LA META EN LA CARRERA
HE CONSERVADO LA FE
AHORA ME AGUARDA LA CORONA DE LA JUSTICIA
QUE AQUEL DIA ME ENTREGARA EL SEÑOR, EL JUEZ JUSTO;
Y NO SOLAMENTE A MI, SINO TAMBIEN A TODOS
LOS QUE HAYAN ESPERADO CON AMOR SU MANIFESTACION».

(II Tim 4, 6-8.)

CUESTIONARIO

Responder a cinco de los diez puntos siguientes:

1. *Cristo, modelo de humildad, abnegación y caridad*
2. *El carácter y sentimientos de Pablo vistos a través*
3. *¿Dónde radica la importancia de la carta a Filemó*
4. *Respuesta de Pablo a los errores de Colosenses.*
5. *La persona de Cristo en Colosenses.*
6. *Carácter peculiar de Ef en relación con otras car cíclica).*
7. *Enumeración de los principales temas doctrinale de Ef (excepto la Iglesia).*
8. *Rasgos principales de la Iglesia en las Pastorales.*
9. *Exigencias de vida cristiana en Pastorales.*
10. *El testamento de Pablo en II Timoteo.*

TEMAS

Desarrollar uno de los siguientes:

1. *La persona de Cristo en las Cartas de la Cautivida*
2. *La Iglesia en las Cartas de la Cautividad.*
3. *Exigencias de vida cristiana en Ef y Col (parte m*
4. *Pablo, 'Ideal' del Apóstol, a la luz de las Cartas dad y las Pastorales.*
5. *Rasgos paulinos (literarios y doctrinales) que a Cartas Pastorales.*